

Clavos bien clavados

*Predique con claridad,
sencillez y pasión*



BYRON FORREST YAWN

con la participación de
John MacArthur, R.C. Sproul y John Piper

NUNCA HE COMPRENDIDO CÓMO un expositor que está inmerso en un pasaje bíblico puede predicar un sermón aburrido, pero soy consciente de que muchos lo hacen; tantos, de hecho, que la predicación expositiva ha adquirido mala reputación en determinados círculos. No es de extrañar. La predicación seca, carente de pasión, y el vocabulario técnico y confuso han arruinado incontables sermones expositivos. No tiene por qué ser así. En realidad, como señala Byron Yawn con tanta convicción en este libro, la predicación expositiva correcta nunca debería ser seca o meramente académica. La tarea del expositor fiel conlleva mucho más que una exégesis sólida y bosquejos simétricos. La presentación del sermón es crucial. Centrándose sobre todo en cualidades como la claridad, la sencillez y la pasión, Byron toca todas las notas correctas. Todo predicador que quiera ser un expositor eficaz debería leer este libro y tomárselo en serio.

—DR. JOHN MACARTHUR

Pastor-maestro, Grace Community Church Presidente de The Master's College and Seminary

EN NUESTRA ÉPOCA DE PREDICADORES-ESTRELLA, los predicadores de a pie pueden empezar a pensar que el estilo es lo que determina, en última instancia, si la predicación es buena o no. Byron Yawn nos ofrece un correctivo necesario y útil, demostrando que no es eso lo que hace grande la predicación, sino tres cualidades: la claridad, la sencillez y la pasión. Los predicadores a los que entrevista figuran entre los mejores de nuestros tiempos, sin duda. Pero lo que les hace grandes como predicadores son estas tres cualidades que debería tener todo buen sermón, que pueden tener el suyo y el mío. Los predicadores con experiencia, además de los que acaban de empezar, se beneficiarán grandemente de clarificar qué es lo más importante de nuestra predicación, y *Clavos bien clavados* contribuirá mucho a encaminarnos en la dirección correcta.

—DR. BRUCE A. WARE

*Profesor de Teología cristiana The Southern Baptist Theological Seminary
Louisville, KY*

AQUÍ TENEMOS UNA LECTURA OBLIGATORIA para todo predicador que intente encontrar su propia voz individual y desarrollar su propio estilo en el púlpito. Cada predicador es un instrumento único, a quien Dios ha dado unos dones concretos para proclamar su gloria. Este libro le ayudará a ser ese predicador.

—DR. STEVEN LAWSON

Pastor principal, Christ Fellowship Baptist Church Mobile, AL

MEDIANTE LA ENTREVISTA A TRES de los predicadores más notables de Estados Unidos del siglo XXI, cada uno en su área más destacada (el Dr. John MacArthur sobre la claridad, el Dr. R. C. Sproul sobre la sencillez, y el Dr. John Piper sobre la sinceridad), este libro fascinante es un tónico y una ayuda para todo predicador que, ungido por el Espíritu, quiera trascender la mediocridad del seminario para hallar la liberación en la exégesis, la libertad en el púlpito y, sobre todo, el descubrimiento de su propia voz para exponer fielmente la Palabra de Dios en todo momento. Si usted desea incrementar su autenticidad en el púlpito, y su libertad para dejar de imitar a los demás en la predicación, lea este libro apasionante, lentamente y con oración. No lo lamentará.

—DR. JOEL R. BEEKE

Presidente del Puritan Reformed Theological Seminary Grand Rapids, MI

¡QUÉ REFRESCANTE Y ESTUPENDO resulta leer este reto de Byron, dirigido a pastores, maestros y predicadores, invitándoles a “encontrar su propia voz” y a proclamar eficazmente el evangelio y las verdades de la Palabra de Dios! Su énfasis sobre la claridad, la sencillez y la pasión es muy pertinente. Pero no es un libro sólo para profesionales. Va destinado tanto a los líderes de iglesia como a los laicos... a todos nosotros, seguidores de Cristo. Dios nos pide que siempre estemos preparados para explicar la razón de la esperanza que tenemos en nosotros. Y hoy día, más que nunca, necesitamos a hombres, mujeres y jóvenes que vuelvan a reclamar su responsabilidad de conocer las Escrituras, entender lo que dice Dios, encontrar también su “voz” y hablar con inteligencia, precisión bíblica y relevancia cultural, a nuestros amigos y vecinos, y también en la plaza pública.

—BILL ANDERSON

Mentor ejecutivo y consultor para directivos

LAS SORPRESAS PREDECIBLES no deberían sorprendernos, pero lo hacen. Eso es lo que pasó cuando Byron Yawn se unió a miles de compañeros de predicación que sentían que su pozo se había secado, y necesitaban descubrir por qué. La investigación se centra, pues, en cómo hacer una exégesis de las Escrituras, cómo predicar, cómo hallar ilustraciones, cómo hacer casi de todo, para descubrir que, a fin de cuentas, la excelencia de la predicación se debe al predicador. La excelencia es un asunto intrínseco, más que un proceso. Este es un libro estupendo, no solo para los predicadores que quieren alcanzar la excelencia en sus mensajes, sino también para todos los oyentes que quieren alcanzarla como

receptores. Esto nos incluye a todos, ¿no?

—DR. V. GILBERT BEERS, PhD, THD

Ex editor de Christianity Today Autor de más de 150 libros

Clavos bien clavados

*Predique con claridad,
sencillez y pasión*



BYRON FORREST YAWN

con la participación de
John MacArthur, R.C. Sproul y John Piper



La misión de Editorial Portavoz consiste en proporcionar productos de calidad—con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Well-Driven Nails* © 2010 por Byron Forrest Yawn y publicado por Embassador International, Emerald House, 247 Wade Hampton Blvd., Greenville, SC 29609. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Clavos bien clavados* © 2012 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Traducción: Daniel Menezo

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

Las cursivas añadidas en los versículos bíblicos son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ

P.O. Box 2607

Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1949-2 (rústica)

ISBN 978-0-8254-0380-4 (Kindle)

ISBN 978-0-8254-8484-1 (epub)

1 2 3 4 5 / 16 15 14 13 12

Impreso en los Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

PARA MI ESPOSA ROBIN
La única mujer a la que he amado.

El Predicador, además de ser sabio, enseñó también sabiduría al pueblo; y ponderó, investigó y compuso muchos proverbios. El Predicador trató de encontrar palabras agradables, y de escribir correctamente palabras de verdad. Las palabras de los sabios son como agujones, y como ***clavos bien clavados*** las de los maestros de colecciones, dadas por un Pastor.

ECLESIASTÉS 12:9–11
(La Biblia de las Américas)

Contenido

INTRODUCCIÓN

Una explicación: Mi punto de partida

CAPITULO 1

La autenticidad y la libertad de encontrar su propia voz

CAPÍTULO 2

La claridad y el poder del “¡ajá!”

JOHN MACARTHUR

El expositor intelectual más extraordinario que conozco

CAPÍTULO 3

La sencillez y el efecto deslumbrante de Dios

R. C. SPROUL

Un hombre versado en latín y lenguas comunes

CAPÍTULO 4

La pasión y el soso guiando al soso

JOHN PIPER

Un compromiso singular con “ambas cosas”

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA



Una explicación: Mi punto de partida

Hay un dicho que afirma: “Si el ministerio no funciona, siga estudiando”. En mi caso, el ministerio funcionaba bien. Mi problema era predicar eficazmente. Después de tener una experiencia de diez años como predicador expositivo, me encontré atascado. Era una situación tan difícil de explicar como de salir de ella. Para aclarar un tanto las cosas y pulir mi capacidad como expositor, me apunté a un programa de Doctorado en el Ministerio que se centraba en la *predicación expositiva*. Me dispuse a enfrentarme a lo que pronto descubrí que era una lucha frecuente entre muchos expositores bíblicos: la *presentación*.

Muchos de mis compañeros compartían conmigo la misma frustración: nuestra predicación carecía de una auténtica dinámica. En mayor o menor grado, todos necesitábamos insuflar algo de vida a nuestra predicación. Ese era el motivo de que la mayoría decidiera seguir con sus estudios. Fue un consuelo conocer a otros que, situados en la misma etapa de su ministerio, tenían la misma necesidad: llegar a los oyentes por medio de su predicación y su exposición. Fue una sesión de dos años basada en la idea “no, no estás loco”. Fue un grupo de apoyo para predicadores. “Hola, me llamo Byron y soy aburrido”.

Y allí estábamos, recordándonos la gloria de la predicación, resucitando nuestras capacidades lingüísticas e intentando, desesperados, rejuvenecer nuestra forma de decir las cosas. El elefante siempre estaba en la sala, y era difícil ignorarlo.

¿Por qué las personas comprometidas con la exégesis bíblica y la predicación expositiva bregan con la expresión? ¿Es necesario que la predicación expositiva sea predeciblemente mecánica, cerebral y aburrida? ¿Cómo superamos ese obstáculo sin poner en peligro la autoridad bíblica, subirnos al tren de la última moda o parecer asesores personales santificados? ¿Dónde está el equilibrio entre la exégesis y la transmisión? Aquel era el *nudo gordiano* que la mayoría quería deshacer. Incluso los profesores admitían el reto que supone enseñar eficazmente la relación entre la erudición y la dinámica. Personalmente, yo luchaba por pasar de lo que llamaría *enseñanza expositiva* a la *predicación expositiva*. Se convirtió en una búsqueda personal.

La idea de entrevistar a predicadores se me ocurrió cuando ya estaba bien avanzado el segundo año del programa, durante una clase concreta. El orador del seminario de dos días sobre narrativas, que era profesor adjunto, era un pastor y

escritor conocido de la zona, que tenía casi veinticinco años de experiencia como predicador.¹ El primer día fue avanzando por su materia como si fuera una máquina. La información era útil; incluso recuerdo parte de ella. El segundo día fui testigo de la mejor exposición de todo el programa bianual. Dejó a un lado sus apuntes y habló con nosotros cara a cara. Contestó una pregunta tras otra. Sus respuestas combinaban la autoridad bíblica con la sabiduría práctica. No fue una clase teórica, sino práctica.

Entonces es cuando se me ocurrió: *¿Qué pasaría si pudiera sentarme junto a los predicadores que más admiro y hacer lo mismo? Esos predicadores que parecen haber hallado el equilibrio en su propia predicación. ¿Y si pudiera localizar esas cualidades en las áreas en las que más necesito mejorar, reunir a los expositores que mejor las ejemplifican y plantearles mis dudas?*

Y eso es lo que hice.

Elegí tres áreas concretas que sabía que figuraban en el meollo del problema: *claridad, sencillez y pasión*. Luego busqué a los hombres que mejor representasen estas cualidades particulares. Durante la fase de investigación del proyecto, interactué con una amplia selección de predicadores procedentes de todo tipo de contextos. De iglesias grandes y pequeñas. Con amplia experiencia y con poca. A la hora de escribir este libro, me centré en tres predicadores concretos y muy conocidos, alrededor de los cuales aglomeré los argumentos básicos: John MacArthur por la *claridad*, R. C. Sproul por la *sencillez* y John Piper por la *pasión*.

Al comenzar, sabía que la solución para mi problema no era un simple ajuste de los aspectos prácticos. No me interesaba abordar aquellas facetas de la predicación que estaban al alcance de todos en la mayoría de libros de homilética. Lo que buscaba no figuraba en un manual ni en un curso sobre el tema. El reto era mucho más profundo que un mero índice de contenido. Además, no tenía intención de que mi predicación se rindiera a todas esas peroratas sobre la “importancia” y la aplicación inmediata, porque discrepo totalmente de ese punto de vista. No necesitaba mejorar la presentación de PowerPoint o los gráficos. No pretendía bajar el nivel de mi predicación: quería elevar a Dios en las mentes de las personas por medio de ella.

¿Qué pasaría si pudiera sentarme junto a los predicadores que más admiro... esos predicadores que parecen haber hallado el equilibrio en su propia predicación?

Cuando queremos mejorar nuestra predicación, tendemos a centrarnos en la mecánica. Esto raras veces resulta útil. Desde luego, no llega lo bastante lejos. Hay diversas técnicas que pueden mejorar nuestras rarezas expresivas, pero no generarán la dinámica sincera que deseamos la mayoría. El número de cosas que otros pueden decirnos que *no* hagamos es limitado. Los factores que mejoran realmente la predicación tienen poco que ver con la mecánica. Están conectados con el corazón, el alma y la mente del predicador.

Algunos de nuestros predicadores favoritos tienen una mecánica muy pobre, según los estándares de los manuales. A menudo los predicadores más atrayentes son quienes más rarezas mecánicas presentan. Sin embargo, esas rarezas tienen sentido. Su forma de predicar es más bien una manifestación de quiénes son como individuos y seguidores de Cristo. Somos testigos del impacto que tiene sobre sus vidas el descubrimiento sincero. Esta es la idea contenida en el meollo de este libro. Fundamentalmente, la forma de predicar no es tan importante, mientras diga lo que tiene que decir (y sea bíblico).

Para las personas interesadas, la lógica que rodea las tres características (*claridad, sencillez y pasión*) se parece un poco a *Karate Kid*: “¡Dar cera, pulir cera!”. He optado por centrarme en las cosas que preceden a las técnicas y subyacen en ellas. Como en todo lo que hacemos, las cosas que realmente agradan a Dios empiezan con la sinceridad en el hombre interior. La claridad, la sencillez y la pasión son cualidades intrínsecas, no mecánicas. Si se concentra en las realidades internas, su forma de predicar mejorará de forma natural. Y más concretamente, liberará su discurso.

La *claridad* (y no el ensayo y la estructura) es el punto de partida para una predicación dinámica. Un entendimiento y una claridad del texto iluminadas por el Espíritu liberan su predicación, permitiendo que dependa de la convicción, no de la estructura. La estructura, que es esencial, es consecuencia de la claridad, a la que sirve. El mejor ejemplo de esto es el Dr. John F. MacArthur.

La claridad conduce a la *sencillez*. Entender un texto o un concepto bíblico en un grado íntimo nos confiere la oportunidad de exponer conceptos difíciles a una amplia gama de intelectos, y de aplicarlos a contextos ilimitados. Pero la profundidad del entendimiento sólo resulta útil si somos capaces de explicar las cosas de una forma sencilla y comprensible universalmente. Esta es precisamente la faceta en la que tiene problemas la mayoría de expositores. Nos cuesta hacernos entender. La precisión con la que entiende usted algo se mide por su capacidad de transmitirla a otros. Todo radica en la simplificación. Lo que necesitamos es “comprensibilidad”. El mejor ejemplo de este principio es el Dr.

R. C. Sproul.

Por último, llegamos a la *pasión*, una cualidad bastante esquivada para los expositores. A la mayoría nos cuesta hacer la transición entre la erudición necesaria para comprender una verdad y la disposición que actúa según esa verdad. Cuando describimos nuestro objetivo como predicadores, el verbo “sentir” no nos hace sentir cómodos. Pero no debemos permitir que las diversas maneras en que se ha abusado de este término nos disuadan de la importancia que tiene la pasión. Más bien, debemos recuperarla de aquellos que la han convertido en algo risible. La pasión, que aquí definimos, es la manifestación de una convicción sincera mediante la expresión transparente del predicador en el acto de la predicación. El Dr. John Piper era la elección lógica en este campo.

Aquí lo tiene, resumido. La *claridad*, que intensifica el impacto de la verdad en nuestras mentes y en nuestros corazones, lleva a la *sencillez*. La *sencillez* genera una consciencia global de la verdad, que da como resultado una *pasión* genuina. La *pasión* nos permite comunicar la verdad con un impacto imbuido de la autoridad de la Biblia. De forma natural, un predicador pasa de un aspecto al siguiente, de la claridad a la sencillez y a la pasión. Aquí tenemos una secuencia concreta; una no puede preceder a la otra o existir sin ella. No puedo estar dotado de una pasión sincera a menos que exista una profundidad de entendimiento. Esta profundidad es fruto de la claridad. La claridad es consecuencia del trabajo duro y de la gracia de Dios.

En última instancia, todo esto apunta a una realidad sustancial. El gran secreto tras los expositores más dinámicos y admirables que conocemos es evidente: *No hay ningún gran secreto*. Todo se reduce a lo que siempre debe ser: una devoción simple e incontaminada a nuestro Dios glorioso, un amor sincero por el Hijo eterno y una dependencia constante del Espíritu Santo para que haga lo que solo Él puede hacer.

Los supuestos: Algunos objetivos más amplios de este libro

Además de verificar mi argumento central, me fijé otros objetivos. Quería poner a prueba las hipótesis generales sobre la predicación expositiva que había desarrollado a lo largo de todo mi ministerio. Quería confrontarlas con algunas de las opiniones más respetadas sobre el tema. Muchos de esos supuestos se habían convertido en obstáculos muy arraigados en mi exposición y mi presentación. Reevalué mis convicciones esenciales sobre la relación entre la predicación expositiva y la presentación. Era aquí donde me enfrentaba al elefante.

Me sorprendió descubrir que muchos predicadores a los que admiro

discrepaban de las presuposiciones básicas sobre las que me basaba, o les quitaban importancia. Al final, lo que yo pensaba que era cierto y que asumían ampliamente los mejores expositores, no contaba con su apoyo. Esta experiencia particular transformó mi vida.

También me sorprendió descubrir cómo a muchos de esos mismos hombres les frustraban los estereotipos omnipresentes sobre la predicación expositiva. La mayor parte de ellos cree que la predicación expositiva está mal representada por unos practicantes bien intencionados pero con falta de equilibrio. Casi todos aquellos con los que interactué se resistían de una u otra manera a determinada etiqueta.

En algún punto del camino me di cuenta también de que mi lucha formaba parte de una tendencia más amplia. Yo formaba parte de un proceso simultáneo mediante el cual mi generación de expositores volvía a dedicarse a la predicación expositiva y a examinarla. A pesar de que rechazaban los extremos de las metodologías de los buscadores pragmáticos, las tendencias emergentes del evangelio social reciclado y los restos rencorosos del fundamentalismo endurecido, existía la necesidad de encontrar puntos de referencia dentro del contexto “post-todo” en el que nos tocaba predicar.² El propósito mayor era el mismo. La condición humana era la misma, como también lo era el mensaje. Pero habían cambiado muchas variables entre nuestra proclamación de la verdad y el primer banco. Era el mismo enemigo de siempre, pero con armamento nuevo. Cada generación de expositores se ve obligada a enfrentarse con cuestiones nuevas relativas a su entorno. La verdad es que hay muchísimos predicadores que se formulan las mismas preguntas.

Los requisitos: Cómo abordar este libro

Mi objetivo en esta obra no es reconquistar un terreno que ya dominamos. Es decir, que doy por hecho determinadas convicciones teológicas y metodológicas. Mis lectores son hombres que viven y respiran los axiomas bíblicos que defienden. Estas verdades nos unen. Formamos parte de una fraternidad específica. No “predico sobre la necesidad de predicar”. Escribo *para* expositores acerca de las cuestiones prácticas de la predicación. Pretendo que nos alejemos del borde del oscurantismo académico.

Aparte, tampoco escribo para convencer a otros de la prioridad de la exposición. Ya hay numerosas obras sobre este tema. Mi debate es intramuros. Como resultado, dedico muy poco tiempo a defender la autoridad de la Palabra de Dios o el mérito de la predicación expositiva comparada con otro modelo.

Asumo ambas cosas. No ofrezco una definición amplia de lo que constituye la predicación expositiva. Presento una definición breve y luego doy por hecho que todos sabemos lo que eso implica.

Además, tampoco me esfuerzo por ofrecer un respaldo bíblico o teológico para cualquier sugerencia o exhortación que propongo para introducir algún reajuste práctico o filosófico. En este sentido, esto no es una *exposición* sobre la *exposición*. Por ejemplo, si sugiero que “el verdadero poder de la presentación radica en la pasión”, no pretendo que esta afirmación sea exclusivista. Está claro que el verdadero poder procede del Espíritu Santo. Solo quiero subrayar la importancia que tiene este elemento concreto de la presentación. El lector tendrá que concederme el beneficio de la duda en diversos puntos. Sin embargo, para tranquilizarle, le ofrezco la siguiente cita de un capítulo posterior:

Nosotros (yo) creemos que la Biblia tiene un origen divino. Como creemos (creo) esto, por consiguiente también creemos (creo) que la Biblia es cierta, literal, infalible y carente de error. También creemos (creo) que debería exponerse con precisión. Además, creemos (creo) que solo el poder del Espíritu Santo puede traducirla y transformar vidas por medio de ella. Aparte de esto, creemos (creo) firmemente que tenemos la responsabilidad de exponerla sin distorsionarla.

También asumo que la mayor parte de expositores tienen problemas con la presentación. Por consiguiente, tengo tendencia a generalizar. Mis generalizaciones se basan en una combinación de experiencia personal, investigación, observación y periodismo. Lo que presento como un “defecto” de nuestra presentación es algo así como un pequeño secreto desagradable dentro de nuestra fraternidad. Si usted es la excepción, le ruego que acepte mis disculpas. Pero prácticamente todos los predicadores con los que hablé (oficialmente o no) admitieron enseguida ese aspecto aburrido que caracteriza a menudo a la exposición. Eso les frustra. Además, todos admitieron rápidamente la afirmación de que, en términos generales, los expositores son menos dinámicos que otros predicadores, y tienen más problemas en el área de la presentación.

Hay algunas expresiones que uso, tales como “tranquilizantes humanos”, “comentarios interminables” y “profetas furiosos”, que he tomado prestadas de mis conversaciones con sus predicadores favoritos. Si le ofende alguna de mis caracterizaciones, es probable que se deba a que dio en el blanco al que apuntaba. Pero, al mismo tiempo, no pretendo condenar a la mayoría de los

expositores tachándolos de malos oradores. Por el contrario, creo que la mayoría *son* expositores magníficos que necesitan librarse de algunas hipótesis erróneas sobre la predicación bíblica.

La exhortación: El objetivo de este libro

Los tres metros entre el primer banco de la iglesia y el púlpito son los más importantes que recorre el predicador en toda la semana. A un observador le cuesta apreciar la extraña combinación de agonía y de deleite que unen sus fuerzas para posibilitar ese recorrido. El sermón rutinario no existe. Para cualquier expositor fiel, la distancia está empedrada de sangre, sudor y lágrimas. Ese puñado de folios que aguardan en la parte trasera de nuestras Biblias lo son todo. Cada semana subimos al púlpito con la esperanza de que al menos una parte de nuestro encuentro transformador con la Palabra de Dios llegue a otros. Es una expectativa que nos llena el alma.

Todo predicador conoce la decepción de las expectativas que no se han satisfecho. Todos hemos bajado del púlpito tras haber predicado “un ladrillo”. Los tres metros de la ida se convierten en cincuenta. El recorrido hasta nuestro banco se vuelve infinito. Algunos de nuestros sermones son mejores de lo que pensamos. Pro también... hay otros que son peores. Da lo mismo lo mucho que hayan sufrido nuestras amables víctimas: nadie padece más que el predicador. El sufrimiento no solo se debe a una mala exposición, sino a lo que esta constituyó: fue un obstáculo entre Dios y su pueblo.

Tenemos tesoros en la punta de la lengua, y no logramos expresarlos. Sabemos lo que queremos decir, pero no encontramos las palabras cuando más las necesitamos. A veces lo conseguimos, y todo se hilvana; esos momentos son sublimes. Lamentablemente, también son escasos. Pero, ¿tiene que ser así? ¿Es posible la coherencia? ¿Podemos tener la esperanza de comunicar los descubrimientos de nuestro estudio sin que pierdan el impacto que deben tener? Creo que sí. De hecho, he visto cómo otros lo hacen. Llevo toda mi vida cristiana escuchando a predicadores cuyo legado es la transmisión constante de sermones poderosos. Esta fiabilidad es admirable. También nos plantea preguntas significativas. ¿Cómo lo han hecho? ¿Es meramente un don? (Sí y no). ¿Se puede aprender? (Sí y no). ¿Cómo encontraron su voz? Y lo más importante, ¿puede imitarse su constancia? ¿Qué les convierte en predicadores poderosos? Tuve la increíble suerte de sentarme, cara a cara, frente a algunos expositores tremendamente dotados y humildes. Les dejé que hablasen por ellos mismos, les exprimí para encontrar cualquier pepita de sabiduría. El mío fue un gozo egoísta.

La ambición: La esperanza de este libro

Mi objetivo es inspirar. Quiero inspirar a los expositores a dar un paso al frente y despertar a la Iglesia adormecida, haciendo que ellos mismos y su exégesis ardan tras el púlpito. Pretendo enfocar el momento de la predicación y su presentación como una oportunidad gloriosa y recurrente para exaltar a Cristo por medio de la “necedad” de la proclamación basada en la Biblia. Quiero inspirar a los expositores a ser necios osados y obreros de Cristo que predicán con una ceguera envidiable que la mayoría jamás experimentará a lo largo de toda su vida; una ceguera frente a los “rostros volubles” de las personas.

Este libro pretende ser una obra “de fácil lectura”, no un volumen exhaustivo sobre la predicación. Lejos de ello; sería mejor que lo empezase un lunes con la mirada puesta en el domingo. Requerirá poco tiempo para trabajarlo. Es probable que lo deje a mitad de camino para aplicar algunas de las cosas que nos sugieren esos hombres con talento. Eso sería incluso mejor. De hecho, es perfecto. Todos los hombres a los que entrevisté se sintieron renovados por nuestra conversación, y entusiasmados por predicar. Si acaba este libro sintiéndose emocionado por el privilegio de predicar, habré alcanzado mi objetivo. Ruego a Dios que también sea una bendición para usted. Le ruego que encuentre una nueva pasión para conquistar esos tres metros el domingo que viene. Oro a Dios pidiendo unos “clavos bien clavados”.

¡Adelante!

-
1. Michael Fabarez, *Preaching That Changes Lives* (Nashville: Thomas Nelson, 2002).
 2. Kevin De Young y Ted Kluck, *Why We're Not Emergent: By Two Guys Who Should Be* (Chicago: M*oody, 2008); David W. Henderson, *Culture Shift: Communicating God's Truth to Our Changing World* (Grand Rapids: Baker, 1998).



Capítulo 1

La autenticidad y la libertad de encontrar su propia voz

Como usted sabe, en mi calidad de hombre de negocios, he estado en Clubes Rotarios durante casi cuarenta años, y cada mes tenemos una reunión y alguien pronuncia un discurso de uno u otro tipo. Cuando llego a mi casa, le cuento a mi esposa de qué fue la charla y cómo expresó sus ideas el orador. Pocas veces puedo hacer lo mismo con un sermón. Creo que deberíamos cerrar los seminarios teológicos y enviar a nuestros candidatos a Rotary International.³

Muerte por PowerPoint

Para muchos, la perspectiva de escuchar una predicación expositiva (bíblica) equivale a estar en una reunión de negocios con una de esas horribles presentaciones de PowerPoint, con transiciones incluidas, donde las diapositivas se leen línea tras línea. Es un efecto conocido como “muerte por PowerPoint”. Durante el curso de una hora (si tenemos suerte) se nos presentan datos, pero nadie los recuerda ni se acuerda por qué vale la pena recordarlos. La predicación expositiva tiene mala reputación entre muchos, que la consideran aburrida e irrelevante. Como defensa ofrecemos alternativas descriptivas más eufemísticas, usando adjetivos como “seria” o “bíblica”. Pero ese estereotipo encierra algo de verdad. Quienes más alabamos la predicación expositiva no le hemos hecho ningún favor cuando hemos confirmado la sospecha mediante exposiciones carentes de todo lustre. Obviamente, no es cierto en todos los casos, pero los practicantes de este arte “hablan” a menudo sin tener “nada que decir”. Como decía un expositor muy conocido: “La exégesis exhaustiva y la organización clara son esenciales para un mensaje eficaz. Pero un buen sermón mal predicado no es mejor que un mal sermón bien predicado”.⁴

Mientras visitaba a una buena amiga (ávida oyente de sermones y creyente de mente sobria) surgió el tema de la exposición. Apareció en la conversación como fruto de la frustración. “Prefiero la predicación temática antes que la expositiva. Es más aplicable a mi vida”. Su crítica es bastante habitual. También se encuentra en el meollo de mi frustración. De entrada, el contraste que se establece respecto a la predicación temática demuestra una mala interpretación fundamental de lo

que constituye la predicación expositiva. Aunque normalmente tiene (y debe tener) una naturaleza consecutiva, no excluye exposiciones tópicas o temáticas. Solo significa que los temas se fundamentan en la exégesis firme de los pasajes dentro de su contexto originario, y no en las meditaciones de algún pastor que selecciona los pasajes al azar.

Esta generalización ya fue bastante molesta, pero mi amiga completó el estereotipo dejando caer la palabrita *aplicación*. ¿Cuántas veces hemos oído esto? “La predicación expositiva carece de importancia y de aplicación”. ¡Por el contrario, la predicación expositiva es la metodología más *aplicable* de todas! Al menos, debería serlo. (Es una idea que enfatizaré más adelante).

Todo esto es lo que me rondaba por la cabeza cuando formulé una respuesta a la crítica generalizada de mi amiga. En lugar de aplastarla con una diatriba (o perder una amistad), dije simplemente: “Está claro que nunca has escuchado una predicación expositiva. Al menos, tal como debe ser”. Tristemente, son pocos los que la han escuchado.

No pretendo atacar el método en sí. De paso puedo afirmar que creo que la exposición es la única forma legítima de predicación. Rechazo de plano las críticas modernas contra la predicación tradicional.⁵ Explicar la Biblia es predicar. La exposición, por definición, significa “explicar” o “manifestar”. Incluye tanto el proceso de desvelar el significado correcto de la Biblia en su contexto originario como la responsabilidad de exponer ese significado al pueblo de Dios, que vive en un contexto distinto. Este es precisamente el vacío que pretende salvar la exposición.⁶ Cuando el predicador acaba el mensaje, el pueblo de Dios entiende mejor lo que Él ha dicho en su Palabra.

Esta es la característica que distingue a la predicación expositiva. Lleva consigo ciertas consecuencias. Es posible que los sermones no sean expositivos o bíblicos por el mero hecho de que en ellos se haga referencia a la Biblia. De la misma manera que estar dentro de un garaje no convierte a nadie en coche, estar tras el púlpito con la Biblia en la mano no hace de nadie un expositor. Hay muchos miembros de iglesias que escuchan un mensaje “religioso” y asumen que su pastor es bíblico. El mero hecho de que suene a predicación “tradicional” no significa que sea bíblica. La predicación bíblica tiene una resonancia distintiva. Cuando la escuchamos, la percibimos.

Montones de ladrillos y maderos por doquier

Mis clases de homilética estaban incluidas en mi último año en el seminario. En ellas aprendí innumerables cosas útiles sobre la predicación. En muchos

sentidos, fue un tiempo bien invertido. Pero también he pasado algún tiempo (dos décadas) desaprendiendo algunos hábitos nocivos, que demostraron ser un obstáculo para mi actitud frente a la exposición.

El punto focal de mi homilética radicaba en extraer mis sermones y su estructura de la exégesis bíblica. Así es como debería ser. Mi educación, por la que estaré siempre agradecido, consiguió que pudiera desenvolverme bien en los idiomas bíblicos. Ahora entiendo sus matices y logro reconocer y analizar la mayoría de cuestiones interpretativas. Cada semana parto de una Biblia en griego (o hebreo). Además, puedo interactuar con comentarios escritos por hombres que saben de verdad lo que hacen. Estoy bien equipado para ello.

Sin embargo, hay una parte de mí que ha luchado por sobreponerse al desequilibrio resultante (y no intencionado). Lamentablemente, consideré cualquier instrucción sobre la presentación del sermón como secundaria al énfasis primario de la hermenéutica y la exégesis. No logré integrarla en mi pensamiento como una extensión de la exégesis. Como resultado de ello, al salir del seminario tuve problemas para tomar toda esa cantidad formidable de información que proporciona la exégesis y exponerla de una forma impactante. Al marginalizar la presentación no le hice ningún favor a mi exégesis.

Los sermones que desarrollé (y que luego seguí desarrollando durante un tiempo) eran, básicamente, muy sucintos, con una estructura razonable y, de vez en cuando, algún aluvión informativo interesante. ¿Mi hipótesis operativa? Técnico = bíblico. Sin duda, mi homilética fue una salvaguarda contra los abusos pragmáticos de movimiento *seeker* (que intenta resultar más atractiva para los inconversos), pero poco más. Cualquier consideración sobre cómo había que exponer un concepto, o cualquier enfoque creativo a la exposición, eran dignos de sospecha. Yo extraía mis estructuras de la exégesis, pero la exposición del sermón era una tortura (también para mis oyentes). En última instancia, mis sermones (y, dicho sea de paso, mi estudio) quedaban permanentemente inconclusos. Como decía Broadus: “Un montón de ladrillos y de maderos, y varias pilas de arena, no son una casa, como tampoco el apilamiento de pensamientos constituye un discurso”.⁷

Yo tenía “un montón de ladrillos y de maderos”. Había reunido los hechos, pero no tenía idea de cómo procesarlos y exponerlos. Básicamente, no podía acabar. Lo que era más importante, no lograba salvar el abismo entre mi estudio y los corazones de mi gente, un asunto que se encuentra en el meollo del método expositivo.

Nada puede ser más frustrante y desalentador para el intérprete que estar ante un público y ver cómo un mensaje se viene abajo, carente de vida, después de que el intérprete haya cumplido con todos los requisitos de la gramática investigadora, la sintaxis, la estructura literaria y la historia de un texto determinado. Después de que el exegeta haya invertido todas esas horas traduciendo penosamente el texto, analizando gramaticalmente los verbos, investigando los trasfondos históricos y rastreando las relaciones sintácticas, se siente traicionado cuando todo ese trabajo no consigue transmitir un mensaje creíble que hable a los hombres y a las mujeres modernos.⁸

Yo me comprometí a estudiar entre quince y veinte horas semanales, pero dedicaba muy poco de ese tiempo a pensar “cómo decirlo”. En lugar de predicar, lo que acabé haciendo sin darme cuenta fue impartir a mi audiencia un Curso Básico de Interpretación Bíblica semanal, usando el púlpito. ¡Era el “Señor de lo Evidente”!

Los laboratorios de predicación, que van destinados a tratar cuestiones sobre la presentación del sermón, se parecen curiosamente al enfoque oncológico. El tratamiento del cáncer es casi tan letal como la enfermedad. De la misma manera, el tratamiento de una mala predicación es casi tan mortal como el problema. Es decir, escuchar. Escuchar malos sermones pone en peligro la supervivencia. Nadie sufre más que los oyentes. Los sermones más letales se encuentran en los seminarios de predicación, que son un aluvión implacable de sermones tremendamente predecibles y espantosos. Es como ver las primeras semanas de la serie *American Idol* cuando nos preguntamos sin cesar: “Pero, ¿quién le ha dicho a esa persona que sabe cantar?”, o “¿Qué pasa, es que no se oye?”. Ver algo así es un sufrimiento.

Es como ver las primeras semanas de la serie American Idol cuando nos preguntamos sin cesar: “Pero, ¿quién le ha dicho a esa persona que sabe cantar?”.

Mientras padecía esos sermones (incluyendo los míos), me vino a la mente una observación: “Todos suenan igual”. Todos tenían el mismo repicar mecánico del formato “tres de esto” y “cuatro de aquello”. Pero me pregunté algo: *¿De verdad es este el resultado que desea el método gramático histórico?* Parecía algo forzado, impuesto al pasaje y al predicador. Pensé que éramos “clones”,

meras copias de lo que suponíamos constituía una predicación expositiva. Esto suscitó preguntas importantes en mi mente: *¿Es esta la única manera de enfocar la predicación bíblica? ¿Es así como debe sonar una exposición?*

Al final, hice un descubrimiento personal importante. No existe una relación directa entre un estilo de predicar concreto y la predicación expositiva. Al menos, nada que pueda defenderse con la Biblia en la mano. En realidad, cualquier método de transmisión es capaz de oscurecer el sentido del texto, incluyendo uno muy estructurado. Pasa lo mismo que con muchos de los sermones que escuché en aquellos laboratorios. Steve Smith, profesor adjunto de predicación en el Southwestern Seminary, lo explicaba de esta manera:

No creo que el estilo expositivo deba entenderse como la única manera de predicar, porque la exposición no es un estilo por sí misma. Puede parecer que hilamos muy fino, pero piense en ello. Si la persona se refiere a una estructura de sermón estilizada y concreta (es decir, tres o cuatro puntos, una introducción y una conclusión), no podría defender ese estilo estructural como el único posible. Esto no se debe a que yo no tenga en alta consideración las Escrituras; más bien se debe precisamente a que las tengo en demasiada consideración como para tomar la Palabra preciosa de Dios, con los múltiples géneros que Dios inspiró para comunicarse con los hombres, y obligarla a encajar en un bosquejo predeterminado.⁹

Tiene razón. Después de todo, si Pablo quería compartir “Los diez fundamentos de la vida cristiana”, ¿por qué no lo dijo, y punto? Lo que vi me pareció demasiado artificial. ¿Dónde estaba el impacto pretendido del mensaje? ¿Dónde estaban el corazón y el alma del predicador? ¿Dónde estaba la evidencia de una claridad iluminada por el Espíritu en la vida del predicador?

No me opongo a una predicación estructurada. Es inevitable, dado que el pasaje tiene un orden. Además, nuestro pueblo necesita estructura; les ofrece la percha de la que colgar su pensamiento. Aparte de esto, nuestros profesores tenían un motivo para exigirnos cierto tipo de formato. Al ser predicadores jóvenes, necesitábamos “rueditas de aprendizaje”. Pero (y este es el problema) nadie nos explicó jamás cómo desmontarlas.

Superando el bache

Después de años de práctica, hay determinados aspectos de la predicación que me resultan tan difíciles como lo han sido siempre. En cierto sentido, son más

difíciles que antes. No son necesariamente los aspectos más mecánicos. El tiempo, la práctica y las herramientas me han permitido acelerar algunos componentes de la elaboración. Lo que sigue siendo implacablemente angustioso es el final del proceso. Aún me descubro de rodillas implorando la misericordia de Dios en el mismo punto del proceso, cada semana. Es ese momento en que me aparto de los detalles y me enfrento al lienzo en blanco de mi sermón. Insuflarle corazón es un trabajo arduo. Hablando en términos humanos, lo que hacemos en este punto como expositores es lo que marca la máxima diferencia en nuestra predicación. Es aquí donde se forja el sermón real, donde se manifiesta el predicador genuino. Obviamente, partimos del lenguaje originario, pero siempre es difícil traducirlo al lenguaje cotidiano. Es la parte del proceso donde median la sangre, el sudor y las lágrimas.

Mientras viajaba por el país entrevistando a predicadores, me di cuenta de algo: todos nos encallamos en el mismo punto. A todo predicador bíblico esmerado le pasa igual. Da lo mismo la experiencia o el talento que tenga, todos nos encontramos cada semana con la misma pregunta difícil, que es: “Y esto, ¿cómo lo voy a decir?” Ninguno de los hombres dotados con los que hablé mencionó haber orado para comprender un tiempo verbal. Pero todos han orado por tener la capacidad de demostrar a su iglesia la importancia que tiene ese tiempo verbal.

El proceso de pasar de la exégesis al púlpito y llegar al corazón de nuestros oyentes es agotador. Lo cierto es que, una vez se desmonta el pasaje por medio de la exégesis (analizando a fondo cada uno de sus componentes, convencidos ya de que lo entendemos y sabemos cómo encaja en el contexto más amplio), la preparación acaba de empezar. Como dijo Martyn Lloyd-Jones:

*Aunque se haya elaborado el sermón de la manera que hemos indicado, y aunque se haya preparado cuidadosamente, el predicador debe ser libre en el acto de la predicación, en la transmisión del sermón. No debe estar demasiado atado a su preparación, ni por ella. Esta es una idea esencial: forma parte de la esencia de este acto de predicación.*¹⁰

Muchos expositores ignoran cómo superar ese bache proverbial que es la exposición. Quizá se deba a que nadie nos ha enseñado jamás a hacerlo. Lo descubrimos por las malas. Otros, paralizados por hipótesis falsas, no quieren ni intentarlo. Hemos heredado la suspicacia frente a cualquier cosa remotamente distinta; rechazamos todo lo que no encaje dentro de un formato conocido. Tras

haber sido testigos de los abusos de los gurúes del crecimiento eclesial, consideramos que cualquier cosa que no sea una estructura particular es un peligro importante.

Por ahí fuera hay mucha predicación “creativa” digna de rechazo. Concretamente, es un tipo de predicación que depende más de la calidad de la iluminación y del *feng shui* cristianizado que de la exégesis. Su mensaje y su aplicación no tienen mucho que ver con los pasajes sobre los que se basa. Es el tipo de material que podríamos encontrar en un seminario de autoayuda en la YMCA. Yo la llamo “teología madre de familia” o “terapia de grupo libre”. No es esto lo que defiendo.

Independientemente de la forma concreta de exposición, estilo o formato, la predicación expositiva siempre será evidente gracias a determinadas características. La predicación expositiva trasciende la exposición. En su esencia siempre figurará una explicación de lo que quiere decir la Biblia, y toda aplicación será resultado de ese significado pretendido. Pero esto no exige un estilo concreto, solo necesita una convicción determinada.

Esa sombra larga y amedrentadora

Cada año se escriben cientos de libros sobre la predicación. La pregunta evidente es: ¿por qué otro más? ¿Qué más se podría decir sobre este tema que no se haya dicho ya? He pensado en esto muchas veces. Soy consciente de que otros hombres con una experiencia mucho más práctica y credenciales de más peso ya han escrito sobre este tema. Las leyendas de la exposición, aquellos a los que muchos quieren escuchar, han reflexionado sobre la predicación. Existen clásicos que proyectan amplias sombras sobre cualquier tratamiento moderno de esta cuestión, incluso sobre los buenos. Además, he optado por escribir en un momento en que la predicación ha perdido el favor de la Iglesia.¹¹ Dicho con franqueza: hay poco interés. También admito que mi conocimiento es limitado. Escribo más desde el punto de vista de un *hacker* que de un profesional. No soy profesor de homilética, de modo que, ¿por qué escucharme?

Si este proyecto se centrara estrictamente en la homilética, ya lo habría abandonado hace mucho tiempo. Pero no habla estrictamente de la predicación, sino del corazón del predicador. Habla de un viaje que debe realizar todo predicador, que concluye con la liberación de la voz del orador. Durante todas mis investigaciones y entrevistas, fue evidente que la mayoría de predicadores realmente eficaces había realizado su propio viaje en determinado momento de su ministerio. Fue un viaje que, para cada uno de ellos, acabó en la libertad en el

púlpito, la liberación de su exégesis y el descubrimiento de su voz.

En un nivel práctico, todo predicador eficaz lo es, principalmente, porque ha encontrado su voz. Tanto si es consciente como si no, todo predicador frustrado busca esto. Obviamente, hay algunas cosas que solo pueden corregir el tiempo y la práctica. Los altibajos de la predicación regular forman parte del proceso. Pero todo predicador al que admiramos comparte una historia parecida, repetida de diversas maneras. Todos partieron de una misma frustración: “Tengo que encontrar mi estilo de predicación”. Si pretendemos hacer un favor a nuestra exégesis, tenemos que llegar a ese mismo punto. Tal y como son las cosas, existen dos retos sustanciales que se interponen entre nosotros y esta envidiable libertad que detectamos en sus sermones: la transparencia y el temor.

La transparencia: El púlpito sin envolturas

Mi inspiración para escribir se fundamenta en un supuesto: soy un pastor-maestro reformado de treinta y tantos años, que anhela predicar con una sinceridad que glorifique a Dios, y al menos debe haber otro predicador más en el mundo que comparta mi desesperación y se enfrente a los mismos desafíos que yo.

Ese hombre me inspira. Escribo especialmente para él. Él es mi camarada, el que sigue su camino pasando por los mismos ciclos que yo en su vida. Es ese pastor en las trincheras, que se conforma con saber que probablemente su fama nunca superará la inclusión de su nombre en el boletín dominical. El predicador al que pocos conocen y menos conocerán; es un trabajador arduo. Es el siervo que semana tras semana elabora un sermón “normal”. Es un expositor dedicado, que se angustia por los detalles del pasaje bíblico mucho antes de subir al púlpito. Está atrapado en algún punto entre el fundamentalismo de su padre y la última moda de “kit eclesial” que le entregaron en mano. A pesar de tener muchas otras responsabilidades en su lista de tareas, responde al toque semanal de la campana que le llama a elaborar un sermón. Ha predicado con auténtica libertad unas cuantas veces en su vida, pero quiere hacerlo cada domingo. No tiene tiempo para reinventar su homilética, pero sabe que podría mejorar mucho. Me senté y escribí este libro para esa persona. ¿Por qué él? Porque soy yo. Él y yo, a pesar de que nunca nos hemos visto, compartimos una lucha común. Él es el destinatario de mi mensaje.

Este es el vínculo con la forma de predicar de los sermones. Cuando predico me motiva una perspectiva semejante. Ahí fuera tiene que haber como mínimo un pecador que pueda hacer suyo mi propio momento de claridad en este pasaje.

Predico a personas como yo, que cada día combaten contra el pecado, y que un instante tras otro dependen de la gracia de Dios. Este axioma se cierne sobre la preparación de mi mensaje, y se manifiesta en la predicación. Estoy obligado por la gracia a comprender la Palabra de Dios y a transmitirla de tal manera que pueda traducirse y aplicarse en las vidas de aquellos a los que amo. Esto requiere transparencia.

“A los tuyos no les importará lo que *sabes* hasta que *sepan* que te importan”. He oído esta frase cientos de veces. Contiene una gran verdad. La sinceridad es indispensable. Pero el tipo de sinceridad que mejor transmite un mensaje va más allá. El pueblo de Dios no solo necesita saber que a usted le importa su bienestar; tiene que saber también que lo que usted cree le ha cambiado la vida. No estoy llamado solamente a explicar la verdad, sino a ejemplificarla (1 Ti. 4:12). Esto incluye el impacto semanal, diario, momento a momento, de la verdad que hay en mi vida. La eficacia de la predicación está unida a la propia búsqueda de Dios por parte del predicador. Los nuestros deben ver que estamos impresionados por las verdades que descubrimos. No subestime el poder de un “rostro desvelado” en el momento de predicar. Entre las cosas más esperanzadoras, poderosas y eficaces que puedo hacer por los míos se cuenta llevar al púlpito un corazón recién quebrantado.

Los disfraces del traje y la sintaxis

No hace mucho me invitaron a predicar fuera de mi estado. Expuse un sermón en el que usé mi propia vida como ejemplo de la lucha. Incluso siendo pastor, libro una batalla constante por ser coherente como líder espiritual de mi familia. Compartí con ellos un reto concreto al que me enfrenté en este sentido. Fue un momento bastante desenfadado de modestia. Una anécdota: En aquel momento no le di mucha importancia (mi propia congregación no se sentiría impresionada), pero mi transparencia tuvo un tremendo impacto en la congregación que visité. De hecho, es posible que transmitiera el pasaje con mayor eficacia que cualquier otra cosa particular que les dijera.

Más tarde, cuando hablaba con uno de los ancianos, un miembro de la iglesia hizo la siguiente observación: “Cuando Byron nos dio ese ejemplo, me quedé pasmado. Entendí que él también es pecador, y que lucha contra el pecado como lo hago yo. Fue todo un alivio ver cómo obra la gracia en él. Me dio esperanza como padre y como esposo”. Refiriéndose a su propio pastor, siguió diciendo: “Creo que nuestro pastor lucha con el pecado. Pero puedo asegurarle que jamás en mi vida se lo he oído decir. A menudo me pregunto si es humano como lo soy

yo”.

Aunque yo no pretendía que se hicieran comparaciones y admiro mucho a aquel pastor, agradecí que aquel miembro de la iglesia detectase mi transparencia, porque fue intencionada. Yo intentaba ser un ejemplo tangible de la gracia santificadora de Dios. Este tipo de claridad vulnerable logra convertir los *manuals* teológicos de las mentes de nuestros oyentes en *himnarios* en sus corazones. No podemos estar distantes e intocables. No podemos esconder nuestra humanidad tras un traje o una sintaxis.

Muchos pastores dirían que este tipo de transparencia reduce la autoridad del púlpito y la confianza en nuestro ministerio que tienen los oyentes. En consecuencia, ocultan su humanidad. Consideran que parte de su responsabilidad es mantener sus puntos débiles lejos de la vista de otros. En mi humilde opinión, el resultado es una oratoria almidonada, no unos sermones transmitidos por instrumentos humanos. Si la predicación expositiva tiene mala fama, si se considera aburrida y carente de vida, es en parte debido a esta forma de entender las cosas. Este punto de vista tiene muchas cosas erróneas. Su mayor error es la distancia que inserta entre nuestro púlpito y la primera fila. Es la distancia que la mayoría de nosotros intenta cubrir cada semana cuando predicamos. Demasiado a menudo somos “científicos expositivos”. Aplicamos los métodos investigadores adecuados al pasaje, lo cual da como resultado unas conclusiones sólidas. Nuestra predicación manifiesta los resultados de nuestra investigación, pero raras veces explica por qué son importantes. “¡La siguiente diapositiva, por favor!”.

La predicación expositiva no tiene que ser mecánica y estéril para que la consideren legítima. Podría parecer que un método gramático histórico tendría que dar como resultado una presentación más dinámica. Después de todo, el expositor se pasa la mayor parte de la semana humillando su corazón bajo la intención del pasaje, que tiene autoridad. Es imposible prepararnos genuinamente para predicar y luego alejarnos de nuestro estudio sin haber cambiado. Si lo hacemos, no hemos empezado aún a prepararnos, y sin duda no estamos listos para predicar. Sea lo que fuere lo que la Palabra quiere efectuar en nosotros (quebrantamiento, pasión, convicción, santa indignación, contrición, claridad, gozo, exultación, esperanza, celo), debe plasmarse en nuestra predicación. Debemos exponer a nuestros oyentes el efecto que ha tenido la Palabra en nuestro propio corazón. ¿Cómo no hacerlo? Es la consecuencia natural del enfoque expositivo.

Es imposible prepararnos genuinamente para predicar y luego alejarnos de

nuestro estudio sin haber cambiado. Si lo hacemos, no hemos empezado aún a prepararnos, y sin duda no estamos listos para predicar.

Dado que somos llamados a buscar y ejemplificar la santidad, debemos insuflar discreción en nuestra transparencia y en lo que presentamos como ejemplos de nuestras vidas. Pero esta apertura no da como resultado una falta de respeto por parte de nuestros oyentes. La consecuencia es directamente la opuesta: la confianza. La demostración de la gracia de Dios en nuestras vidas (la transparencia) aumenta nuestra autoridad. Insufla confianza en nuestro ministerio, no lo erosiona. Nos convierte en ejemplos de lo que el poder de Dios puede hacer en una vida humana. Aumenta la empatía de los nuestros hacia nosotros, como pastores, y nos otorga su atención cuando predicamos. Manifiesta el evangelio por medio de nuestra propia experiencia. Llevar una “envoltura de plástico” en el púlpito consigue que la cruz no salga del ámbito de lo teórico. Todo esto cambia cuando nos quitamos ese plástico.

La propia Biblia demuestra esta idea. Contiene una descripción refrescante y sincera de los siervos de Dios. Sus puntos débiles forman una parte evidente e importante de su trayectoria. En determinados lugares de la Biblia, la humanidad de tales personas es cruda, y no se hace ningún esfuerzo por ocultarla. Los siervos de Dios no son, ciertamente, esas estatuas de mármol en que los hemos convertido. Sus fallos encuentran un eco en sus exhortaciones. ¿O debemos pensar que la exhortación de Pedro a seguir siendo fieles a Cristo (1 P. 4:12-14) no la hizo a la luz de su propio fracaso histórico?

¿O pensamos quizá que la explicación apasionada de Pablo de una justicia “que es de Dios” (Fil. 3:7-11) no tuvo nada que ver con su propia basura patética y farisaica? Pablo dijo de sí mismo y de su propio ministerio:

Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna. (1 Ti. 1:15-16)

Estar “por encima de toda crítica posible” no es lo mismo que estar por encima de los demás. La realidad es que estamos abajo con ellos, al pie de la cruz, aun cuando estemos en el púlpito. Esas personas preciosas deben constituir el blanco de nuestra exégesis, nuestra predicación y nuestro corazón.

Vida real, personas reales, absurdo real

Este análisis no se centra en la relevancia. La relevancia es una trampa en la que se ven forzados a caer los predicadores debido a las exigencias epidémicas de una enseñanza *con exceso de principios*. Desde mi punto de vista, enfatizar demasiado la capacidad que uno tiene de ser relevante da como resultado una esclavitud peculiar. Tal como señaló un notable erudito: “La relevancia es relativa... El predicador debe tener cuidado. Recibir felicitaciones y aplausos sobre la relevancia del mensaje y sobre cómo el Señor nos bendijo por medio del sermón o de la charla puede resultar muy seductor. La relevancia se puede evaluar fácilmente sobre un fundamento puramente pragmático”.¹² Si cedemos a la exigencia de la relevancia, acabaremos pareciendo más asesores personales que heraldos de la verdad divina. Pablo advirtió que hacer esto suponía “hacer vano” el evangelio (1 Co. 1:17).

Lo cierto es que la relevancia y las aplicaciones tipo “solo hay que añadir agua” las defienden los evangélicos como las virtudes más deseables que pueda tener un predicador. Los diversos clichés que pueden facilitar esta miopía están por doquier: “Deme solo lo que pueda usar”. “¿Qué aplicación tiene para mi vida?”. “Quiero una predicación que toque de pies en el suelo”. “Vida real, personas reales, cuestiones reales”. ¿En serio? A pesar de lo que podamos pensar, en estas afirmaciones no subyace ninguna virtud. Asumimos que representan un compromiso más noble con los asuntos espirituales. En realidad, este paradigma no podría ser más egocéntrico y contrario a la espiritualidad bíblica.

En cierta ocasión, después de predicar un sermón teológico sobre un atributo concreto de Dios, una matriarca bastante segura de sí misma se me acercó. Ya me vi venir lo que pasaría. Uno siempre sabe lo que se le avecina. Y *no* es bueno. “En ese sermón no ha habido nada que me tocara. No tiene aplicación para mi vida”.

Básicamente, esto significa “Usted no predica bien”. A su modo, ella intentaba ayudarme. Es lo que Warren Wiersbe llama “un dragón bien intencionado”. Lamentablemente, eligió un mal momento.

Mientras yo predicaba, me fijé en una mujer madura y elegante de nuestra congregación que se había quedado viuda recientemente. Su esposo falleció de un ataque cardíaco una noche, mientras se acostaba. Ella intentó reanimarlo, pero no hubo nada que hacer. Era un buen hombre, y ella una buena esposa. Fueron una sola carne durante más de cincuenta años. En el transcurso del sermón, ella rompió a llorar. Mantuvo los ojos cerrados, con una sonrisa complacida en sus

labios. Cuando mi “profesora de homilética autoproclamada” hubo acabado su crítica, llamé su atención sobre las mejillas húmedas de lágrimas de aquella preciosa mujer. Estaba inmóvil, absorta todavía en la grandeza de Dios. No hacía falta explicar nada. Pero, por supuesto, aún así se lo expliqué. Debido a nuestra obsesión con la “relevancia”, nuestra mentalidad contemporánea no tiene en cuenta el corazón que se sienta en el banco, a nuestro lado. Lo único que parece importarnos ya son los matrimonios felices, mejorar las relaciones sexuales y alcanzar la satisfacción personal. Es un narcisismo que adormece la mente.

Al predicador se le presiona mucho para que sea “relevante”, y eso le puede abrumar. Muchos acaban cediendo en la dirección incorrecta. Antes de que usted cambie su vestuario o ajuste la iluminación de su santuario, ofrezco esta alternativa, tanto para el predicador como para el miembro que no lo es: *la transparencia sincera*.

Como predicador, me pongo delante de pecadores salvados por la gracia por medio de la fe. Su estado pecaminoso es tan evidente para ellos como el mío lo es para mí. Ellos se dan cuenta, como yo, de que necesitan remedios divinos, no sugerencias vacías. Juntos estamos frente a una Biblia abierta, sabiendo que la Palabra de Dios es viva y activa, y la única fuente de la Verdad. También confesamos al Espíritu Santo como único agente real del cambio. Antes de la invasión de la Gracia en nuestras vidas, nuestra propia sabiduría nos condujo al desespero. Nos pasábamos la vida inclinados ante el altar de la relevancia. Entonces un Dios de gracia nos abrió los ojos y salvó nuestras almas. Cuando lo hizo, abandonamos nuestra presunta sabiduría y nos arrepentimos de nuestra egolatría.

Por su propia naturaleza, la predicación conlleva ignorar la opinión de los hombres. Hemos sido llamados a hablar por Dios. Dejemos que sea Él quien hable, y que el hombre escuche. ¿Por qué no permitir que la Palabra de Dios me quebrante y me reconstruya, y luego transmitir ese mensaje transformador a las personas a quienes amo y que anhelan lo mismo? Eso es real. Eso parece relevante.

Predique la Palabra. Esta es la única alternativa para todas esas exigencias de relevancia y las tonterías resultantes, que en demasiadas iglesias pasan por ser predicación. No hay necesidad de todo ese “material”. He perdido la cuenta de los “nuevos” enfoques; son tantos que me pierdo. ¿Por qué no predicar con transparencia? ¿Por qué no entender el pasaje y permitir que le transforme? Lleve esa carga al púlpito, y permita que transforme a otros. Cuanto más lo entienda, más transformará a todos. Este objetivo sencillo trasciende estilos, métodos de

exposición, personalidad, educación, etc. Aquí hay libertad, la libertad de las expectativas, de las limitaciones de nuestros dones; la libertad para predicar con autoridad y con pasión. La libertad del miedo a los hombres.

La ausencia de temor: Ciegos para ser instrumentos

El miedo a los hombres es brutal. Es ese nudo en la garganta cuando uno se entera de que alguien se marcha de su iglesia, o cuando un miembro organiza una reunión con una de esas infames agendas de un solo punto: “Es que tengo que comentarle algunas inquietudes”. En ocasiones, el miedo paraliza. El pecado, también. Tanto si es consciente de ello como si no, el miedo a los hombres es también el reto más grande en el acto de la predicación. Es una fuerza a tener en cuenta. Si queremos predicar de verdad alguna vez, tendremos que enfrentarnos a ella cara a cara.

Los predicadores somos una raza insegura. ¿Quién más va por ahí buscando cumplidos tan a menudo como lo hacemos nosotros? Con demasiada frecuencia nuestra felicidad está vinculada a los rostros de personas inconstantes. Es posible pasarse la mayor parte del ministerio predicando para obtener la aprobación de algún grupo invisible, o vivir a la sombra de las comparaciones fantasiosas. Todo esto, como mucho, agrada a los hombres. Nuestra confianza como comunicadores bíblicos prospera cuando nos vemos libres de esa carga. Un predicador tenía razón cuando dijo: “...cuando usted se libera de las sonrisas y de los ceños fruncidos de su gente, tiene libertad para ser un instrumento de bendición para ellos. Pienso que si queremos ver un aumento de poder en el púlpito, debemos regresar a la pureza de la motivación fundamentada en el temor de Dios”.¹³

Hay muchas opiniones respetables a las que podríamos atender. Hay ese grupo de personas que juzgan nuestra predicación en función de su vínculo inmediato con sus vidas. Luego tenemos a ese otro grupo que lleva en la mano diccionarios y textos en griego, que pretende ayudarnos con nuestra gramática. Y luego están quienes nos dicen lo bien que lo hemos hecho cada domingo, tanto si es cierto como si no.

Lo que debe motivarnos por encima de todo lo demás es el amor por Dios y por la misión que Él nos ha concedido. Esto debe influir sobre cualquier otra consideración, incluyendo cualquier interés por nuestras limitaciones o nuestra incapacidad. Debemos declarar lo que ha dicho Dios, sin tener en cuenta qué grupo de personas tenemos delante. Irónicamente, para poder hacer esto, debemos predicar con una santa indiferencia hacia sus opiniones. Es un amor valiente. Vemos a David enfrentado al gigante. Luego tenemos al profeta Natán que se

enfrentó al matador del gigante. ¿Qué exigía más valor?

No podemos pasarnos la vida preocupándonos por lo que piensen otros de nosotros o de nuestras habilidades. Debemos estar ciegos a todos los hombres, sobre todo a nosotros mismos. La persona a quien es más importante ignorar es usted mismo; un grado pernicioso de inseguridad puede intimidar más que una congregación llena de críticos.

No tome mi amonestación como una licencia para rebelarse. Debemos seguir siendo humildes, recibiendo con gracia incluso la crítica más dura. Algunos predicadores arrogantes se sitúan por encima de los consejos de los demás para justificar una hermenéutica deficiente o una preparación insuficiente. Esto no es más que inseguridad necia. Siempre hay oportunidad de mejorar. Pero padecerá una muerte larga y agónica tras el púlpito y en el ministerio si pretende satisfacer los deseos de otros o intenta emular el estilo de otra persona.

Hacer esto es contrario al propio acto de predicar. Cuando Pablo exhortó a Timoteo no le dijo: “te encargo en presencia de tu congregación”. Tampoco le dijo: “te encargo en presencia de tus profesores de seminario”. No, le ruega y le encarga su misión “en presencia de Dios y de Cristo Jesús, que juzgará a los vivos y a los muertos”. Dada la cantidad de veces que mencionamos este pasaje, podríamos pensar que nos tomaríamos el mandato en serio. En determinado momento hemos de dejar a un lado las opiniones de los hombres, y predicar lo que sabemos con los dones que tenemos en la presencia de Dios. Si no, lo único que tendremos será una idolatría más respetable.

Los predicadores que temen a los hombres están más preocupados por lo que piensan las personas de su predicación que por lo que piensa Dios sobre ella. Les inquieta más no estar a la altura de las expectativas humanas por su predicación que defraudar las del Espíritu Santo.¹⁴

Es difícil predicar si nos apretamos el cuello con las manos

Durante años, mi predicación me resultaba incómoda. Era como tener cuarenta años e intentar ponerme un traje que me iba bien cuando tenía veinte. Con el paso de los años, sin darme cuenta, mi cuerpo ya no entraba en aquel traje. Llegar a la mayoría de edad en el ministerio es normal; le pasa a todo el mundo. Yo había cambiado como predicador y como pastor. Lo que una vez me sentaba bien, ahora me apretaba. Cuando miro al pasado, lo veo claramente. Yo era una caricatura de lo que me habían dicho que debía ser un predicador. Era fiel al texto bíblico, pero no era libre para predicar. Era como la frustración que uno siente cuando predica

usando a un intérprete, y la profundidad de la pasión se pierde en la traducción. Es antinatural y complicado.

Debido a mi trasfondo fundamentalista, mi postura siempre le estaba pegando fuego a algún hombre de paja. Demasiado a menudo yo era el “profeta furioso”. Pero eso no era coherente con quién era yo cuando no estaba en el púlpito. En términos generales, soy una persona sociable, y en el fondo soy un pastor. Me gusta relacionarme con la congregación a todo tipo de niveles. La iglesia es mi vida, y las personas con las que me encuentro cada domingo son mis amigos más queridos. Nuestra relación es un gran don de Dios. Pero existía una desvinculación entre mi experiencia “tocando el suelo” y la que tenía en el púlpito. ¡No me malentienda! Hay un momento y un lugar en que conviene hacer advertencias. Esto forma parte esencial de la defensa de la verdad, y de la protección de la grey. La exposición consecutiva lleva a este tipo de mensajes y de énfasis. No cabe duda de que puedo hacer eso. Pero no todo pasaje tiene ese tono ni ese énfasis. Dependiendo del pasaje, a un predicador se le puede exigir que llore, se alegre, se ría o se arrepienta. Es la naturaleza de la exposición. Pero yo, por otro lado, me dedicaba solo a las advertencias.

Llegar a mi “mayoría de edad” fue una experiencia muy frustrante, pero llegué a comprender el problema. Intentaba ser alguien diferente. Más concretamente, pretendía complacer a alguien más. Si algún día quería predicar de verdad, tenía que sentirme cómodo en mi propia piel. Cuando lo hice, me desprendí de todo mi equipaje. Cuando sucedió esto, mis hermanos en la fe se dieron cuenta. Mi esposa, también, y yo mismo. Fue una liberación. Hubo un predicador que captó con precisión la esencia de esta transformación.

El aspecto más importante del estilo de un predicador es la autenticidad. Cuando empecé a predicar, pensaba que mi “estilo” debía encajar en una categoría determinada. Como resultado de ello, imitaba a mis predicadores favoritos. No paraba de reinventarme. En última instancia, tenía que encontrar mi propio “estilo” y mantenerlo. Eso suponía que había una cosa menos que tuviera que fabricar. Tenía que darme cuenta de que Dios me había dado una personalidad única, y que pretendía usarla de maneras únicas.¹⁵

Ahora sé exactamente lo que quiere decir. Para entenderlo por mí mismo necesité recorrer un camino largo y arduo.

Algunas experiencias concretas me condujeron a mi propia libertad. La

experiencia nos enseña de una manera que la teoría no puede hacerlo. La más dramática llegó cuando me invitaron a predicar durante un culto en mi *alma mater*. Un tremendo privilegio. Como es natural, quería hacer un buen trabajo para mis profesores. Cuando paseé la mirada por la capilla, los hombres sentados en las tres primeras filas eran de los más inteligentes de todo el planeta. Los que ocupaban las quince filas restantes pensaban que lo eran. ¡Era una tarea *ligeramente* sobrecogedora! ¿Y el resultado? Resumiendo, fue un desastre. Digamos sencillamente que resulta difícil predicar cuando uno se agarra el cuello con las manos. Cuando me puse en pie, lo único que vi fueron notas y evaluaciones que me miraban. La presión era tan palpable que perdí toda la confianza en el mensaje y en mis dones. Me ahogué allí mismo, justo delante de todo el mundo.

¿Conoce ese momento en que se da cuenta de que la agonía que ve en los rostros de sus oyentes se debe a que ellos ven la agonía en el suyo propio? Eso es lo que vi. No recuerdo todo lo que dije, pero sí recuerdo una revelación que hice. En aquel momento me asaltó la verdad: durante todos aquellos años había estado predicando para la opinión de los hombres. Fue una revelación. Fue doloroso; me sentí perdido. No tenía ni idea de quién se suponía que era yo como predicador. Me refugié en mi niño interior durante unos tres meses.

No se puede predicar lo que uno no sabe

Se han escrito libros enteros sobre el bloqueo del escritor. ¡Qué ironía! Cuando más probable parece que un escritor sea víctima del bloqueo del escritor es cuando intenta hablar con elocuencia sobre este mismo problema. ¿Quién mantiene la inspiración el tiempo suficiente como para acabar un libro sobre ese tema? El bloqueo del escritor es ese fenómeno legendario que asfixia el flujo creativo. Como no encuentra inspiración, la escritura se detiene. Es esa imagen ubicua del hombre que se da cabezazos contra un teclado de ordenador, en busca de la siguiente idea o palabra. Casi todos los autores, aspirantes o veteranos, lo han padecido en algún momento. O eso pensaba yo. Conocí a un escritor famoso que me aseguró que nunca había tenido este problema. Ni una sola vez. Me sorprendió. A la luz de los numerosos escritores con talento que admiten haberlo tenido, su afirmación parecía arrogante. Eso fue hasta que escuché su explicación, claro. Su razonamiento cambió mi opinión, e iluminó mi punto de vista sobre la escritura y también sobre la predicación. Además, me ayudó a comprender qué me sucedió en la capilla aquel día tan aciago.

Según ese escritor, el secreto consiste en saber qué *no* escribir. El bloqueo

del escritor no es una falta de ideas, sino de percepción: la percepción de quiénes somos, incluyendo los dones y las limitaciones. En realidad, el bloqueo del escritor consiste en escribir por encima de su capacidad, no en quedarse sin ideas. Si usted excede sus límites, tendrá que esforzarse por saber qué decir. Como me dijo aquel escritor, quienes padecen el bloqueo del escritor son bateadores de segunda que intentan conseguir “home runs”. Abarcan más de lo que pueden. Por eso la comunidad literaria se refiere al bloqueo del escritor como “un fracaso del ego”. Aplicado a los predicadores, lo llamamos orgullo.

El bloqueo del escritor se produce más o menos en el momento en que la ambición supera a la capacidad. Uno tiene que conocerse a sí mismo antes de saber qué escribir. Si usted sabe quién es, sabrá qué escribir y qué no. Va en contra de lo que nos dice la intuición, pero entender sus límites no obstaculiza su eficacia: la libera. Cuando se siente cómodo en su propia piel, aumenta la confianza en su capacidad.

Esto podemos aplicarlo a la predicación, sobre todo a la hora de dar el mensaje. Conocer sus limitaciones es el punto de partida. Un hombre tiene que encontrar su propia voz (y a sí mismo) antes de predicar con una libertad de convicción, ciego a las opiniones de los hombres. No puede aspirar a ser una versión del predicador a quien más admira. Soy consciente de que esto parece una contradicción en un libro que defiende los elementos estilísticos de diversos expositores, pero sígame la corriente. Para predicar con autenticidad, un predicador debe utilizar y confiar en la convergencia de la claridad bíblica, la confianza en los dones que Dios le ha dado y ese catálogo de experiencias personales en su vida. Usted es quien es. Debe aceptar lo que Dios le ha dado y sentirse cómodo con ello. Sinclair Ferguson llama a esto la voz del predicador, “nuestra forma de abordar la predicación que la convierte genuinamente en ‘nuestra’ predicación, y no en la imitación servil de otra persona”.¹⁶ Luego realizó la siguiente exhortación:

...la comunidad literaria se refiere al bloqueo del escritor como “un fracaso del ego”. Aplicado a los predicadores, lo llamamos orgullo.

No debemos convertirnos en clones. Algunos hombres no llegan nunca a crecer como predicadores porque el “traje de predicador” que han tomado prestado no les sienta bien a ellos o a sus dones. En lugar de convertirnos en el paladín de la exposición, de la predicación histórica de la redención, en la exposición teocéntrica o de cualquier otro campo

*que domine nuestro héroe, podemos acabar enredados, poniendo en peligro nuestros dones únicos al intentar usar el paradigma de otros, su estilo o su personalidad, como un molde en el que luego encajarnos. Nos convertimos en menos de lo que somos de verdad en Cristo. La combinación de nuestra personalidad con la forma de predicar de otro puede conseguir que seamos aburridos y que nuestro mensaje carezca de vida. Por tanto, vale la pena invertir tiempo constantemente para evaluar quiénes y qué somos realmente como predicadores, en lo tocante a nuestros puntos fuertes y débiles.*¹⁷

Mientras hablaba de este tema con un colega, surgió en la conversación el nombre de Chuck Swindoll. Se cuenta que el descubrimiento de su propia voz de predicador fue un momento trascendental en el ministerio de Swindoll. Si un hombre que tiene una eficacia tan evidente como comunicador bíblico atribuyó un valor tan alto a esa epifanía, valía la pena prestar atención. Así que le pedí que me lo explicase mejor. Esto fue lo que me dijo:

*Quiero decir que llegué a ver, con bastante plenitud, mi propio “estilo” único, y que me alivió permitir que se desarrollase de una forma natural, auténtica. En otras palabras, dejé de intentar “ser”, “sonar” o “parecer” otro predicador. Cuando un hombre acepta esto, se ve totalmente liberado, exento del poder de las expectativas y/o las comparaciones de otros. Cada portavoz de Dios se ve elevado, transformado y usado por Aquel que nos llamó al ministerio. El hecho de ser quien soy, sin añadidos ni hipocresía, me dota de libertad para predicar.*¹⁸

Otro predicador al que entrevisté describió la voz de predicador como la amplificación de la personalidad del predicador cuando expone la verdad. Dado lo dicho hasta ahora, esta descripción tiene sentido de inmediato. El “estilo” de un predicador debería incluir la magnificación de quién es él como persona. La famosa descripción de Phillips Brooks sobre la predicación encaja bien en este punto: “la verdad mediada por la personalidad”. Si un predicador intenta ser alguien o algo que no es, su predicación será fraudulenta, y manifestará falta de integridad. Matt Chandler, pastor de la Village Church, llegó hasta el punto de llamarla pecado.

Es un pecado que usted sea alguien que no es. Hay que tener un corazón

*malvado e ingrato para decir “Quiero que ese sea mi papel” o “Quiero que mi papel sea este” o “Quiero que mi manto sea este”, o “Quiero que mis seguidores sean esos”. El corazón malvado no corre la carrera que le ha sido señalada, ni está cómodo con lo que Dios le ha llamado a hacer. Tampoco está cómodo con el modo en que Dios le ha hecho.*¹⁹

La “voz” de un pastor involucra a toda la persona, no solo su voz literal. Incluye sus convicciones profundas, y la disposición general de su alma. Si usted predica las convicciones de otros, las suyas propias se verán frustradas. Si pretende imitar el estilo de otro, nunca encontrará el suyo propio. Como usted es su pastor, su congregación depende no solo de la claridad de su exposición, sino también de la pasión que manifieste por las verdades que expone. Cuanto mayor sea su libertad para expresarlas por medio de su predicación, mayor será el impacto.

*De forma intuitiva, los predicadores experimentados saben que aquello que los oyentes consideran autenticidad tiene mucho que ver con la expresión de su persona pastoral, así como con aquello que dicen. La mayoría de miembros de la iglesia llegan a tomar las pasiones, convicciones, intereses, preguntas, sensibilidades y afirmaciones de su pastor como perspectivas familiares que reflejan la identidad de la persona, como un hombre de fe. Con el paso del tiempo, lo que consiguen transmitir las mejores predicaciones es la autenticidad del predicador.*²⁰

Su gente sabe cuándo les habla usted mismo. Saben cuándo no hace más que decir algo y cuándo tiene algo que decir. Sus oyentes se sienten animados cuando perciben el impacto de la verdad sobre la vida de su pastor. Primero tiene que afectarle a usted. Como un sonido que viaja por un espacio determinado, el sermón es el impacto de la verdad en la vida del predicador que se abre camino por el espacio de una semana. Cuando llega a los oídos y a los corazones de las personas el domingo, es poderoso.

Los predicadores que alcanzan este tipo de libertad descubren una energía nueva. No solo en su predicación, sino también en su amor por el ministerio. Produce un entusiasmo renovado por su llamado y un optimismo contagioso en los corazones de los suyos.

Fundamentalmente, un hombre debe *estudiar, prepararse y predicar* sin tener en cuenta, de forma santa, las preferencias de los hombres. De nuevo digo que no

pretendo alentar una rebelión infantil contra las normas. Lo que quiero fomentar es una convicción esencial; cuando hablamos de estilos de presentación, no hay normas.

La presentación es tan variada como las personalidades que predicán. Esta afirmación debería ponernos un poco nerviosos. Por tanto, déjeme añadir el corolario que, seguramente, ya le ha pasado por la mente. Hay elementos que deben estar en su lugar si queremos que una predicación pueda considerarse *bíblica*: un método interpretativo correcto, una explicación precisa del pasaje y una aplicación adecuada. Esto es así sin excepciones. La combinación de estos elementos produce un tono parecido en cada sermón genuinamente expositivo. Pero esto no quiere decir que cada sermón o predicador expositivo suene igual. Si lo hacen, hay algo que anda mal.

Dónde empezar: La respuesta a una pregunta importante

Hay una serie de expositores notables a los que admiro. Durante el curso de este proyecto, he tenido el privilegio de conocer a muchos de ellos y dialogar con ellos. Les escucho predicar regularmente. Una parte de mi investigación consistió en escuchar incontables sermones de prácticamente todos los predicadores imaginables. Cuando ya había escuchado cientos de ellos, me di cuenta de una cosa. Aquellos que más me gustaban y cuyos mensajes tenían un mayor impacto en mi vida tenían estilos muy divergentes. Ninguno de ellos era idéntico desde el punto de vista estilístico. Aunque todos pertenecían al mismo campo teológico básico (evangélicos conservadores), y su énfasis era expositivo, todas las exposiciones eran tremendamente diferentes. A pesar de su diversidad, me fascinaban esos hombres, ¿Por qué? El motivo era la integridad con la que se comunicaban. Sus puntos de vista, sus énfasis, eran el producto de quiénes eran como cristianos y pastores individuales. Sus elementos estilísticos eran secundarios, comparados con el poder de su sinceridad. Todos tenían una característica estilística central: una voz.

Cuando usted escucha un sermón, se da cuenta de si el sermón es la descarga de un peso o la transmisión urgente de una verdad. No se trata solo de que usted crea lo que dice el predicador, sino también de cuánto cree usted que él quiere que crea lo que le dice. O quizá sea el hecho de que al predicador no le importa si usted acepta lo que tiene que decir; tiene que decirlo, y punto. Es el tipo de exposición que no le permite ni mirar el reloj. Cuando acaba, usted conoce el pasaje. Cuando termina, usted desearía escuchar más. Todo se amalgama en una combinación envidiable y liberada de veracidad, transparencia, exégesis,

perspicacia, convicción, pasión y amor. Es más que un discurso bien construido. Lo que acaba de escuchar es una verdad bíblica que fluye con celeridad por el corazón y el alma de una persona.

La pregunta es: ¿cómo conseguimos llegar a ese punto en nuestra predicación? ¿Cómo logramos empujarla para que ascienda y supere esa colina? ¿Dónde empezamos? Recomendando partir de una pregunta esencial. Es una pregunta que planteé a todos esos predicadores que tanto admiramos. Fue la primera pregunta (y, en ocasiones, la única) que formulé a todos mis entrevistados. Luego resultó que los predicadores que son más naturales tras el púlpito tenían una respuesta concisa e inmediata. Los otros, no. Llegar a esta respuesta es el primer paso, y seguramente el último, para determinar quién es usted como predicador. Por tanto, aquí va:

Cuando usted sube al púlpito, ¿qué pretende hacer?

Sé que la respuesta parece sencilla, pero no lo es. Seguramente estará pensando: “¡Predicar la Palabra!”. Por supuesto, “¡Predicar la Palabra!”. Pero no estaría leyendo este libro si no quisiera mejorar alguna cosa. Lo más probable es que su problema no esté en la exégesis. Seguramente lo que quiere decir en realidad es “¡Explicar la Palabra!”. Esta no es exactamente la respuesta que busca esa pregunta. La pregunta va dirigida a una presentación auténtica, no a una mera exégesis precisa. Permítame que aparte de la mesa unas cuantas respuestas evidentes.

Respuesta: Explicar con precisión la verdad al pueblo de Dios.

Réplica: Ya sabemos que quiere presentar la verdad con precisión por medio de su explicación. Esto es evidente gracias a su exposición consecutiva. Pero esta no es la cuestión.

Respuesta: Defender la verdad.

Réplica: Sin duda, esto forma parte de su papel como predicador. Pero no es una definición exhaustiva de la predicación. Esa no es la pregunta.

Las respuestas anteriores representan axiomas teológicos que subyacen en nuestra predicación. Si tiene usted la tendencia a responder de formas parecidas, es probable que no entienda bien la pregunta. Por tanto, déjeme que se la clarifique.

Creemos que la Biblia tiene un origen divino. Como creemos esto, por consiguiente creemos también que la Biblia es cierta, literal, infalible y sin errores. También creemos que debe explicarse con precisión. Además, creemos que solo el poder del Espíritu puede traducirla y transformar vidas gracias a ella. Aparte, creemos firmemente que nuestra responsabilidad es exponerla sin

distorsiones. Lo que pregunto asume todo esto, pero lo trasciende.

Volvamos a plantearnos la pregunta. Sabiendo y creyendo todo esto, cuando usted predica, ¿cuál es su objetivo central? “Cuando predico, mi objetivo primario es_____”. Esta es una pregunta mucho más derivada del contexto y penetrante desde el punto de vista personal de lo que usted se da cuenta. Puede generar toda una gama de preguntas adicionales, como:

¿Qué pretende conseguir mediante la precisión de su exégesis, la claridad de su explicación y el uso de sus dones?

¿Qué efecto quiere conseguir con la presentación de la Verdad?

¿Qué pretende alcanzar mediante la exposición de la Palabra?

Para usted, ¿qué constituye una presentación exitosa y auténtica de la Palabra de Dios?

La respuesta se relaciona con los fundamentos teológicos y las capacidades y convicciones personales que Dios le ha dado. La respuesta a mi pregunta original (cuando predica, ¿cuál es su objetivo central?) llega hasta la esencia de quién es usted como predicador. Si la responde sinceramente, descubrirá una de dos cosas. Primero, puede que descubra que su estilo actual y su forma de presentar el mensaje no encajan con su corazón y con quién es usted como pastor. Existe una desvinculación extraña. O quizá descubra que existe una mayor armonización entre convicción y estilo de lo que usted pensaba anteriormente.

Lo que descubrí al plantear esta pregunta a algunos predicadores experimentados fue la correspondencia que existía entre sus respuestas y quiénes eran ellos como individuos. Sus respuestas fueron representaciones fieles de quiénes eran como predicadores, y les reflejaban estilísticamente de una forma correcta. Veamos una muestra:

John Piper: “Exultación expositiva”.²¹

John MacArthur: “Lo único que he querido siempre es ser claro”.²²

Chuck Swindoll: “El objetivo primordial en todo momento es dar la gloria a Dios... sobre todo en lo tocante a la predicación, es el de ayudar a otros a darse cuenta de la importancia que tiene la Palabra de Dios. No soy yo quien la dota de relevancia... mi labor consiste en ayudar a otros a ver que la tiene”.²³

Allister Begg: “Cuando uno se pone ante el púlpito, su objetivo principal es proclamar a Cristo con claridad, convicción y compasión”.²⁴

C. J. Mahaney: “Cuando prepara sus sermones, asegúrese de que en determinado momento ofrece a su iglesia una visión clara del Calvario. Nunca pierda de vista ese punto de referencia”.²⁵

Independientemente de que prefiera sus estilos particulares o no, sus

respuestas representan con precisión el impacto de su predicación. En otras palabras, su predicación es auténtica. Saben quiénes son, y qué dones les ha concedido Dios. Dios emplea esa autenticidad para realizar su obra en los corazones de su pueblo. Lo que atrae a las personas y ofrece a la Palabra de Dios una plataforma para su ministerio es la coherencia entre sus personalidades y su predicación.

Quizá nos sintamos tentados a escuchar a esos predicadores e imitar su estilo. Es un gran error. Lo que usted escucha, aquello que le atrae, es la liberación de su voz. Usted tiene que encontrar la suya propia. Esto no lo conseguirá observando a otros ejercer la propia. Tiene que encontrar la respuesta por usted mismo. Eso requiere valor.

Por tanto, ahora le toca a usted responder a la pregunta.

-
3. David T. Gordon, *Why Johnny Can't Preach: The Media Have Shaped the Messages* (Philipsburg, New Jersey: P&R, 2009), p. 21.
 4. John MacArthur Jr. et al., *Rediscovering Expository Preaching: Balancing the Science and Art of Biblical Exposition* (Dallas: Word, 1992), p. 321.
 5. Doug Pagitt, *Preaching Re-imagined: The Role of the Sermon in Communities of Faith* (Grand Rapids: Zondervan, 2005).
 6. Roy B. Zuck, *Basic Bible Interpretation: A Practical Guide to Discovering Biblical Truth* (Colorado Springs: Victor, 1991), p. 16.
 7. John A. Broadus, *On the Preparation and Delivery of Sermons*, 4ª ed., revisada por Vernon Stanfield (Nueva York: Harper Collins, 1979), p. 225.
 8. Walter C. Kaiser, *Toward an Exegetical Theology: Biblical Exegesis for Preaching and Teaching* (Grand Rapids: Baker, 1981), p. 131.
 9. Steve Smith, *Dying to Preach: Embracing the Cross and the Pulpit* (Grand Rapids: Kregel, 2009), p. 64.
 10. D. Martyn Lloyd-Jones, *Preaching and Preachers* (Grand Rapids: Zondervan, 1971), p. 83.
 11. Steve Lawson, *Famine in the Land: A Passionate Call for Expository Preaching* (Chicago: Moody, 2003).
 12. Graeme Goldsworthy, *Preaching the Whole Bible as Christian Scripture: The Application of Biblical Theology to Expository Preaching* (Grand Rapids: Eerdmans, 2000), p. 61.
 13. A. N. Martin, *What's Wrong with Preaching Today?* (Carlisle, PA: Banner of Truth, 1967), pp. 17-18.
 14. Greg Heilser, *Spirit Led Preaching: The Holy Spirit's Role in Sermon Preparation and Delivery* (Nashville: B&H, 2007), p. 148.
 15. Voddie Baucham, "Ten Questions for Expositors", Unashamed Workman, <http://www.unashamedworkman.wordpress.com/2007/04/18/10-questions-for-expositors-voddie-baucham> (consultada en febrero de 2009).
 16. Sinclair Ferguson, "Finding Your Own Voice", Unashamed Workman, <http://www.unashamedworkman.wordpress.com/2007/09/18/finding-your-ownvoice> (consultada en febrero de 2009).
 17. Ferguson, "Finding Your Own Voice".
 18. Chuck Swindoll, carta al autor, 28 de mayo de 2009.
 19. Matt Chandler, "Hebrews 11", Southern Theological Seminary, <http://www.sbts.edu/resources/chapel/chapel-fall-2009/hebrews-11> (consultada el 18 de febrero de 2010).

20. Robert Stephen Reid, *The Four Voices of Preaching: Connecting Purpose and Identity Behind the Pulpit* (Grand Rapids: Brazos Press, 2006), pp. 16-17.
21. John Piper, "What I Mean by Preaching", Desiring God Ministries, http://www.desiringgod.org/Blog/1792_What_I_Mean-by-Preaching (consultada en febrero de 2009).
22. John MacArthur, entrevista del autor, Nashville, TN, 6 de febrero de 2009.
23. Chuck Swindoll, correo electrónico al autor.
24. Allister Begg, correo electrónico al autor, 12 de mayo de 2009.
25. C. J. Mahaney, correo electrónico al autor, 4 de agosto de 2009.



Capítulo 2

La claridad y el poder del “¡ajá!”

No necesito quince horas para elaborar un sermón. Puedo preparar uno en media hora. Necesito quince horas para comprender el pasaje bíblico con claridad. Resulta complicado llegar a ese momento de claridad. Para comprenderlo, uno debe estar motivado. Pero si usted sube al púlpito con una comprensión sustancialmente clara del concepto bíblico, tendrá un efecto profundo sobre su forma de predicar.

—JOHN MACARTHUR

Mi oración es que los ojos de vuestro corazón sean iluminados, para que sepáis cuál es la esperanza de su llamamiento, cuáles son las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál es la extraordinaria grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, conforme a la eficacia de la fuerza de su poder.

—EL APÓSTOL PABLO (EF. 1:18-19, LBLA)

“Reflexionar” significa pensar en algo hasta tal punto que produzca cierto tipo de iluminación: un momento ¡ajá! Requiere tomar una idea y vivir con ella hasta que está grabada a fuego en nuestro interior. Requiere tomar una pregunta y, como Jacob cuando luchó con un ángel, no dejarla ir hasta que surge alguna respuesta.²⁶

—JAMES EMORY WHITE

El punto del que parte todo sermón

Los sermones no empiezan cuando los predicadores empiezan a hablar, sino cuando empiezan a entender. Los sermones nacen en lo profundo de los rigores del estudio, largas horas antes de que comience la “forja de las palabras”. Vivimos para el descubrimiento, no solo para la exposición. Estudiamos no solo para comprender los hechos bíblicos, sino para exponer la Verdad mediante la iluminación del Espíritu Santo en lo profundo de las grietas de nuestra alma. Anhelamos las epifanías que nos llevan de escuchar a ver; un momento de revelación que actúa como una fuerza gravitacional, que reúne todos nuestros hechos deshilvanados en un todo sencillo y comprensible. Este momento es el gozo sublime de la vida del predicador. ¿Cuántas veces, después de estudiar

durante horas, nos hemos apartado de nuestras mesas sumidos en un asombro que nos deja con la boca abierta? Hemos descubierto aquel pensamiento que todos los demás existen para respaldar. A partir de ese momento, todos los detalles independientes que hemos descubierto (trasfondo, sintaxis, contexto, definiciones, teología) empiezan a encontrarse. Vemos la imagen en el mosaico. El sermón del domingo se revela por fin a nuestra vista. Es el momento ¡ajá! Es cuando los detalles y la presentación entran en contacto. Como lo dijo un predicador de antaño: “Aquellas meditaciones que son, en cierto sentido, tan nuestras que están poco ligadas a nombres, autoridades, citas y pensamientos y palabras de otros hombres, y que son tan valiosas para nosotros y tan útiles para otros. Vale la pena esperarlas”.²⁷

Sin duda, la presentación exige un gran esfuerzo. Supone constreñir nuestra alma. Todo aquello de lo que nos hemos empapado durante la semana se condensa y expresa en un momento. Como dijo Pablo, “y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas” (2 Co. 12:15). Todo el mundo puede ver quiénes somos, sobre todo nuestra ineficiencia. Es una transparencia tan dolorosa de la vida que la mayoría no la experimentará jamás. Cuando acaba el sermón, nosotros también acabamos. Agotados. Personalmente, me alejo del púlpito aturdido, como alguien que sale de entre los restos de un accidente casi mortal, milagrosamente indemne. “¿Qué acaba de suceder?”. “¿Cómo he llegado aquí?”. Aunque resulte impensable, a la semana siguiente vuelvo a recorrer el mismo camino, para llegar al mismo destino. Me recuerda la definición popular de la locura: hacer lo mismo una y otra vez esperando resultados diferentes. Tiene que existir un llamamiento; si no es así, es que estamos locos.

Diga bien una cosa

Por arduo que resulte predicar un sermón, llegar al momento de la predicación es todavía más complicado. (Si no lo es, es que algo anda mal con su definición de la predicación). Decir algo con sencillez es una disciplina que exige hasta la última gota de energía que tenemos. Me han dicho que para que un cohete llegue al espacio tiene que consumir tres cuartas partes de su combustible. El cuarto restante basta y sobra para que dé la vuelta y pueda regresar al mundo. Sea o no verificable, es una estupenda descripción de la semana de un predicador. Invertimos la mayor parte de nuestra energía para escapar de la atracción gravitatoria de nuestra propia ignorancia. Una vez hemos salido de su alcance, las cosas se vuelven un poco más fáciles.

Llevo quince años formando a laicos en los campos de la hermenéutica y la

homilética. Un ministerio fundamental de la iglesia es desarrollar líderes y maestros. Actualmente, en la Community Bible Church hay unos cuarenta o cincuenta hombres capaces que, con un pequeño empujoncito, podrían enseñar eficazmente la Biblia en una clase de escuela dominical para adultos, o en un grupo de estudio en un hogar. Al decir “eficazmente” quiero decir que, probablemente, no aburrirán a nadie ni respaldarán sin saberlo alguna herejía antigua condenada por un concilio eclesial en el siglo cuarto.

Todo alumno que se apunta al curso de homilética se enfrenta a un proyecto final [sermón]... Yo solo tengo un requisito: decir una sola cosa y respaldarla con el pasaje.

Todo alumno que se apunta al curso de homilética se enfrenta a un proyecto final que se le impone: un mensaje de entre quince y veinte minutos que pronunciará ante sus compañeros en un aula. Una vez pronunciado, se produce un análisis inmediato del sermón por parte de los mismos oyentes. Es una situación tremendamente impresionante, incluso angustiosa. Yo solo tengo un requisito: decir una cosa. Decir una sola cosa y respaldarla con el pasaje. Les digo: “Si simplemente se pone en pie, anuncia lo que va a decir y procede a decirlo basándose en el texto, le daré un sobresaliente”. Me da igual la habilidad oratoria o cualquier otro rasgo homilético deseable. Usted haga eso, y obtendrá la nota máxima. Llegaré hasta el punto de ayudar a los alumnos a analizar el pasaje y a desarrollar su tesis. Coloco la pelota en el soporte, les doy el palo de golf y les digo adónde apuntar. Ellos solo tienen que golpearla. Me da lo mismo si la pelota acaba en los árboles o solo recorre tres metros, mientras no siga en el soporte después del golpe. Hasta hoy, nadie ha conseguido un sobresaliente. Resulta increíblemente difícil conseguirlo. Distribuyo libre y generosamente la oportunidad de repetir el golpe de salida, pero siempre les hacen falta un par de golpes. ¿Cuál es la verdadera lección? Que no es tan fácil como parece.

Yo afirmaré que la sencillez es el objetivo último de una exposición. Presente la verdad con claridad y evite las confusiones. O dicho de otra manera: diga una cosa. Esto exige disciplina, tiempo y práctica. Esta sencillez digerible es una característica clave de los predicadores más dotados de nuestra época. El meollo del asunto es que la buena predicación no sucede sin más, pero tampoco está reservada para aquellos que tienen un talento único. Asumir lo contrario es negar el testimonio bíblico sobre la genuina fuente de la eficacia en la predicación.

Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. (1 Co. 2:1-5)

No me malentienda. Los predicadores en nuestros *podcasts* tienen talento, pero lo que usted escucha no pasó de la noche a la mañana. Su repertorio está plagado de “fiascos” como los nuestros. Muchos. De modo que consuéllese con sus fracasos. Pero sepa también esto: aquellos cuya presentación parece surgir sin esfuerzo alguno y cuyas explicaciones son fáciles de comprender trabajaron muy duro para conseguirlo, y no solo durante esa semana concreta, sino con el paso de los años. Más concretamente, en los sermones individuales el trabajo más duro siempre tiene lugar el día antes de predicar. Normalmente, se concentra en un área muy concreta: pensar. Como dijo alguien: “Si un predicador no quiere o no puede pensar claramente para decir lo que pretende, no tiene nada que hacer en el púlpito”.²⁸

La disciplina mental necesaria para pensar en las realidades divinas y comprenderlas en un nivel profundo no se parece a ninguna otra. Basándome en lo que he podido observar, si usted quiere mejorar su predicación, empiece con su pensamiento.

Clavos bien clavados

Los expositores de nuestros tiempos comparten algunos rasgos: una disciplina mental eficaz y una capacidad decidida para la reflexión. Como dijo Salomón, ellos “meditan”. Piensan realmente bien y en profundidad. ¿Acaso no es ese matiz apenas perceptible de su exposición lo que genera la dinámica envidiable de su presentación? Tienen la capacidad de centrar sus mentes en un tema o verdad concretos durante el tiempo necesario para penetrar más allá de lo evidente y desenterrar lo profundo. Cuando predicán sus sermones, estos son como “clavos bien clavados”.

No es infrecuente escuchar que algunos expositores dedican entre quince y veinte horas semanales a desgranar un pasaje. En nuestros círculos, el tiempo dedicado al estudio se deja caer como una verificación de un compromiso

genuino. En algunos casos lamentables, este conocimiento no sirve de nada. Lo único que hace es que la congregación se pregunte en qué ha invertido el pastor todo ese tiempo. Sin duda, el estudio diligente es digno de alabanza, pero constituye solo una parte de lo que supone una buena predicación. Lo importante no es si se ha pasado quince o veinte horas en su estudio; la verdadera pregunta es: “¿Qué ha hecho con esas horas?”.

*Es un gran error suponer que la mente no hace progresos ni adquiere conocimientos si no está ocupada en los libros; y es uno de los errores propios de los hombres cultos. Hay pausas durante el estudio, incluso pausas que parecen un ocio inútil, en las que se produce un progreso comparable a la digestión de los alimentos. En esos momentos de reposo, las fuerzas se condensan para hacer nuevos esfuerzos, como una tierra en barbecho, que se recupera para volver a ser arable.*²⁹

Sus comunicadores bíblicos favoritos tienen recursos para la contemplación. Su uso del tiempo es lo que marca la mayor diferencia entre su predicación y la nuestra. Los programas de estudio y los procesos varían de un predicador a otro, pero en todo caso hay una cosa que es la misma: todo lo que hay en sus vidas está dispuesto de tal modo que concedan la máxima atención al pensamiento central único que se transmite al pueblo de Dios en una semana determinada. Su enfoque personal está bien meditado, y protegen celosa y tenazmente su programa. Esto no se debe a que sean antisociales, sino porque consideran la contemplación de Dios como su principal responsabilidad, y el medio primario por el que aman a su pueblo. Como resultado, les preocupa mucho crear espacio para la reflexión. Dedican parte de su tiempo a reunir los datos bíblicos; invierten el equilibrio en centrar sus corazones para adquirir la intención del autor, la esencia y la aplicación del texto en sus vidas y en las de su congregación. En su cabeza y en su corazón van dando vueltas la tesis y el argumento como un bolo alimenticio espiritual. Un escritor describió sucintamente qué aspecto tiene esto.

*Encontrar la esencia significa desmontar una idea hasta llegar a su meollo crítico. Para llegar a ese centro, hemos de descartar los elementos superfluos y tangenciales. Pero esa es la parte fácil. Lo más difícil es descartar las ideas que puede que sean realmente importantes, pero que no son la más importante.*³⁰

De principio a fin, nunca dejan de reflexionar y perfilar esa esencia. Incluso

después de haber transmitido el mensaje, siguen dándole vueltas. No consiste solo en que la información entre y salga. La verdad se ha convertido en parte del tejido de sus almas. Los resultados son innegables: esos hombres saben predicar.

Para ser claros, hemos de decir que lo que destaca no es su complejidad, sino su sencillez. (Muy a menudo, las personas más inteligentes que conozco son las más difíciles de entender). El motivo de que estos comunicadores dotados capten la atención de quien acude regularmente a la iglesia, y el corazón de los discípulos de Cristo, no es que ofrezcan pensamientos complejos. Se debe a que hacen que los pensamientos complejos sean accesibles a otros.

Normalmente, sus conclusiones más profundas son resultado de una reflexión decidida. Por esto, la mayoría de las veces, nos impresionan las cosas evidentes que nos revelan. Son cosas realmente obvias. Cosas que nunca habíamos pensado, y que deberíamos haber imaginado. Cosas que desearíamos haber dicho. Mientras escuchamos su predicación, a menudo pensamos cosas como: “Nunca lo había visto desde ese punto de vista”. Sería más preciso decir: “Nunca he dedicado el tiempo para verlo desde ese ángulo”. El coeficiente intelectual y los dones no son (normalmente) los factores distintivos. La diferencia estriba en la disciplina de la mente. ¿Cuál es la clave? La claridad personal es indispensable para la exposición eficaz.

26. James Emory White, *A Mind for God* (Downers Grove: IVP, 2006), p. 65.

27. James W. Alexander, *Thoughts on Preaching* (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1988), p. 60.

28. Haddon W. Robinson, *Biblical Preaching: The Development and Delivery of Expository Messages* (Grand Rapids: Baker, 1980), p. 39.

29. Alexander, *Thoughts on Preaching*, p. 63.

30. Chip Heath y Dan Heath, *Made to Stick: Why Some Ideas Survive and Others Die* (Nueva York: Random House, 2007), p. 28.



John F. MacArthur

El expositor intelectual más extraordinario que conozco

La claridad es la meta más importante de la vida del predicador. Esto se debe a la naturaleza de las propias Escrituras. Las Escrituras están diseñadas para revelar. Exigen su propia claridad. Por consiguiente, el elemento más fundamental de toda comunicación bíblica es la claridad. Sin claridad, no sucede nada.

—JOHN F. MACARTHUR³¹

En un momento muy temprano de mi vida cristiana, alguien me dejó una “cinta de MacArthur”. Aquel momento fue una inflexión de la gracia divina en mi vida. No recuerdo exactamente quién me dio el casete, pero si tuviera la oportunidad de agradecerérselo no habría manera de poder expresar lo importante que ha sido esa cinta en mi vida. Fue fundamental para mi propia formación espiritual, y al final para mi llamado al ministerio. Me introdujo en la predicación. Tengo cientos de casetes que lo demuestran.

Como ha sucedido con muchos otros, “John” se convirtió en mi pastor. Su predicación hacía que la verdad fuera llana. En su mejor momento es profundamente comprensible. Sus sermones y conclusiones han dado forma a buena parte de mi comprensión de lo que significa ser creyente. Mi propio deseo de predicar se vio muy influido por la presencia de John en el púlpito. En esa época yo quería hacer lo mismo que él: explicar la Biblia con claridad. Él era entonces, y sigue siendo hoy, el mejor ejemplo de predicación expositiva que conozco. Si John tiene una cualidad definitoria, es la claridad. No se trata de un accidente; está en el centro de la ambición y el llamamiento de su vida.

Demasiados predicadores se han frustrado y han amordazado sus propias voces intentando imitar a sus héroes predicadores. En un clon hay algo insincero. Si tuviera que hacer una hipótesis, diría que ha habido más imitadores del estilo de John que de cualquier otro predicador. Crea la palabra de alguien que intentó emularlo en mis primeros tiempos: nadie le confundirá con John MacArthur. Sus grabaciones en MP3 deberían llevar una advertencia: “Sermón expuesto por un profesional. No intente hacerlo usted”. Solo hay un MacArthur.

Pero esto no quiere decir que no debemos intentar imitarle. En su predicación

hay elementos que deberíamos incorporar en la nuestra: su pasión por demostrar la suficiencia de las Escrituras por medio del acto de la propia predicación; su diligencia, su coraje. Pero si existe una sola característica de la predicación de John que todo predicador debe intentar desarrollar en su propia predicación, es su claridad. Compartí con él un fin de semana e intenté meterme en su mente para conocer este tema. En ese proceso, él se metió en la mía y reorganizó mis prioridades homiléticas.

La importancia de descubrirlo por uno mismo

*No necesito quince horas para elaborar un sermón. Puedo preparar uno en media hora. Necesito quince horas para comprender el pasaje bíblico con claridad. Resulta complicado llegar a ese momento de claridad. Para comprenderlo, uno debe estar motivado. Pero si usted sube al púlpito con una comprensión sustancialmente clara del concepto bíblico, tendrá un efecto profundo sobre su forma de predicar.*³²

Hay un motivo por el que John MacArthur parece una autoridad en los diversos temas que toca cuando predica. Cuando ha terminado de prepararse, ya es una autoridad. Su investigación es materia de leyenda. Algunas de las conclusiones a las que llega en medio de sus exposiciones nos dejan anonadados. Como cuando John expuso el Salmo 23. Fue como ver el *Canal cultural*. Todo lo que siempre quiso saber sobre las ovejas. También estaba presente un pastor de ovejas neozelandés profesional. Cuando John acabó, aquel caballero dijo: “He tenido que venir hasta la metrópolis desierta de Los Ángeles para aprender algo nuevo sobre un tema del que creía saberlo todo”. John tiene la cualidad notable de enseñar al estudiante más preparado de la Biblia algo nuevo sobre los versículos más familiares. MacArthur posee una profundidad y una riqueza en su predicación que son únicas.

John tiene la cualidad notable de enseñar al estudiante más preparado de la Biblia algo nuevo sobre los versículos más familiares. MacArthur posee una profundidad y una riqueza en su predicación que son únicas.

¿De dónde viene todo ese material? Según él, es básico. Es el resultado del deseo insaciable de comprender la Biblia por uno mismo. Todos esos notables sermones son el resultado de una pregunta básica: “¿Qué quiere decir la Biblia con lo que dice?”. Su amor por la Palabra de Dios es palpable. Al sentarse y

escucharle, uno podría pensar que John acababa de convertirse. Se nos presenta como una de esas personas a las que nos encanta tener en nuestra iglesia, aquellas cuya hambre vigilante y su entusiasmo por el Señor y por su Palabra aún no se han visto embotados por la “iglesiandad”. El corazón de MacArthur aún arde en lo profundo de su ser (Lc. 24:32) después de todos estos años. Yo esperaba aprender algo sobre la predicación y, sin duda, lo hice, pero también concluí el tiempo que compartimos teniendo una profunda impresión de su vida. Este hombre ama a Jesucristo, de modo que estudia. No es una habilidad secreta. Es absolutamente sincero, y por eso es claro. Se siente “impelido a comprender”.

Este descubrimiento me dio de lleno. Lo que implica es difícil de digerir. Mi incapacidad (en determinados momentos) de predicar con una sencilla claridad no es un fracaso de mis habilidades, sino de mi reverencia. Significa que hasta cierto punto no creo lo que estoy diciendo y esto se hace evidente para mis oyentes.

Asumamos, solo por hacer una hipótesis, que los dones personales no son lo que distinguen a John MacArthur del predicador “medio”. Entonces, ¿qué es? Es una combinación de pasión personal y sinceridad. Sinceridad apasionada o pasión sincera. Esto es lo que le impulsa a llegar hasta el corazón del texto bíblico y construye puentes hacia su audiencia. Cuando estaba sentado delante de él escuchándole explicar lo que hace, se me ocurrió algo. Lo que llevo escuchando todos estos años no son solo las explicaciones claras de John. También he detectado su convicción y su creencia firme en lo que explica. La combinación de estos elementos ha producido esa sencillez que le caracteriza.

John es, antes que nada, un discípulo de Jesucristo. Existe en él un deseo subyacente de descubrir la grandeza de Dios y de conocer profundamente a su Salvador. Como individuo, está muy insatisfecho con los tratamientos superficiales y las respuestas obvias, y es incurablemente analítico y escéptico. Estas tendencias caracterizan también su enfoque hacia el estudio de la Palabra de Dios. Alguien describió a John como alguien “que estudia al nivel de un erudito y lo transmite al nivel de un amigo”. Esta es la mejor descripción que he escuchado hasta el momento. Es un erudito que habla bien, o un amigo bien informado. Sea como fuere, lo que puede que no sea evidente es que esa habilidad descansa en su celo por las cosas de Dios. No es capacidad, sino celo con erudición. En una palabra, *adoración*. John demuestra que la calidad de nuestra predicación no debe basarse en la inteligencia, la estructura o la habilidad personal, sino en la integridad de nuestra relación con Jesucristo.

Cerebros normales y alemanes muertos

Aunque parezca ridículo, John no considera que posea una inteligencia superior. Cuando mencionó esto durante la entrevista, los miembros de mi personal (que estaban de pie apoyados en las paredes de mi despacho, escuchando) soltaron una carcajada. Intentaron taparla simulando un ataque de tos, y luego se disculparon. John se volvió a mirarlos, sin saber qué les parecía tan gracioso. Él lo dice en serio. ¿Cuál fue mi respuesta inicial a la evaluación de John? Que si es un tipo normal, yo estoy en una cueva golpeando piedras. Como es lógico, sus amigos íntimos y sus socios discrepan de esta visión que tiene de sí mismo. A pesar de todo, John se mantiene firme sobre esta idea. Considera que su “inteligencia normal” es un motivo primario por el que ha podido conectar con tantas personas. Tal como lo dijo él:

*Para ser claro, resulta de ayuda tener un cerebro normal. Ayuda no ser demasiado listo. Necesito entenderlo todo con sencillez. Batallo con las Escrituras hasta que las entiendo. Hay otras personas muy inteligentes que no necesitan escudriñar tanto como lo hago yo.*³³

Cuando pensamos en ello, esto tiene mucho sentido. Quienes intentan ser profundos no lo son; solo consiguen que sea difícil entenderlos. No parecen estar a gusto, porque intentan ser profundos. Por el contrario, quienes son profundos de verdad se expresan con claridad y facilidad. Su ambición primaria no es impresionar, sino comprenderlos ellos mismos.

Explicar las cosas de tal modo que solo las entienden los eruditos de élite no resulta impresionante, sino aburrido e irrelevante. Explicar las cosas de una manera que llegue tanto a los eruditos como a los mecánicos sencillos es impresionante, emocionante y relevante. Ese es el “don” de John. Él estudia para comprender el texto por sí mismo. Al hacerlo, puede explicarlo a todo aquel que le pregunte o que simplemente esté por allí, incluso a un pastor de ovejas profesional.

*Si en la iglesia veo a un recién convertido que acaba de convertirse del catolicismo romano, sentado junto a un profesor de seminario, quiero que ambos entiendan lo que digo. Es comprensible para todos. Si usted lo entiende bien, podrá decirlo de tal manera que incluso la persona que sabe más saque algo de provecho.*³⁴

En cierta ocasión un crítico describió la serie *Comentario MacArthur del*

Nuevo Testamento como un instrumento útil para el “laico sin formación”. Eso es una forma de decir que “ningún erudito que se precie se rebajaría a leerlos”. ¿Y la respuesta de John?

*Me lo tomé como un cumplido. Me he pasado la vida hablando a los laicos sin formación. No estoy hablando a alemanes muertos, liberales o eruditos en un programa de doctorado. Me dirijo al laico sin formación. Más que nada, me dirijo a mí mismo. Necesito comprender las Escrituras con facilidad. Necesito descomponerlas en conceptos sencillos. Luego resulta que eso es lo mismo que necesita todo el mundo.*³⁵

“¡No hablo a alemanes muertos!”. Esto es un clásico. De hecho, es una demostración de la habilidad de la que estamos hablando: lo dice todo. Yo, junto con muchísimos otros, damos gracias a Dios por la verdad que se esconde en esta crítica particular. ¿Es de extrañar que la serie de comentarios MacArthur haya tenido una presencia tan duradera? Estas explicaciones, maravillosamente sencillas, son el resultado de un tratamiento prolijo.

Para John es un misterio la gran utilidad que ha tenido su obra con el paso de los años. Tal como lo expresó él: “No entiendo por qué la gente me considera interesante. Lo único que hago es luchar por encontrar una explicación que tenga sentido para mí. Supongo que, al clarificarlo para mí, puedo aclarárselo también al laico”.

No es ningún misterio. John responde a otra crítica de la misma forma carente de pretensiones:

*Me han acusado de que me falta aplicación. Lo acepto. En parte es cierto, porque mis dos objetivos principales son comprender la idea bíblica con la máxima claridad posible y descubrir la implicación espiritual para mi vida. Predico con la confianza de saber que cuando dejo claros el concepto y su consecuencia, un creyente lleno del Espíritu se verá tan impactado como Dios quiso.*³⁶

La importancia de la claridad personal en la labor del predicador nunca se puede subestimar. El momento “¡ajá!” es el más liberador de la vida del predicador. La claridad iluminada, fruto del estudio diligente y de la meditación, es el momento más importante de todo el proceso de predicación. Simplifica el proceso, traza la estructura y abre el camino a la presentación. John explicó este

fenómeno señalando el ejemplo de su propio héroe de predicación.

*En cierta ocasión escuché a un historiador describir la motivación principal de Martyn Lloyd-Jones como el deseo de comprender la idea bíblica general contenida en el pasaje. Más que cualquier otra cosa, quería entender el concepto y el argumento más amplios. Esto es lo que mejor me describe, y es exactamente lo que hago.*³⁷

Celebraciones mentales

Hace unos años tuve el privilegio de asistir a un debate sobre homilética en el que John era el conferencista invitado. Dado que es un ejemplo viviente de lo que todos pretendemos hacer, el profesor tuvo la sabiduría de dejarle hablar. El formato se basaba en preguntas y respuestas. Al principio del debate, alguien le pidió un consejo para encontrar “la proposición de sustantivo plural”. John puso cara de estar confuso. Nunca olvidaré su respuesta: “No perdería el tiempo obsesionado por las proposiciones de sustantivo plural, los bosquejos y las estructuras. Cada pasaje es diferente. Si no está ahí, no debería forzarlo. Predique lo que esté allí. Para mí, cada sermón es distinto. No hay plantillas”.

Básicamente, nos aconsejó “olvidar lo que hayan aprendido sobre la estructura y la presentación. ¡Prediquen la Palabra!”. Al profesor de homilética casi le da un ataque. Mi mente daba saltos para celebrar la ocasión.

Dudo que ninguno de nosotros esperase que John restara importancia a una estructura homilética tradicional, sobre todo a la vista de su compromiso con el método expositivo. Esto se debe a que la mayoría de nosotros asume que el método expositivo tiene un estilo particular. Obviamente, no quería decir que la estructura no sea importante, sino que lo que condenó fue un supuesto. Cuando pensamos en “expositivo”, imaginamos de inmediato un tipo de estructura y de presentación muy específico. Pero el estilo de presentación no tiene nada de sagrado. (Siempre que nuestro estilo no interfiera con el mensaje bíblico). Sé que esto nos pone nerviosos, pero yo sostengo que algunas de nuestras presuntas estructuras expositivas hacen exactamente lo contrario de lo que pretendemos que hagan. Más bien oscurecen el mensaje.

Es importante comprender qué quería decir John con su comentario. Hay algo esencialmente importante que precede a la estructura homilética: la claridad. Una comprensión bien informada del pasaje, y el hecho de estar familiarizado con él, conduce a una estructura orgánica, en vez de a una artificial. John MacArthur es un excelente ejemplo de esto. Cuando predica, expone lo que él mismo ha

descubierto en un nivel muy profundo, y lo hace con una disposición simétrica y textual. Pero ese es John; usted no tiene por qué ser necesariamente igual. Obviamente, hemos de intentar exponer la verdad “correctamente y de forma ordenada”. Pero lo más importante es que su corazón esté lleno del significado del texto antes de que lo exponga a otros. Como dice John:

*Quiero entender las múltiples ideas contenidas en el concepto amplio, y luego en el más amplio. Hay que captar la idea principal de un pasaje. Cuando pueda expresarla con claridad meridiana, la estructura de su sermón consiste, simplemente, en la manera en que clarifica ese mensaje para otros.*³⁸

Mientras paseaba al perro

El motivo de que a menudo nos entre el pánico al final de la semana no es el tiempo, sino el espacio. Espacio para pensar. No sabemos cómo exponer (homilética) lo que hemos aprendido del texto (exégesis) porque no nos hemos concedido el espacio necesario para formularlo. Si el sermón no ha ministrado aún a nuestra propia alma, entonces no es más que un trabajo de tesis. En la preparación de un sermón hay momentos bien definidos de entradas y de salidas. Debemos hacer el trabajo. La exégesis ocupa con razón el primer momento, y la homilética el último, pero nuestra tendencia es pasar por alto el momento intermedio. El espacio intermedio es donde tiene lugar algo más que una presentación bien estructurada de nuestra hermenéutica o de algún discurso moralista y memorable; se convierte en un sermón.

Incluso John necesita esta gracia. Dedicar todo un día de su elaboración del sermón a la meditación y a la oración. Dicho de otra manera, John se pasa todo un día concentrado en aquello que ha dedicado los dos días anteriores a descubrir. Mientras lo hace ora, contempla, reflexiona, conecta, lucha, se alegra y, en ocasiones, juega al golf.

La hermenéutica y la iluminación; teológicamente, estos dos conceptos no podrían ir más de la mano. Normalmente no tenemos en cuenta el modo en que su relación afecta a lo que hacemos como predicadores. Pero su intersección se encuentra en el meollo de la genuina preparación y exposición del mensaje; no se puede tener lo uno sin lo otro. Si ponemos todo el énfasis estrictamente en la hermenéutica, no somos distintos de los liberales muertos y su forma mecánica de interpretación. Como lo expresó un escritor: “...hay que entender que una exégesis desatendida no penetrará en el corazón humano, por precisa que sea”.

Por el contrario, si nos concentramos solamente en la iluminación, no nos diferenciamos de los experientialistas modernos y sus métodos puramente subjetivos. Lo que nos libra de caer en ambos extremos es la combinación. Trabajamos la exégesis, y el Espíritu nos ilumina.

La iluminación es una obra del Espíritu hecha en el corazón del Creyente. Es evidente que no la causamos nosotros. Al mismo tiempo, esta obra se forma en y *por medio* de una mente sometida al texto bíblico. La iluminación no solo se produce en los momentos de oración desesperada, sino también en los instantes calmos de contemplación. Tiene lugar durante todo ese proceso. Esto es cierto especialmente de la exposición consecutiva. Tal y como dijo John: “Este es el genio de la predicación expositiva. Es el tratamiento temático de un pasaje, asumiendo que forma parte de un tema más amplio”.

La iluminación no es una bengala que lanzamos cuando nos enfrentamos a una fecha límite, rogando un milagro a Dios.

Mientras avanzamos por esas secciones vinculadas con ese tema más amplio, el Espíritu conduce nuestro entendimiento hacia un conocimiento más conciso. Llegamos a entender más cosas de las evidentes. Comprendemos lo que debemos entender. El Espíritu organiza la imagen global; compacta la verdad. La iluminación no es una bengala que lanzamos cuando nos enfrentamos a una fecha límite, rogando un milagro a Dios.

*A lo largo de todo este proceso, el hombre de Dios ora. Desde el principio al final ruega sabiduría: “Amado Espíritu de la verdad, concédeme una mayor iluminación. Necesito más luz; haz evidentes el significado y la relevancia de tu palabra”. Entonces, a medida que se clarifica el significado del pasaje, empieza a acaparar el corazón del predicador. A él, seguramente ese pasaje le parecerá el más importante de la Biblia. Sin duda, el Espíritu Santo ha estado obrando.*³⁹

Una vez leí un ensayo sobre la relación entre la hermenéutica y la iluminación. Digo “una vez” no porque sea el único que se ha escrito jamás, sino porque podría muy bien serlo. A pesar de la relación existente, sobre este tema hay poco material que se fundamente en las Escrituras. La palabra “iluminación” nos espanta en virtud de su ambigüedad. En el artículo, el autor caminaba sobre un terreno delicado al intentar capturar la experiencia de la iluminación en tiempo

real. Creo que estuvo cerca de conseguirlo.

Según este autor, la convergencia de la hermenéutica y la iluminación tiene lugar en ese momento, durante una pausa en su estudio, cuando usted sale a pasear al perro. En el punto más lejano del recorrido, le sucede lo que quiso decir Pablo al afirmar “en cuanto a la justicia que es en la ley, irrepreensible” (Fil. 3:6). Pablo no quería decir que obedeciese la ley a la perfección. Eso contradiría la esencia de su mensaje y el propio evangelio. Se refería a algo más concreto. El apóstol abandonó el judaísmo moralista no porque no pudiera con él o porque fuese demasiado exigente, sino porque no funcionaba. Por lo que respectaba a este juego, Pablo era una estrella naciente cuando decidió rechazar sus credenciales. Tal como dijo él: “Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más” (3:4). Sus antiguos colegas, los “malos obreros”, eran conscientes de que esa acusación no tenía mérito alguno. Eran bien conocidos todos sus éxitos. Pablo no era de los que abandonan. Abandonó su “basura”, la justificación de sí mismo, porque no podía salvarle. Cuando vio a Cristo, aquel estercolero le puso enfermo. Corrió hacia una justicia que estaba fuera de sí mismo. Como cuando Lutero llegó al último de los escalones en Roma, todo acabó. La conversión de Pablo fue un golpe demoledor a los moralistas del mundo.

Al siguiente instante, usted se encuentra en un punto medio entre la marcha y la carrera. El pobre perro va arrastrado de la correa como un indicador de vientos. Usted regresa a casa, se sienta a su mesa y en el margen de su exégesis escribe: “Pablo no era de los que abandonan”. Hacia eso “proseguimos”. Eso es claridad, eso es predicar.

Atrapado en la zona muerta

Los esfuerzos propios de la homilética expositiva se han equiparado a los de escalar una montaña. En la fase del ascenso encontramos todos los diversos aspectos y detalles de la exégesis. A medida que ascendemos pasamos por todos ellos. En la zona de descenso hallamos la presentación y la homilética, lugares que cruzamos cuando vamos de bajada. Si bien cada ladera presenta sus propios obstáculos, nuestra mayor dificultad es pasar de un lado del espectro al otro. Superar el bache. Algunos eluden la dificultad, y empiezan en la zona de la presentación sin atravesar la de los detalles. Sus sermones son básicamente discursos creativos y motivacionales con escaso contenido bíblico. Ni siquiera los pasajes que citan tienen mucho que ver con lo que dicen. ¿Cómo podría ser de otro modo? Se saltaron esa parte.

Aunque es posible que en secreto envidiemos su astucia, nuestras conciencias

no digieren ese atajo. Empezamos donde deberíamos empezar, en el texto bíblico, y vamos escalando la parte empinada. Pero, siguiendo la analogía, cerca de la cumbre nos vemos atrapados en la “zona muerta”. Es ese lugar letal donde nos desorientamos, agotados e inmóviles. Toda posibilidad de elaborar un sermón real fallece en la ladera del monte, a la vista de la cima, enterrado en una avalancha de detalles. (Perdone, me he dejado llevar por la imagen, pero ya me entiende, ¿no?). Cuesta mucho superar eso. Como reza el dicho: *moverse o morir*.

Bryan Chapell, presidente del Covenant Theological Seminary y autor de una tremenda obra sobre la predicación expositiva, ha identificado diversas preguntas importantes que debe responder el estudiante-predicador para hacer la transición al “otro lado” del proceso. Explica la importancia que tienen para el lector.

*Antes de responder a esas preguntas, un predicador dispone de información solo acerca de un texto bíblico, no un sermón. Aunque muchos predicadores pueden sentir que cuando han realizado la investigación suficiente para determinar el significado del texto ya están listos para predicar, se equivocan. Hasta ese punto, no son más que “la pequeña locomotora con posibilidades”, que sube penosamente la montaña del expositor diciendo: “Creo que puedo predicar, creo que puedo”. El hecho de responder a esas preguntas pendientes impulsa al predicador para superar la cresta de la montaña, convirtiendo el comentario textual o exegético en un sermón.*⁴⁰

Chapell propone estas seis preguntas:

1. ¿Qué significa el pasaje?
2. ¿Cómo sé lo que significa el pasaje?
3. ¿Qué motivó la escritura de este pasaje?
4. ¿Qué tenemos en común con aquellos para los cuales se escribió el pasaje?
5. ¿Cómo debemos responder a las verdades presentadas en el pasaje?
6. ¿Cuál es la manera más eficaz de transmitir el significado del pasaje?

Las tres primeras tienen que ver con cuestiones del propio pasaje bíblico, y las tres restantes, con cuestiones de presentación. La secuencia de las preguntas de Chapell conduce a lo que él identifica como “el enfoque de la condición caída” o ECC. El ECC es “la condición humana mutua que comparten los cristianos actuales con aquellos para quienes o sobre quienes se escribió el

pasaje, que requiere la gracia del Dios del pasaje para glorificarle o disfrutar de Él”.⁴¹

Responder las preguntas anteriores nos lleva desde el punto de partida de los detalles sintácticos más precisos hasta el punto final de la presentación eficaz. El flujo lógico de sus preguntas demuestra ser muy útil. De hecho, de todos los que he leído ha sido el que mejor ha identificado y ha resuelto la dificultad para los expositores. En última instancia, todo predicador concentrado en la exégesis atraviesa alguna versión de estas preguntas, tanto si lo pretende como si no. Según mi propia experiencia, he reducido a tres las preguntas diagnósticas:

1. ¿Qué dice el texto bíblico? (exégesis)
2. ¿Qué quiere decir el texto con lo que dice? (interpretación)
3. ¿Qué efecto pretende inducir el escritor en su público? (intención)

Como sucede en la lista de Chapell, la división sigue una línea hermenéutica y homilética. Las dos primeras preguntas tienen que ver con la exégesis y la interpretación. ¿Cuáles son los hechos y qué nos dicen? La tercera pregunta habla de homilética, y es la que nos ofrece la mejor transición hacia la exposición. Es la *intención* la que nos lleva al otro lado. Walter Kaiser lo expresó de esta manera: “Por consiguiente, el único lugar correcto donde empezar es el autor humano que afirmó obtener ese conocimiento gracias al contacto con el Dios de los cielos”.⁴²

¿Qué pretendía el escritor? ¿Cuál era su propósito? Según el contexto, ¿qué efecto quería producir en sus lectores? Por tanto, no se trata solamente de lo que dijo (1-2), sino del tema que quería abordar y el efecto que deseaba tener (3).

*Tras el significado del texto hallamos la intención del autor. Hemos de aplicar todas las herramientas disponibles a la tarea de comprender el texto en su contexto: gramática y sintaxis, datos arqueológicos e históricos... No podemos asumir que el significado del autor en el texto es siempre simple, porque la intencionalidad no siempre lo es.*⁴³

Pensemos en el relato de la resurrección en el Evangelio de Mateo (Mt. 28:1-5). Es evidente, incluso si leemos el texto someramente, que el escritor defendía la historicidad de la resurrección frente a varios argumentos de la época que la negaban. Un fariseo, José de Arimatea, recuperó el cuerpo y lo preparó para su entierro. No era un simpatizante de los galileos. Los saduceos sellaron la tumba. La cerraron bien y se tragaron la llave. Al final, apostaron a unos soldados en la puerta. No había manera de que los discípulos pudieran acercarse. Las mujeres

del relato también son importantes. Su testimonio no sería suficiente, en esa cultura patriarcal, para explicar la mayor artimaña del mundo. Si uno iba a inventarse toda la historia, sin duda fabricaría testigos más creíbles.

Hay otros detalles por el estilo en el pasaje, pero, ¿cuál es el mensaje general? La resurrección no fue un fraude. Sucedió. Pero, ¿por qué incluyó Mateo todos estos detalles? ¿Solo para demostrar que fue cierta? ¡Por supuesto! Ese es uno de los motivos. Pero es que no solamente lo estaba defendiendo, sino que exhortaba a la Iglesia a confiar en ello. Quería que la Iglesia se apoyara en la tumba vacía, a pesar de los ataques del mundo. Quiere que nos acerquemos al sepulcro y toquemos sus paredes. Mientras predicamos, este periscopio que es nuestra homilética debería apuntar al mismo objetivo. Cuando predicamos, no solo debemos explicar la idea central de este pasaje, sino también conducir a nuestros oyentes a la misma confianza que intenta generar en nosotros.

Una vez respondamos a la pregunta sobre la intención, podremos pensar más fácilmente en cómo queremos transmitir esa misma intención a nuestros oyentes: “El valor de la intención radica en su singularidad”.⁴⁴ Al centrarnos en esto, podremos “decir una sola cosa bien” con mayor facilidad. Captar la intención nos ayuda a llegar a la claridad que aquí se describe. También nos ofrece un punto de partida para nuestra homilética. En última instancia, la intención y el objetivo de nuestro sermón deberían equipararse a los del escritor. Nuestra homilética no solo debería edificarse sobre el significado bíblico, sino sobre qué blanco buscaba ese significado.

Aquello con lo que tenemos que luchar en la elaboración de nuestro sermón es la forma de decir lo que hemos descubierto en el pasaje bíblico. Para llegar a ese punto, hemos de tener en cuenta qué pretendía inducir el autor en las vidas de sus oyentes por medio del mensaje. Durante la preparación, lo que nos lleva al otro lado no es la meta de transferir información, sino la duplicación del impacto pretendido por el autor bíblico. Nuestra homilética debe adaptarse a esto. Primero debemos clarificar qué se dijo, y luego intentar conseguir (por medio de nuestra explicación y de nuestra presentación) lo que pretendía el escritor. Ver la cuestión desde este ángulo nos ayuda a responder todas las preguntas restantes. De hecho, las otras preguntas de diagnóstico se vuelven un tanto superfluas. Las cosas empiezan a cuidarse solas. Sabemos cuál es la necesidad de nuestro público cuando la comparamos con el contexto original. Sabemos también cómo deberían responder. A partir de ese momento, nuestra homilética se centra más concretamente en la claridad.

31. John MacArthur, entrevistado por el autor, Nashville, TN, 6 de febrero de 2009.
32. MacArthur, entrevista.
33. *Ibíd.*
34. *Ibíd.*
35. *Ibíd.*
36. *Ibíd.*
37. *Ibíd.*
38. *Ibíd.*
39. Arturo G. Azurdia, *Spirit Empowered Preaching: Involving the Holy Spirit in Your Ministry* (Gran Bretaña: Mentor, 1999), p. 151.
40. Bryan Chapell, *Christ-Centered Preaching: Redeeming the Expository Sermon* (Grand Rapids: Baker, 2005), p. 105.
41. Chapell, *Christ-Centered Preaching*, p. 50.
42. Walter C. Kaiser, Jr., *Preaching and Teaching from the Old Testament: A Guide for the Church* (Grand Rapids: Baker, 2003), p. 51.
43. David L. Larsen, *The Anatomy of Preaching: Identifying the Issues in Preaching Today* (Grand Rapids: Baker, 1989), pp. 160-161.
44. Heath and Heath, *Made to Stick*, p. 28.



Capítulo 3

La sencillez y el efecto deslumbrante de Dios

*El secreto esencial no es dominar las técnicas, sino que nos dominen las convicciones. En otras palabras, la teología es más importante que la metodología... Las técnicas solo pueden convertirnos en oradores; si queremos ser predicadores, necesitamos teología.*⁴⁵

—JOHN R. W. STOTT

*Hablando en términos coloquiales, es alucinante centrar la atención en quién es Dios y qué es Él en su ser y su carácter. La mayoría de cristianos dedica poco tiempo a estas cuestiones. Me molestaba ver la experiencia espiritual que tenían los estudiantes al examinar la doctrina de Dios desde un punto de vista académico. Sentí que el laicado de la Iglesia se estaba perdiendo todo esto.*⁴⁶

—R. C. SPROUL

La profundidad a la que debería llegar todo sermón

Tenía quince años cuando un amigo me regaló su ejemplar del libro *El conocimiento del Dios santo*, de Tozer. Con esta manifestación de amor sincero, me ayudó a impulsar mi fe hacia un punto de partida teocéntrico. Es posible que fuera el primer libro cristiano que leí. Aún lo conservo. El libro vino acompañado de una afirmación tremenda que me hizo mi amigo: “Esto te cambiará la vida”. No hay muchas experiencias que encajen en esta categoría. Abusamos de esta expresión, aplicándola a cualquier cosa, desde la tecnología a la cocina. (Pero un sándwich nunca me ha cambiado la vida). Lo que habitualmente queremos decir con la expresión es: “Lo disfrutarás de verdad”. Pero en este caso, mi amigo era literal.

Recibí su regalo cuando hicimos una salida para esquiar en Colorado. Mi conversión llegó acompañada de un nuevo deseo: *leer*. Yo era el deportista típico, y no me gustaba mucho leer o pensar. Cuando al fin logré entrar en la lista de los mejores alumnos en la universidad (mi primera y última vez), mi padre casi se muere de un infarto de miocardio. Lo que para algunos es hablar en lenguas, para mi padre era el deseo de tener una educación: una señal inequívoca de una verdadera conversión. Para mi padre que era médico, leer podría haber sido un fruto del Espíritu.

Leí toda la noche. Con un rotulador en una mano y el libro en la otra, mientras sostenía entre los dientes una linterna diminuta. Fue mi primer encuentro con la teología propia y los atributos de Dios. No tenía ni idea de cómo se llamaba; tampoco de lo que sucedería luego. Tumbado en el suelo de nuestra furgoneta Chevy, me encontré cara a cara con los pensamientos más profundos que pueda llegar a tener una persona. Fue esa materia esotérica sobre Dios que normalmente no recibimos hasta mucho después en nuestra educación cristiana. Unicidad, soberanía, infinitud, omnipotencia, omnisciencia, eternidad.

En mi vida había pensado en nada de esta magnitud, y casi me explotó la cabeza. Leía y hacía una pausa. Señalaba algo con el rotulador. Leía y hacía otra pausa. Marcaba. Cada concepto nuevo me resultaba apabullante. En el buen sentido, era difícil de soportar. Esto prosiguió hasta la mañana siguiente. Por fin acabé el libro en torno al amanecer, cerca de Amarillo, Texas. A la luz del día descubrí algo sorprendente: había subrayado casi todas las líneas. Fue un momento crucial en mi vida.

Cuando entré en la furgoneta, tenía una visión de Dios sentimental y estereotipada. Cuando salí de ella, era un adorador devastado. Supuso un golpe demoledor al pequeño idólatra oculto dentro de la teología. Es una experiencia no sobrepasada por nada en mis 26 años como creyente. Desde entonces he intentado revivirla cada día. Cambió mi vida. Creo que esta misma profundidad deslumbrante y empírica debería ser el objetivo firme de todo el pensamiento cristiano, y la meta correcta de toda predicación bíblica. Hemos de deslumbrar las mentes humanas con su Dios.

Tumbado en el suelo de nuestra furgoneta Chevy, me encontré cara a cara con los pensamientos más profundos que pueda tener una persona... Cuando entré en la furgoneta, tenía una visión de Dios sentimental y estereotipada. Cuando salí de ella, era un adorador devastado.

Todos estos años después, tengo el privilegio claro de activar esa avalancha teocéntrica en otras personas. Como pastor, nunca me he acostumbrado a ese tremendo instante en que “se enciende la luz” para otros. Si esto no le emociona, debería dedicarse a vender seguros. No hay nada tan impresionante como observar a las personas inclinarse ligeramente hacia delante, sentadas en sus bancos, recorriendo conmigo el camino mientras les expongo las “grandes” doctrinas bíblicas. Me encanta verlos impresionados. El deslumbramiento es positivo. Como decía C. S. Lewis, “A Dios no les gustan los gandules

intelectuales, como no le gustan los de ningún otro tipo. Si está usted pensando en hacerse cristiano, le advierto que se embarca en algo que le exigirá todo lo que tiene, incluyendo su mente”.⁴⁷

Tiene razón. Ahí fuera hay doctrinas que dan miedo. Son doctrinas que no encajan bien en nuestra mente. Son realidades espinosas que se burlan de nuestras pequeñas y cómodas explicaciones. No puede proteger a los suyos de ellas. Por tanto, ni lo intente. Si leen la Biblia, ya las descubrirán. No evite esos encuentros; deles la bienvenida. Algunos dirían que hay ciertas doctrinas que son demasiado controvertidas o complejas para hablar de ellas abiertamente o para exponerlas desde el púlpito, dado que solo provocarán divisiones o confusión. La realidad es que no es posible eludirlas y, al mismo tiempo, predicar fielmente la Biblia.

*Una iglesia comprometida con la sana enseñanza expondrá de forma natural las doctrinas bíblicas que muy a menudo ignoran las iglesias. Puede que, para nosotros, algunas doctrinas parezcan inducir a la división. Sin embargo, podemos confiar en que Dios las ha incluido en su Palabra porque son esenciales para comprender su obra en la salvación.*⁴⁸

Personalmente, me he beneficiado de contar con una congregación que aborda abiertamente las preguntas difíciles. No les incomoda confesar cierto grado de tensión teológica y de indefinición. En diversas ocasiones han visto a su pastor admitir su derrota públicamente. Esto forma parte del proceso de santificación y maduración colectivas, como iglesia. Juntos nos amarramos a la grandeza de Dios. La Iglesia tiene que enfrentarse a los temas difíciles, no soslayarlos. Esa lucha es saludable tanto para el individuo como para el grupo. El intento de comprender mejor la grandeza de Dios nos ayuda a trascendernos. Spurgeon lo explica bien: “La contemplación de la Divinidad tiene algo extremadamente beneficioso para la mente. Es un tema tan vasto que nuestros pensamientos se pierden en su inmensidad; tan profundo, que nuestro orgullo se ahoga en su infinitud”.⁴⁹

Explicar algunas doctrinas es como colocar a una persona por primera vez al borde del Gran Cañón. Es impactante. Las palabras se quedan cortas. Pero para que lo aprecien y lo respeten de verdad, alguien tiene que colocarse detrás de esa persona, sin que le vea, mientras está sumida en ese asombro que le deja la boca abierta, y darle un buen empujón. Eso provocará un cambio. De repente, se sentirá pequeña. Esta debería ser la meta de nuestra predicación. Hablando en términos

teológicos, es el momento en que las personas se dan cuenta de cuál es su verdadero estatus en el universo: son *insignificantes*. Nuestro Dios tiene una trascendencia que impone. No es gobernable, como nos han inducido a creer. La misión del predicador es empujar a la humanidad hacia el abismo de la grandeza de Dios. Tal como lo expresaba un escritor,

*...nadie acude al Gran Cañón o a los Alpes para aumentar su autoestima. No es eso lo que sucede frente a esos profundos abismos y esas cimas majestuosas. Pero vamos a esos lugares, y vamos a disfrutar. ¿Cómo puede ser, si el centro de nuestra salud y de nuestra felicidad es sentirnos importantes? La respuesta es que ese no es el centro.*⁵⁰

Este momento de revelación tiene un valor incalculable para el individuo y para la Iglesia. El temor de Dios calibra muchas cosas en nuestra vida cristiana como nada más puede hacerlo. En su gravedad hay poder. Sintoniza la adoración, purifica el servicio, unifica la comunión, santifica la metodología y exige el evangelio. Como pastor, esposo, padre, consejero y amigo, creo que la mejor manera de poder demostrar mi amor por alguien es ofreciéndole una visión más elevada y exaltada de Dios, aunque eso le resulte incómodo a su cerebro y a su autoestima. Cuando nos *sorprende* la belleza de Dios y nos *humilla* su grandeza, somos realmente útiles. Esto disuelve las capas de narcisismo que nos ha impuesto nuestra cultura. Por supuesto, este enfoque no carece de daños colaterales. Acercarse a algo tan grande tiene una consecuencia real: una visión reducida de uno mismo. Lo cierto es que es una pérdida que podemos asumir.

El extremo profundo de Dios

Todas las aflicciones momentáneas que padecemos en la vida (aunque no podamos “arreglarlas”) encuentran su resolución última en la naturaleza y en los atributos de Dios. “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, estos es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8:28-30). Está claro que no se resuelven cuando les prestamos una atención indebida o nos centramos en nuestra incapacidad de alterarlas.

Esto es precisamente lo que descubre el salmista en el Salmo 73. En la primera parte del salmo, su vida se estaba desmoronando: “casi se deslizaron mis pies” (Sal. 73:2). Las diversas ecuaciones del ciclo retributivo no salían como esperaba. Era un hombre desesperado. Sin embargo, en la segunda mitad del mismo salmo, su punto de vista se había invertido por completo. “Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para

siempre” (73:26).

¿Qué le pasó al salmista? ¿Le funcionó una terapia? No, fue un encuentro con Dios. “Hasta que entrando en el santuario de Dios...” (Sal. 73:17). Estuvo al borde del precipicio que es la naturaleza de Dios y se sintió pequeño. Fue expuesto a la grandeza de Dios, y el resultado fue una alteración radical del punto de vista sobre sí mismo, la humanidad y la vida en general. Pero (y esto es lo que cabe destacar) la fuente de su desespero seguía en libertad. El mundo seguía siendo un caos. El contexto que le empujó hacia las tinieblas personales no había cambiado. Pero él sí. Y todo por mirar de frente a algo más grande que él mismo: un Dios soberano. Un Dios que no se detiene para pedir el consejo del hombre cuando gobierna el universo.

Yo deseo que, con toda la celeridad posible, los pensamientos de las personas acerca de Dios superen sus inquietudes sobre la vida. Quiero elevar a las personas, no reducir a Dios a un tamaño manejable. Este es un tema que alguien enfatizó durante un debate sobre las traducciones de la Biblia. Un estudioso renombrado expuso un principio que tiene una aplicación directa a este tema. Ninguna traducción de la Biblia debería servir para reducir a Dios en beneficio del hombre. La misión de las traducciones no es hacer a un Dios cómodo. Esto va en contra de nuestra forma de pensar, dado que normalmente asumimos lo contrario. Las traducciones deben elevar al hombre hacia Dios. Este es el efecto que tiene la predicación doctrinal clara. Eleva al hombre hacia la naturaleza, los caminos y los medios de Dios. En realidad, pasamos demasiado tiempo amarrando a Dios con descripciones hechas por el hombre, atrayéndole hacia “necesidades” suburbanas. Lo que la Iglesia necesita en realidad es ascender.

Tristemente, la doctrina ya no está de moda en la Iglesia. Este es un efecto secundario e inevitable de la marginación del evangelio. Cuando la Iglesia se centra en el evangelio, la doctrina es esencial. Cuando se centra en cualquier otra cosa, es secundaria. Hoy día, es como esa corbata especial en el armario consabido: la que aguarda el momento de volver a estar en boga. No es la moda actual. Os Guinness lo expresó de esta manera:

*Hubo un tiempo en que a los evangélicos se los conocía por ser “serios”. Es triste constatar que hoy día muchos evangélicos son los más superficiales entre los creyentes religiosos; pesos pluma en pensamiento, con una teología fina como la gasa, y defensores a ultranza de una vida espiritual superficial por lo que respecta a la predicación y a las respuestas a la vida.*⁵¹

Por tanto, tenemos mucho estilo pero somos superficiales. Nuestra eficacia depende de nuestra profundidad. Como explica Al Mohler:

*Todo pastor es llamado a ser un teólogo. Puede que esto sea una sorpresa para los pastores que consideran la teología como una disciplina académica que se aborda en un seminario, en vez de una parte constante y central del llamado de un pastor. A pesar de todo, la Iglesia depende de que sus pastores actúen como teólogos fieles: enseñando, predicando, defendiendo y aplicando las grandes doctrinas de la fe.*⁵²

Cuarenta años de filosofía del crecimiento eclesial han conseguido secar nuestra fuente genuina de adoración: una mente centrada en la grandeza de Dios. Nos hemos sentido demasiado fascinados con la *criatura* como para pensar en el *Creador*. John Piper describe con precisión la actitud popular hacia la doctrina:

*Hoy día la mayoría tiene muy poca experiencia de un encuentro profundo, sincero, reverente, poderoso con Dios en la predicación; hasta el punto que las asociaciones que nos vienen a la mente cuando se menciona este concepto son que el predicador es huraño, aburrido, sombrío, negativo, hosco o antipático.*⁵³

Hoy día la Iglesia se revuelve incómoda frente al silencio inhabitual de la profundidad. No sabemos qué hacer con la quietud. De nuevo, Piper pone el dedo en la llaga:

*Si usted pretende que durante un culto de adoración los asistentes se suman en un silencio reverente, puede estar seguro de que alguien dirá que el ambiente es desagradable o frío. Lo único que pueden imaginar muchas personas es que la ausencia de parloteo equivale a una atmósfera hosca, extraña y desagradable. Dado que tienen poca o ninguna experiencia del gozo profundo propio de la gravedad trascendental, buscan la alegría de la única manera que saben hacerlo: mediante la euforia, la animación y la charla.*⁵⁴

Nos han condicionado para que arruguemos la nariz al oír doctrina. Es casi como un acto reflejo. La mayoría la considera un escolasticismo elitista. Es como si la doctrina solo fuera para unos cuantos elegidos en sus torres de marfil. Pero

la doctrina no es para los pocos elegidos: está en la Biblia para que todos la vean y la disfruten.

Algunos creen que la doctrina es inferior a las responsabilidades más importantes de la Iglesia, deberes como cuidar de los que no tienen hogar o los desfavorecidos. Pero no es inferior, en absoluto. Confiere a esos deberes un mayor significado.

También podemos marginar la doctrina como algo arcaico e irrelevante. Después de todo, ¿cómo es posible que un concepto como la unión hipostática marque una diferencia en la vida cotidiana? Pero no es irrelevante. Tiene una importancia indispensable para todas las facetas de la vida, sobre todo la unión hipostática. Un predicador comentó:

*La doctrina se encuentra en la vida, y la vida en la doctrina. La doctrina alcanza esos lugares ocultos, donde duele. Llega a los puntos heridos y magullados. Viaja hasta los recovecos más profundos del alma. Se abre camino por los lugares estrechos de la existencia humana.*⁵⁵

Por mucho que la difamemos, en los momentos críticos de nuestra vida siempre volvemos a la doctrina. Confíe en mí: si a usted le diagnosticaran un cáncer no pediría un ejemplar de *Su mejor vida ahora*, *Una vida con propósito* o cualquier otro superventas cristiano. Le quitaría el polvo a su Biblia y procedería a ahogar su angustia en el extremo profundo de Dios.

Típicamente, ese sector de la Iglesia que le quita importancia a la doctrina parece centrarse en uno de dos paradigmas alternativos: la vida cristiana práctica o la relevancia cultural. Queremos tener niños que se comportan bien y/o justicia social. Raras veces oímos que una persona ha acudido a determinada iglesia porque la doctrina es sólida o se expone la Palabra con claridad. Todo se centra en la “relevancia” y en la “aplicación”. Según los expertos, que a una iglesia se la etiquete de “doctrinal” es el beso de la muerte. La gente se deshace rápido de los temas profundos para hallar una vida con mayor propósito y satisfacción. Lamentablemente, hemos tirado por la borda las realidades equivocadas. Como dejó claro Tozer:

Una concepción correcta de Dios es básica no solo para la teología sistemática sino también para la vida cristiana práctica. Es para la adoración lo que el cimiento es para el templo; en los casos en que es inadecuada o desequilibrada, tarde o temprano toda la estructura se

*vendrá abajo. Creo que no existe ningún error doctrinal o ninguna incapacidad de aplicar la ética cristiana que no hunda sus raíces últimas en unos pensamientos sobre Dios imperfectos e innobles.*⁵⁶

El problema de los seminarios sobre el matrimonio cristiano

La mayoría de evangélicos asume que la doctrina tiene un papel mínimo o inexistente en las cuestiones más importantes de la vida. Por ejemplo, tomemos el matrimonio. Nuestros libros más populares sobre el tema indican que la necesidad es práctica, no teológica. Pero, ¿es que el matrimonio bíblico no depende de la doctrina central de nuestra fe, la expiación (Ef. 5:22-23)? El análisis que hizo Pablo del matrimonio fue una mera oportunidad de enfatizar el poder de la cruz en un área importante de la vida. No usaba la muerte de Cristo como una analogía del matrimonio. Lo hemos entendido al revés. Usaba el matrimonio como analogía de la cruz. El matrimonio es, en su esencia, la analogía viva de la muerte de Cristo; es el poder de la cruz manifestado en la relación más íntima de este mundo. ¿Cuál era la idea de Pablo? No se puede tener un matrimonio “mejor” sin entender la doctrina, sobre todo la de la expiación vicaria.

Esto es muy irónico. ¿Cómo puede uno pasarse todo un fin de semana en un seminario sobre el matrimonio cristiano y no escuchar una predicación del evangelio o una explicación de la expiación? Me temo que esto dice algo sustancial sobre la Iglesia. Los seminarios de Pablo sobre el matrimonio eran muy distintos a los nuestros. En los suyos, lo único de lo que se oía hablar todo el fin de semana era de la cruz de Cristo. “Sesión 1: La cruz”. “Sesión 2: La cruz”. “Sesión de descanso: La cruz”. “Desayuno para esposos: La cruz”. “Almuerzo para esposas: La cruz”. Y así cada día. Quizá, si usted tuviera suerte, Pablo mencionaría el “matrimonio” en algún momento, hacia el final. O quizá no; da lo mismo. Cuando usted acababa el seminario, entendía el matrimonio. Tanto el marido como la esposa conocían su responsabilidad. La cruz hace que el matrimonio cristiano sea evidente. Más concretamente, el matrimonio cristiano debería evidenciar la cruz.

En mis casi veinte años de ministerio pastoral, nunca he visto que una pareja se viniera abajo por no disponer de suficientes consejos prácticos sobre el matrimonio. Normalmente, se desmorona precisamente debido a esos consejos. No hay cruz, y nunca la hubo. Irónicamente, los seminarios sobre el matrimonio cristiano son una parte de lo que va mal con las parejas cristianas.

Lo mismo podemos decir del argumento sobre la “importancia cultural”. Todo

nuestro frenesí por ser relevantes nos ha vuelto ingenuos. Si pensamos que podemos ganar a esta cultura que rechaza a Cristo a base de almuerzos calientes y una sonrisa, o bien ajustando nuestro lenguaje al suyo, nos estamos engañando. Esto no quiere decir que tales ajustes no sean útiles. Debe existir un equilibrio entre la compasión y la verdad, no vayamos a cometer el mismo error que los fariseos. Jesús dijo: “Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento” (Mt. 9:13).

Existe un lugar para los almuerzos. También admito que, debido a una verborrea arcaica o un triunfalismo escapista, la Iglesia tiene la costumbre de levantar barreras distanciándose de las personas a las que fue llamada a predicar. Si solo vamos armados con la doctrina precisa (y sin amor), somos aislacionistas, o incluso combatientes, pero no evangelistas. Algunas de nuestras actitudes indican que creemos que la hostilidad es una estrategia evangelística eficaz. Pero en realidad funciona mejor si usted no odia a aquellos a los que les predica.

Si pensamos que podemos ganar a esta cultura que rechaza a Cristo a base de almuerzos calientes y una sonrisa, o bien ajustando nuestro lenguaje al suyo, nos estamos engañando.

Yo soy un separatista rehabilitado, que creció en el filo más duro del fundamentalismo cultural. Como resultado, cuando tocamos el tema del aislacionismo moralista de la Iglesia reacciono como un ex fumador lívido. No lo soporto. Nuestro Señor nos mandó que extendiésemos el evangelio por el mundo, en su nombre y con su poder. Y yo digo: “¡Vaya a por todas!”. Súbase a un bidón de gasolina y predique. Busque amigos paganos a los que amar. Encuentre un jardín que pueda rastrillar. O, por supuesto, recicle. Pero, cuando lo haga, tenga en cuenta que nuestro amor y nuestra compasión (y relevancia) no los salvará, como tampoco lo hará que se pongan a mirar un árbol. Nuestro amor y nuestra compasión no son más que una introducción a Aquel que salva.

Para ser buenos administradores de nuestras oportunidades, debemos comprender algunas verdades esenciales, que se conocen mejor con el nombre de “doctrina”. Si no, cuando se presente la oportunidad lo único de lo que salvaremos a la gente es de pasar hambre. Una congregación que sienta amor por su cultura (y por los perdidos) debe tener también una mente armada con la verdad. Si no es así, ¿cómo responderemos a las preguntas o llenaremos las lagunas? Para ser verdaderamente relevantes, hemos de conocer la doctrina.

Nuestros cimientos deben ser profundos. Y un sándwich nunca hace daño.

Cómo hablar campesino

Esta frustración nos lleva a la siguiente observación. Es fácil culpar de la indiferencia que siente la Iglesia hacia la doctrina, al amplio enemigo que es el nominalismo. Cuando la gente bosteza durante nuestro sermón, asumimos que es porque no se toman en serio la verdad. Cuando grupos de personas emigran a la iglesia *seeker* (la que intenta resultar más atractiva para los inconversos) que está en la misma calle, los condenamos tachándolos de superficiales. Esto es un subterfugio. Lo que pasa es que no nos entienden; somos opacos. El movimiento *seeker* aprovechó esta deficiencia aparente hace cincuenta años, cuando clamó: “¡Estamos desconectados de la cultura!”. ¿Y cuál fue su solución? Empaquetar la “verdad” de tal manera que la aceptasen los norteamericanos narcisistas del extrarradio. Fue un plan brillante. Los resultados fueron devastadores. Como los iconoclastas contemporáneos, los principales expertos sobre el crecimiento espiritual de la Iglesia le arrebataron su verdadero poder: el Dios de la Biblia. Después de todos estos años, hoy día el paisaje de la Iglesia parece un cementerio de reliquias pragmáticas. Lo hemos probado todo.

Cuando hablamos de esa indiferencia epidémica y bien conocida hacia la doctrina, los expositores debemos echarnos un buen vistazo a nosotros mismos. En parte, tenemos más culpa de la que nos gustaría admitir. Pensamos, equivocadamente, que los cristianos modernos tienen un vocabulario teológico desarrollado. Ponemos fuera de su alcance las doctrinas bíblicas debido a nuestra incapacidad de explicarlas bien o demostrar su importancia para nuestros oyentes. Sencillamente, no logramos transmitir la vida que tienen ni sacarlas del texto de tal manera que nuestro público las valore como merecen. No es de extrañar que la gente corra a otras partes en busca de alimento. A diferencia del gran reformador Juan Calvino, que exhortaba a sus alumnos a hablar con la voz *familiar*,⁵⁷ nosotros opacamos su aplicación y su relevancia. Las hacemos difíciles de apreciar, y mucho más de pronunciar. Los que aburrimos somos nosotros, no las doctrinas que exponemos.

Como el escolasticismo de la Edad Media, creamos vacíos imposibles entre el hombre común y la verdad. Es como cuando el campesinado alemán estaba a merced de una Iglesia incomprensiblemente compleja y de un clero elitista. Todo estaba en *latín*. Ese es el momento exacto de la historia en que Martín Lutero abordó semejante confusión y empezó a hablar “campesino”.

Los debates de Lutero con sus adversarios teológicos eran acalorados y a

menudo sembrados de un lenguaje cáustico. Su debate con Erasmo en *De la esclavitud del arbitrio* es legendario. En algunos casos, sus expresiones son de una vulgaridad aplastante. Pero Lutero no pretendía ser grosero u ofensivo porque sí. Reformulaba y demolía los argumentos sofisticados de la Iglesia católica romana en una lengua que pudieran entender las masas. Lograba que el argumento más complejo lógico y teológico (que solía desanimar al pueblo) fuera fácil de entender. De repente, el ciudadano de a pie sabía tanto como los sacerdotes. De aquí “el sacerdocio de todos los creyentes”. Lutero era el teólogo del hombre común.

No propongo que usemos las mismas tácticas que Lutero, pero sí definiendo su mismo objetivo: ofrezca a su público una teología funcional por medio de la exposición de la Palabra. No es una tarea sencilla. Según Agustín, procurar entender a Dios es como verter todo el océano en un agujero, usando para ello una concha vacía. Y esa es la parte fácil. Una vez lo entendemos por nosotros mismos, tenemos que darle la vuelta y exponerlo de tal manera que no solo denuncie los errores históricos, sino que también demuestre su aplicabilidad en tiempo real. Las definiciones son una cosa; otra muy distinta es explicar la matriz teológica compleja y esencial sobre la que descansa nuestra fe en un formato “para campesinos”.

Durante las últimas cinco décadas, ningún hombre ha explicado mejor y ha representado más correctamente la doctrina cristiana que R. C. Sproul. Lleva toda su vida metiendo el océano en un hoyo. Es el Martín Lutero de nuestra generación. Se dedica a educar y a defender la Iglesia en lengua vernácula, que incluso la mente más sencilla puede entender, y que respeta el erudito más sofisticado. Ha dejado en su estela un legado que no tiene precio. Da lo mismo dónde se haya producido el ataque contra el evangelio: el liberalismo, el ateísmo, el pluralismo o el pelagianismo. R. C. ha aparecido para hacerlo retroceder. Es el mejor ejemplo que conozco de un teólogo funcional. Tiene esa cualidad tan infrecuente entre los teólogos: *se hace entender*. Es una habilidad que todos anhelamos y necesitamos desesperadamente.

45. John R. W. Stott, *Between Two Worlds: The Art of Preaching in the Twentieth Century* (Grand Rapids: Eerdmans, 1982), pp. 92-93.

46. R. C. Sproul, entrevistado por el autor, Orlando, FL, 12 de mayo de 2009.

47. C. S. Lewis, citado en Piper, John, *Brothers We Are Not Professionals: A Plea for Pastors for Radical Ministry* (Nashville: Broadman & Holman, 2002), p. 97.

48. Mark Dever, *What Is a Healthy Church?* (Illinois: Crossway, 2007), p. 72.

49. Charles Haddon Spurgeon, citado en Boice, James Montgomery, *Foundations of the Christian Faith: A Comprehensive and Readable Guide*, Revisado en un volumen (Downers Grove: IVP, 1986), p. 27.

50. John Piper, *God is the Gospel: Meditations on God's Love as the Gift of Himself* (Wheaton: Crossway, 2005), p. 13.
51. Os Guinness, *Prophetic Untimeliness: A Challenge to the Idol of Relevance* (Grand Rapids: Baker, 2003), p. 77.
52. Albert R. Mohler, Jr., *He Is Not Silent: Preaching in a Postmodern World* (Chicago: Moody, 2008), p. 23.
53. John Piper, *The Supremacy of God in Preaching* (Grand Rapids: Baker, 1990), p. 51.
54. *Ibíd.*
55. Robert Smith Jr., *Doctrine that Dances, Bringing Doctrinal Preaching and Teaching to Life* (Nashville: Broadman & Holman, 2008), p. 73.
56. A. W. Tozer, *The Knowledge of the Holy* (San Francisco: Harper Collins, 1961), p. 2.
57. T. H. L. Parker, *Calvin's Preaching* (Edinburgh: T & T Clark, 1992), p. 139.



R. C. Sproul

Un hombre versado en latín y lenguas comunes

Ligonier Ministries se fundó en 1971 para enseñar a los cristianos cómo expresar lo que creen y por qué lo creen. Nuestro deseo primordial es “despertar a todas las personas que sea posible a la santidad de Dios mediante la proclamación, la enseñanza y la defensa de su santidad en toda su plenitud”. Nuestra visión es propagar la fe reformada a la Iglesia por todo el mundo.

Para alcanzar este objetivo, Ligonier ofrece una sólida formación que ayuda a salvar el vacío educativo entre la escuela dominical y el seminario. Al ofrecer materiales para la enseñanza cristiana, Ligonier tiene la esperanza de exhortar a los cristianos a transformarse por medio de la renovación de sus mentes, de modo que estén preparados para servir a la Iglesia y para glorificar a Dios (Ro. 12:2).⁵⁸

Acompañado por dos ancianos de la iglesia, conocí a R. C. Sproul en un restaurante italiano en Orlando, donde le gusta comer dos o tres veces por semana, como un segundo hogar. Los propietarios, cocineros y camareras le llaman por su nombre de pila (como hace él con ellos). Como llegamos a la ciudad la noche anterior, fuimos a reconocer el terreno para localizar el restaurante poco antes de que cerrasen ese día. Me acerqué a una mesa de trabajadores que estaban reunidos para hablar de las incidencias del día. “Perdonen, mañana he quedado con R. C. Sproul en este restaurante para entrevistarle y...”. Eso es todo lo que me dio tiempo a decir. “¡R. C.!", exclamaron, “¡el buen doctor!”. Fue como el personaje de Norm cuando entraba en *Cheers*. En aquel momento se confirmaron todas mis sospechas. Él es, y siempre será, el teólogo del hombre común. Es un hombre muy flexible, pero su intelecto no lo es. Algunas personas dejan caer frases en latín para impresionar. El uso que hace R. C. de esta lengua es modesto y natural. La verdad es que piensa en *latín*. Alabado sea Dios de que también piensa—y habla—en lengua *vernácula*. R. C. Sproul es un tesoro de inestimable valor para la Iglesia. Ha sido nuestro teólogo residente durante 45 años.

Fue una de las tardes más impresionantes que he pasado con nadie en mi vida. Había que estar allí para entenderlo. No cabe duda de que este hombre es de Pittsburgh. Hablaba con esa voz que escuchamos por la radio, que recuerda a

Quasimodo, con un refinamiento áspero y correoso. Pidió la comida para todos. Conversamos con la boca llena, pero cubriéndolas educadamente con las manos mientras charlábamos de todo, desde la enfermedad de la gota hasta las clases de teatro. Hubo risotadas guturales, silencios estridentes y todo lo que hay entre una y otra cosa.

El efecto de aquel día fue parecido al de asistir a una conferencia bíblica, cuando no son necesariamente los detalles lo que se nos queda en la cabeza, sino el impacto general. Creo que eso se llama “indeleble”. La experiencia fue muy parecida a cómo es R. C. en persona: un hombre del Renacimiento. Es golfista improvisado (antes del accidente de tren), guitarrista con talento, pintor consumado, filósofo implacable, teólogo experto, comunicador excelente, pastor fiel, director de ministerios, escritor prolífico, maestro dotado, erudito innegable y editor de éxito. La lista sigue y sigue. Pero desde el momento en que nos sentamos a la mesa, nos hizo sentir como sus iguales, sus amigos. Esto es precisamente lo que hace mejor que cualquier otro teólogo que conozco. Fue el motivo de que yo estuviera en Orlando.

Mi charla con R. C. fue una auténtica mina de oro. No solo hablamos de la comunicación teológica, sino de la comunicación en general. Me sorprendió ver con qué seriedad se lo toma. Había ido al lugar correcto. Aprendí más sobre los principios de la comunicación de él en nuestra entrevista que durante el resto de mi vida. Para él es una pasión personal, y un tema sobre el que ha reflexionado muchísimo.

Hubo momentos en nuestra conversación en que a R. C. pareció molestarle la incapacidad de algunos predicadores para transmitir eficazmente la doctrina. Su reacción ante la ineptitud teológica de la Iglesia es como ser testigos de lo que siente un entrenador cuando su equipo no logra efectuar una jugada básica. “¡A estas alturas ya deberíamos saber estas cosas!”. Durante la historia reciente ha estado paseándose junto al terreno de juego de la Iglesia con las manos en la cabeza. No cabe duda de que hemos perdido la pelota.

No se trata solamente de que piense que lo que decimos hay que decirlo *correctamente*; también piensa que debemos decirlo *bien*. Su determinación se debe en parte al valor de la propia teología. Las interpretaciones teológicas que tenemos el privilegio de exponer a los nuestros son las verdades más importantes que escucharán jamás los humanos. Los beneficios de la precisión y de la fluidez son incalculables. A nosotros nos toca explicarlos lo mejor que podamos.

Anonadando a la Iglesia durante cuarenta años

Ligonier Ministry ha sido una piedra angular del movimiento evangélico durante cuarenta años. Lo más sorprendente es que su público central no ha sido el aula, sino el banco de la iglesia. No es habitual que los ministerios dedicados a la enseñanza teológica de alto nivel sean tan populares entre los “laicos”. Los ministerios dedicados a la “propagación” de la “fe reformada” no suelen llamar la atención de la iglesia. Tenemos una memoria notablemente breve. Pero, por algún motivo, R. C. siempre ha conectado. Hay otras voces fieles y parecidas ahí fuera, pero ninguna de ellas produce un impacto tan amplio como el suyo. Para entender por qué y qué distingue a R. C. del resto, hemos de remontarnos al principio, hasta unas experiencias importantes que funcionan como la génesis de su pasión personal. Esos momentos le llevarían a perfeccionar la habilidad de la que somos testigos hoy, y a marcar el rumbo de su carrera profesional.

Siendo un alumno de último curso de filosofía en la universidad, cursó una asignatura en común con la especialidad de ciencias: *Filosofía de la Ciencia*. De los cuarenta alumnos en clase, solo cuatro se especializaban en filosofía. El resto estudiaba otras ciencias. Estaban presentes los 35 alumnos más destacados de la clase a punto de licenciarse. R. C. lo describía como *la crème de la crème* del cuerpo estudiantil. Los cuatro especializados en filosofía superaron la asignatura con buena nota y sin esfuerzo. Pero para su sorpresa, a los especializados en física, biología, química y medicina les costó mucho superarla. Al no contar con la capacidad de depender de los procesos empíricos de observación y experimentación, estaban a la deriva. Les faltaba la capacidad del planteamiento abstracto.

R. C. lo observaba todo frustrado. Echó toda la culpa a la incapacidad del profesor para transmitir los contenidos. No era cuestión de si los alumnos eran más o menos inteligentes: eran más que listos. El problema era doble: la falta de dominio que tenía el profesor sobre la materia y su falta de interés por si sus alumnos le entendían. El profesor era un obstáculo en el camino del contenido. R. C. salió de aquella clase y entró en la Iglesia con un objetivo fundamental: quitarse de en medio.

Tal y como hemos dicho, es demasiado fácil pensar que el problema es que nuestros oyentes no entienden. Este es un error fundamental por parte del predicador. Es una excusa para justificarse. La humildad nos impulsa a empezar por un examen de nuestras explicaciones. Antes que a nadie, tenemos que culparnos a nosotros mismos. El problema no suele ser su falta de comprensión, sino la nuestra. No lo entendemos nosotros mismos, y por tanto somos un obstáculo. Tampoco podemos asumir que se trata de una falta de apreciación. A

esa forma de pensar le falta compasión y le sobra orgullo.

No pasó mucho tiempo hasta que R. C. se encontró en la misma situación desde el otro lado de la mesa, en su calidad de profesor de filosofía a alumnos de primero de carrera. Fue entonces cuando se entrenó por primera vez en la enseñanza teológica.

*Lo que pasó allí influyó en el resto de mi vida. Enseñé filosofía antes de impartir teología. La filosofía es una materia especialmente complicada. Es tremendamente abstracta, y exige un uso extraordinario de la lógica para seguir los argumentos abstractos de los diversos filósofos de la historia. Las personas abordan la investigación teológica desde diversos ángulos. No todo el mundo se relaciona bien con ese tipo de información.*⁵⁹

Dios quiso que en la misma época el pastor de R. C. le pidiera que diera una clase para adultos sobre la persona y la obra de Cristo. Los alumnos eran casi todos profesionales. De repente se enfrentó a la tarea de enseñar conceptos complejos a dos tipos de público totalmente distintos.

Durante la semana, entre su público se contaban alumnos cautivos. Podía ser todo lo técnico que quisiera, porque su presencia y su participación eran obligatorias. Pero el domingo la asistencia era voluntaria. “Carecían de trasfondo teológico, pero sentían interés por conocer las cosas de Dios”.⁶⁰ Su presencia no era un requisito, sino una necesidad.

Luego resultó que comunicar contenidos a un público no estudiantil exigía mucha más habilidad que hacerlo en la universidad. ¿Qué conclusión sacamos? Que para simplificar un tema debemos dominarlo a fondo. A pesar de que R. C. siempre había pensado en convertirse en un “teólogo de combate” en el mundo académico, su pasión por el laicado y la pasión que sentían ellos por Dios le atrajo a la Iglesia. Mientras desempeñaba estas dos obligaciones, descubrió su llamamiento.

Durante la semana me di cuenta de que me aburría. Y los domingos estaba emocionado porque la gente respondía con una gran emoción... Cuando impartía en la clase del seminario la doctrina de Dios (el concepto teológico más abstracto dentro de la teología sistemática), profundizando en los atributos de Dios, descubrí que iba a pasar algo. La comprensión de los alumnos sobre el ser y el carácter de Dios se elevaría hasta un grado que nunca antes habían experimentado. Tendría

*un impacto casi tangible sobre ellos, tanto en sus respuestas como en su crecimiento cristiano.*⁶¹

Fue entonces cuando Sproul se propuso “salvar el vacío educativo entre la escuela dominical y el seminario”. Fue entonces cuando se puso como meta ofrecer a los trabajadores de las fábricas y a los médicos los mismos descubrimientos que cambian la vida, y hacerlo al mismo tiempo. Tal y como lo expresó él: “Me molestaba ver la experiencia espiritual que tenían los alumnos cuando examinaban la doctrina de Dios desde un punto de vista académico. Sentí que el laicado de la Iglesia se estaba perdiendo todo esto. Porque, a ver, ¿quién predica sobre la naturaleza y el carácter de Dios?”⁶²

R. C. respondió a esta pregunta con su propia vida. La combinación de estos contextos ha generado, con el paso de los años, esa capacidad impresionante para hablar a cualquier grado de intelecto sobre cualquier concepto teológico y en cualquier momento. Como explicaba R. C., “siempre he tenido un pie en el mundo académico y otro en el laico”.⁶³

En cierto sentido, nosotros tenemos la misma responsabilidad. Debemos predicar con un pie en las cosas de Dios y el otro en la sala de estar de nuestros oyentes. R. C. describió concisamente el reto básico de su experiencia docente. Se dedicaba a “enseñar filosofía a personas que no tenían intención de convertirse en filósofos”.⁶⁴

Nuestro reto como predicadores es solo ligeramente distinto. Enseñamos teología a personas que no se dan cuenta de que son teólogos. Por definición, la teología es “el estudio de Dios”. Por consiguiente, todo creyente es un teólogo por naturaleza. Nuestra labor consiste en hacer que esto sea evidente y placentero.

Derribando ídolos

Somos idólatras por naturaleza. Nuestros pensamientos sobre Dios son muy dispersos. Empezamos nuestro viaje muy alejados del centro. A todos nos vendría bien un empujón teocéntrico. Una parte de nuestra responsabilidad como predicadores consiste en derribar los ídolos populares. Los tumbamos mediante una explicación clara de la Biblia. Cuando predicamos, abordamos de lleno la manera equivocada en que nuestros oyentes (y nosotros mismos) entendemos y representamos a Dios. De vez en cuando, nos indican cuándo les hemos pisado un pie teológico. A menudo sus reacciones sensibles suelen ir revestidas de una verborrea tradicional (“*Siempre me han enseñado que...*”). Esto es un indicio evidente de un debate interno. Los retos se manifiestan en esas preguntas que

usted recibe, por correo electrónico o cara a cara, al final de un sermón. Es previsible. Después de todo, a todos nos cuesta admitir que la abuela era hereje.

Estos son los momentos en los que debemos adelantarnos y hablar en *lengua vernácula*. Enseñamos con nuestros pies bien afirmados en ambos lugares: la Palabra y el cubículo de la oficina, o cualquier lugar en que se encuentre el oyente en ese momento. Es allí donde la sencillez es tan importante. Un escritor lo dijo de esta manera:

*Como predicadores de la doctrina, hemos de vernos libres del lenguaje estéril y predecible usado en nuestra predicación. Ese lenguaje se parece más a quitarle el polvo a unas flores de plástico que a cultivar flores. El predicador de la doctrina tiene que usar un lenguaje que se parezca al de la Biblia, un lenguaje que tenga elasticidad y portabilidad, para usarlo en nuestra época contemporánea. La doctrina no nos llega desde algún terreno esotérico; más bien surge de las costuras de la sociedad.*⁶⁵

Sus oyentes son *teólogos involuntarios*. Tanto si son conscientes como si no, luchan constantemente con las cuestiones más importantes de la vida, que son las mismas a las que se enfrentan los eruditos en su torre de marfil. Dejemos que las formulen. Obliguémosles a formular preguntas difíciles por medio de la exposición fiel. Cuando pregunten, apártese (haciendo acopio de toda la claridad posible) y deje que ellos lidien con los pequeños fragmentos de su teología sentimental hecha trizas.

Para hacerlo, debemos estar dominados por la misma motivación que R. C.: deslumbrar a la Iglesia con Dios. Muy a menudo perdemos esta oportunidad al distorsionar incluso los conceptos más fáciles. No es difícil confundirse. Yo cada domingo me hago un lío con los anuncios. Imagínese qué puedo hacer con la doctrina de la elección. Sé cuándo he hablado de tal manera que mi público no se ha enterado de nada. Como decía R. C.: “tienen la mirada de un ciervo atrapado por los faros de un vehículo”. La doctrina portátil es un reto. Da lo mismo lo mucho que lo intentemos, a menudo nos quedamos cortos con nuestras explicaciones. Pero anímese, porque incluso los conceptos más difíciles se pueden explicar con facilidad. Solo requiere trabajar duro.

“Ser difícil de entender es fácil. Ser fácil de entender es difícil... Con lo de simple no me refiero a simplista. Lo simplista es superficial, pero lo simple

no lo es”.
—R. C. Sproul

Lo fácil cuesta.

El laico desprevenido se sorprendería al enterarse de las batallas que se libran solo para exponer sermones normales y conceptos mínimos. Puede ser una tortura. Según el dicho: “Ser difícil de entender es fácil. Ser fácil de entender es difícil”. R. C. comentó: “Con lo de simple no me refiero a simplista. Lo simplista es superficial, pero lo simple no lo es”.⁶⁶

Para ser simplista, lo único que tiene que hacer es regurgitar datos. Es una reformulación de lo evidente, un comentario rutinario y una imitación impecable de un tranquilizante humano. Ser sencillo exige un nivel muy profundo de consciencia y de convicción que solo podemos conseguir llevando al límite nuestra comprensión básica. Lo simple es una explicación “de bolsillo” de lo profundo. Significa decir una cosa (que de por sí puede ser compleja) de una forma que todos puedan entenderla. Lo simple no es tan fácil como parece. Como ya hemos dicho, la claridad empieza con nuestra propia comprensión. R. C. añade su propio corolario a esta idea esencial:

*Si usted no tiene la capacidad de explicar el concepto a un niño de seis años, entonces es que usted mismo no lo entiende. En otras palabras, simplificar sin distorsionar exige una comprensión muy profunda del contenido que expone. De manera que, si usted lo entiende, lo podrá comunicar. Si no lo entiende, solo podrá transferir a la siguiente generación la información contenida en su bloc de notas.*⁶⁷

Esto me induce a sentir un nuevo respeto por los profesores de escuela dominical, por no mencionar a los niños de seis años. Pero la veracidad de esta afirmación es innegable. Es fácil pensar que las expresiones vacías de nuestros oyentes revelan su incapacidad de comprender. En realidad, el problema es nuestra comprensión, no la suya. Cuando no podemos explicarlo con claridad, es que sencillamente no lo entendemos. Cuando lo entendamos, otros también lo harán.

Lo que todo el mundo cree saber

Nadie ejemplifica mejor este principio que R. C. Tiene la capacidad de exponer no solo el significado de una doctrina sino también su importancia. En

pocos minutos logra eliminar las capas de malas interpretaciones que son especialistas en colarse en las doctrinas complejas. Revela el malentendido y luego lo arregla. Muchas de sus explicaciones no solo son concisas, sino también perspicaces. No solo captamos lo que debemos entender, sino por qué lo hemos malentendido.

En una conferencia concreta, vi cómo exponía la mala interpretación que tenía, toda una audiencia, de lo que eran la imputación y la justificación. Lo que lo convirtió en algo impresionante fueron los sucesos que tenían lugar en aquel momento entre el movimiento evangélico. Un número sorprendente de evangélicos conservadores habían firmado el documento *Evangelicals and Catholics Together (ECT)*, un documento que llamaba a la militancia conjunta de evangélicos y católicos. El mundo protestante se desbordó con respuestas que criticaban la incongruencia de esta unión. De repente, todo el mundo era experto en la doctrina protestante de la justificación y en su incompatibilidad con el punto de vista católico romano.

R. C. subió a la tarima y declaró: “¡Creo que somos salvos por las obras! No podemos ser salvos sin ellas. Pensar lo contrario supone negar el evangelio bíblico”. Puede imaginarse la reacción. La gente se quedó pasmada. Dejó que la reacción visible se extendiera durante unos momentos y luego añadió: “No por mis obras, por supuesto, sino por la obra de Cristo”.

Sproul es astuto. Cuando dijo aquello, se dibujó en su rostro una leve sonrisa. Me pasé el mes siguiente haciendo la misma broma a mucha gente. En mitad de toda la historia sobre el *ECT*, olvidamos que la justicia (las obras) es una condición indispensable para nuestra salvación. La verdadera pregunta es: “¿Quién está a la altura?”. Sin duda, nosotros no. Nuestro debate con la Iglesia católica romana no se centra en la necesidad de la justicia, sino en el medio para conseguirla. El método de Sproul fue brillante. En aquel momento comprendí del todo la doctrina de la justificación; los oyentes también la entendieron.

Hay muchísimos lugares en los que este tipo de reajuste podría mejorar radicalmente la comprensión de las doctrinas básicas por parte de los nuestros. Estos recordatorios que van en contra de la lógica son poderosos. Por ejemplo, tomemos la *crisología*. En uno u otro sentido, todo libro del Nuevo Testamento es una defensa de Cristo y de su naturaleza. Las oportunidades que tiene nuestra congregación para profundizar en la comprensión del Salvador son ilimitadas. Esto es así incluso con una doctrina que nos deja perplejos, como la *kenosis*.

La mayoría no entiende lo que quería decir Pablo cuando afirmó que Cristo “se despojó a sí mismo” (Fil. 2). Asumen que significa que Cristo dejó a un lado

sus atributos divinos cuando asumió la forma humana. Entienden “despojarse” como “renunciar”. Es como si hubiera dejado su deidad en el cielo, abandonando atributos como la omnisciencia y la omnipotencia. Este punto de vista es emotivo pero incorrecto. Según las Escrituras, no podría distar más de la verdad. “Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud” (Col. 1:19). “El cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de sus sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (He. 1:3). Él es plenamente Dios y plenamente hombre. Al decir “despojarse” Pablo señalaba al sacrificio altruista de Cristo y a la oscuridad de la muerte, no al abandono de sus atributos divinos.

Esta modificación es crucial. Cuando lo entendemos, el acto de Cristo pasa de ser meramente emotivo a ser algo infinitamente mayor de lo que jamás imaginamos. Su sacrificio es más notable cuando nos damos cuenta de que tenía su divinidad a su disposición. Esto es una reprensión increíble a nuestra capacidad ilimitada de defendernos a nosotros mismos. Cristo podría haberse marchado de este mundo la primera vez que su estómago rugió de hambre, por no mencionar que podía haber convertido las piedras en pan. Esta es la misma idea que afirmó el apóstol cuando dijo que Cristo, “siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse” (Fil. 2:6). Nunca utilizó ni uno solo de sus atributos divinos para reducir las exigencias de la justicia de Dios, o para aliviar su sufrimiento. Las únicas veces que empleó su poder divino fue para servir a otros. Su humildad es infinitamente mayor cuando pensamos en esto.

Entonces Jesús le dijo: Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán. ¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles? ¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?”. (Mt. 26:52-54)

Decir “No lo sé” nunca hace daño

Las capacidades retóricas de R. C. van más allá de los límites de su trabajo. Si alguna vez le ha visto en persona, sabrá lo que quiero decir. Es un comunicador bien formado, con una tremenda habilidad y una vasta experiencia. Sin embargo, es ahí donde aprendí la verdadera fuente de la comunicación teológica eficaz: *la humildad*. El Dr. Sproul nunca ha pensado que su eficacia tenga algo que ver con su competencia. Su *teología* le impide llegar a esa conclusión.

*Cuando subo al púlpito me invade una sensación fundamental de indefensión. El Espíritu debe acompañar la palabra con su poder. Todo lo que yo haga es inútil si el Espíritu no lo respalda. Mi misión consiste en ser todo lo preciso que pueda en mi comprensión, y todo lo dinámico que sea posible en mi exposición. Pero no doy por hecho que nada de eso produzca un impacto. Depende del Espíritu. Sin Él, carecerá de efecto.*⁶⁸

Desearía de verdad que no hubiera dicho eso. ¿Indefensión? ¿En serio? Descubrir que un hombre con la capacidad de Sproul se siente indefenso hace que nos sintamos muy humildes. Oírle admitir la futilidad de sus capacidades nos avergüenza al resto, que estamos muy ocupados estableciendo vínculos entre nuestro grado de preparación y nuestra eficacia en el púlpito. Con demasiada frecuencia lo centramos todo en nosotros. Hemos de trabajar duro, pero nunca debemos olvidar de dónde viene el verdadero poder. Sinceramente, después de 45 años de práctica, ¿quién está más preparado que Sproul?

*Conozco suficiente teología como para saber que da lo mismo el talento que yo tenga. Carece de poder. Uno puede fascinar a las personas, puede interesarlas. La gente puede responder a su predicación, pero no penetrará hasta sus almas a menos que el Espíritu la acompañe.*⁶⁹

Cuando le pregunté si esa “sensación fundamental de indefensión” era un requisito para todos los predicadores, contestó: “Les ayudaría. Pero, sinceramente, ¡hay tipos que están indefensos aun contando con el Espíritu Santo!”.⁷⁰

A Sproul le humilla lo que sabe, no le enaltece. Esto tiene mucho sentido, dado que la humildad intelectual es el punto de partida y el resultado inevitable de toda búsqueda teológica sincera (Pr. 1:7), especialmente si hablamos de la soteriología reformada. Es desagradable ver cómo los calvinistas (sobre todo los que han rechazado hace poco el arminianismo), con orgullo y a la fuerza, endosan al primero que encuentran una buena dosis de teología reformada. Este es el efecto opuesto al que querríamos conseguir. Una actitud condescendiente o elitista siempre es un obstáculo en el camino de la sencillez.

La enseñanza de R. C. va acompañada de una humildad intelectual infrecuente entre los teólogos eruditos. Lo que resulta atractivo de sus explicaciones es, en parte, esta ausencia de orgullo y de arrogancia. Toda su investigación teológica destila una humildad intelectual muy agradable. Esto es cierto incluso cuando

aborda las preguntas más difíciles de la teología. Cuando hablaba de la Caída de Adán y Eva en el huerto, R. C. comentó:

*Somos criaturas caídas. Pero Adán y Eva no fueron creados así. No tenían naturaleza pecaminosa. Eran criaturas buenas, dotadas de libre albedrío. Sin embargo, optaron por pecar. ¿Por qué? No lo sé. Y hasta ahora no he encontrado a nadie que lo sepa.*⁷¹

Mientras hablábamos de la soberanía de Dios en la salvación (por qué algunos se salvan y otros no), Sproul admitió una vez más sus limitaciones:

*La única respuesta que puedo dar a esta pregunta es que no lo sé. No tengo ni idea de por qué Dios salva a unos y a otros no. No dudo ni por un instante que Dios tiene poder para salvar a todos, pero sé que opta por no salvarlos. No sé por qué.*⁷²

Debemos seguir el ejemplo de R. C. Sproul. Nuestras congregaciones necesitan observar en nosotros ese mismo tipo de honestidad. Admitir la derrota intelectual ante los grandes misterios de Dios no reducirá el respeto que sienten nuestros hermanos por nosotros, sino que aumentará su reverencia hacia Dios. Fomenta una humildad colectiva. En esos momentos, taparnos la boca con las manos, como hizo Job, es una teología realmente buena. Esto no sugiere que no existan respuestas razonables para preguntas difíciles, sino que cierto grado de misterio es saludable. Un “No lo sé” bien colocado de vez en cuando transmite más de lo que imaginamos.

Formúlese esta pregunta: ¿Dónde está el drama?

Pasamos por muchas experiencias que nos dejan boquiabiertos. No solo las más evidentes, sino también otras más sutiles. Pasamos por altas oportunidades de deslumbrar a nuestros oyentes con su Dios. No detectamos el movimiento teológico en el pasaje ni atraemos a nuestros hermanos hacia la grandeza de Dios. A veces nos apresuramos demasiado y queremos llegar cuanto antes a “la aplicación”. Pasamos corriendo junto a verdades que nos piden que nos detengamos y meditemos en ellas. A veces, nuestra sistemática no está bien refinada. Nuestra falta de consciencia permite que se nos escapen los vínculos.

R. C. ha pasado la mayor parte de su vida enseñando teología sistemática. Durante los últimos diez años, ha practicado la exposición consecutiva. Esto plantea una pregunta legítima y que se formula a menudo. ¿Qué papel debería

jugar la teología en nuestra exégesis? ¿En qué fase debe entrar? Está claro que la exégesis precede a la sistemática; es el orden natural de las cosas. Pero una parte de nuestra responsabilidad como exegetas es evidenciar los vínculos teológicos. Forma parte de la defensa de la Verdad y de la iluminación de nuestros hermanos. Por eso R. C. demuestra ser un ejemplo tan bueno. Todos esos años como profesor de teología le permiten detectar la Verdad en los pasajes que analiza.

Pero la pregunta sigue ahí: ¿cómo conseguir que la teología del pasaje cobre vida sin violar la prioridad de la exégesis? ¿Cuál es la respuesta de R. C.? Busque el drama. Como afirmó: “En todo pasaje hay dramatismo”. Es decir, que hay un contexto, unas circunstancias y una intención que envuelven el pasaje. Los pasajes que estudiamos para predicar sobre ellos fueron escritos para personas reales en circunstancias reales.

Independientemente del género, cada pasaje fue escrito en una situación determinada para abordar una necesidad concreta, transmitir una lección específica o capturar un momento particular de la providencia divina. Hay tantísimos elementos dramáticos en cada pasaje de las Escrituras que usted no podría agotarlas ni en diez sermones, y mucho menos en uno. Como señala R. C.: “En un solo día de su vida hay dramatismo suficiente como para escribir una novela de quinientas páginas. Todo depende de la atención que preste”. Nuestra labor consiste en prestar atención durante nuestro estudio.

A menudo estamos tan inmersos en los detalles de la exégesis que no nos damos cuenta de cuál es la idea que nos transmite el escritor bíblico. Un problema frecuente para los expositores es que no ven el bosque porque mantienen la vista fija en los troncos de los árboles. Este tipo de miopía afecta mucho a la presentación. No logramos ver los detalles que excavamos a tres metros desde la perspectiva de diez mil. No detectamos el tema bíblico global, el argumento que dota de cohesión a los detalles. Las partes de un sermón son como las piezas de una bicicleta desmontada: interesantes, pero inútiles. Ahí es donde a la gente le cuesta seguirnos. Ese contexto mayor (o drama) es como la foto de la bicicleta impresa en la caja en la que venía. Nos ayuda a tener a la vista el producto final.

Chip y Dan Heath establecen esta misma idea en un libro muy útil, *Ideas que pegan*. Cuentan la historia de un escritor de éxito que aprendió la lección de prestar atención a las cosas en un momento muy temprano de su vida, durante una clase de periodismo en la escuela secundaria. Un día, el profesor pidió a los alumnos que escribieran un titular periodístico basándose en algunos detalles concretos que les dio en clase. El trabajo de los estudiantes consistía en examinar

esos detalles y luego condensar su énfasis principal en una frase sucinta. Estos dos autores nos cuentan qué pasó:

*El profesor les expuso los hechos: “Kenneth L. Parker, director de la Beverly Hills High School, ha anunciado hoy que toda la facultad de la escuela viajará a Sacramento el próximo jueves para asistir a un coloquio sobre nuevos métodos docentes. Entre los oradores figuran la antropóloga Margaret Mead, el presidente del instituto Dr. Robert Maynard Hutchins y el gobernador de California, Edmund ‘Pat’ Brown”.*⁷³

Los resultados fueron los previsibles; los alumnos escribieron versiones de “El gobernador Pat Brown, Margaret Mead y Robert Maynard Hutchins hablarán a la facultad del Beverly Hills High School el próximo jueves en Sacramento... bla, bla, bla”.⁷⁴

Después de que el profesor leyera los titulares, sorprendió a todo el mundo declarando: “La historia central es «El próximo jueves no hay clase»”.⁷⁵ El impacto fue imborrable:

*Fue un momento sobrecogedor... En aquel instante me di cuenta de que el periodismo no consistía solamente en regurgitar los datos, sino en encontrar la idea subyacente. No bastaba con saber el quién, qué, cuándo y dónde; había que entender qué significaba. Y por qué era importante.*⁷⁶

Como estamos tratando realidades divinas y la era omnipresente de la providencia y de la gracia de Dios, cada detalle nos lleva a una realidad inenarrable. No solo hablamos del “quién, qué, cuándo y dónde” periodísticos, sino también del *porqué*. Y lo que nos interesa es ese *por qué*. El contexto de un pasaje concreto ofrece la oportunidad de demostrar la importancia de una doctrina dada.

Tal y como apunta un autor, esto suscita para algunos unas preguntas *hermenéuticas* y *epistemológicas* importantes.⁷⁷ Pero si asumimos que Dios pretendía transmitir un mensaje a un público determinado y que éste fue capaz de entenderlo, entonces también nosotros, por medio del estudio diligente, deberíamos *casi* llegar a ese mismo significado y a ese mensaje.

Reflexionemos sobre el episodio en que Jesús sana al paralítico en Lucas 5:17-26. He sufrido interrupciones mientras predico: un bebé que llora, un

teléfono móvil, pero no hay nada más perturbador que un paralítico circense. Imagine que está en su casa impartiendo un estudio bíblico y escucha que alguien camina por el tejado; de repente, entra un rayo de luz exterior a través de una chimenea provisional. Desde el agujero polvoriento del tejado desciende un hombre paralítico tumbado en una camilla. No pensemos que fue un descenso sincronizado, como el que veríamos en una película de Hollywood. Sin duda bajó dando sacudidas hasta descansar sobre el suelo, colgado como una marioneta, a los pies de Jesús. Sería imposible pasar por alto algo así: sermón interrumpido.

Puedo imaginar la escena justo antes de ese momento. El hombre indefenso transportado a toda prisa por toda la ciudad a bordo de una ambulancia rudimentaria hecha de brazos y manos. “Por favor, ¿pueden llevarme a Jesús?”. Y allá que van, corriendo por las calles, llevando entre todos a su amigo. ¿Por qué el tejado? Cuestión de espacio. Solo para escuchar a Jesús la habitación estaba repleta de gente. Al llegar, el paralítico escucha una noticia desalentadora: “Lo siento, amigo, está todo lleno. No hay forma de entrar ahí. Quizá la próxima vez”. Veo el desespero en su mirada cuando suplica: “¡Si me aprecian, conseguirán que entre para ver a Jesús!”. Oyendo esto, suben a la azotea y caminan por aquel tejado del siglo primero, poco resistente. Alzan a su amigo y lo arrastran hasta el punto bajo el cual se oye la voz de Jesús. Empiezan a “excavar” retirando el cañizo como si les fuera la vida en ello.

Es una escena realmente impactante. Es una historia que se puede predicar. Sin embargo, la mayoría de las veces en que la he oído en un sermón, el predicador no ha acertado la idea central del episodio. Normalmente, los sermones que he oído hablaban de la importancia de la amistad o del aspecto que tiene el servicio entregado. En otras palabras, a base de moralina, condenamos al olvido la historia central. Sin duda, aquellos amigos eran fieles. Incluso Jesús reconoce su fe. Pero la idea no es la fe *de ellos*. El objeto de su fe es el mensaje. La idea crucial, *el dramatismo*, radica en la conversación inusual que mantiene el paralítico con Jesús. Vuelva a leerla, y entenderá lo que quiero decir.

Cuando se presenta a los pies de Jesús, el lector espera que el Señor le diga: “Levántate y anda”. Acaban de colocar a un paralítico a sus pies, de una forma impactante. Él ha sanado a miles de personas. El evangelio nos condiciona a que también en esta ocasión esperemos el mismo resultado. También asumimos que el mayor interés de aquel joven es su estado físico. Si no, ¿por qué habría acudido? ¿No sería ese nuestro mayor interés? La respuesta de Jesús demuestra que tales hipótesis son erróneas.

Jesús le dice: “Amigo, tus pecados te son perdonados”. Es algo inesperado.

Si se saca del contexto, puede parecer cruel. Pero Jesús sabe qué hay en el corazón de aquel hombre. El contexto también lo demuestra (5:22). Según la declaración de Jesús, solo podemos llegar a la conclusión de que la verdadera preocupación de aquel hombre no era su parálisis, sino su condición delante de Dios. Dado el énfasis que ponía su cultura sobre la retribución, es posible que creyera que su estado era una especie de juicio divino. Es decir, su parálisis era una demostración de que Dios no le miraba con buenos ojos.

Como no tenía capacidad física para participar en la ceremonia o cumplir los requisitos de la religión de Israel, aquel hombre padecía unas intensas dudas. Estaría lastrado (más que la mayoría) por la angustia peculiar del moralismo. Estaba indefenso, carecía de méritos, de trabajo, de obras, de credenciales. Solo podía poner su confianza en Cristo. Lo único que tenía era fe. ¡Qué lugar más hermoso para estar!

En otras palabras, ese hombre es una imagen perfecta de la *Sola Fide*: la justificación por la fe sola. Y esta es la idea central (5:24). Esto lo demuestra la respuesta del líder. De inmediato objetan: “¿Quién es este hombre que blasfema? ¿Quién puede perdonar pecados, sino Dios solo?”. Cabe hacer dos observaciones. Primero, no tenían idea de quién era Jesús de verdad, el propio Dios. Irónicamente, ellos responden sin querer a su propia pregunta. Segundo, la idea de la justificación inmediata abrió un agujero en su paradigma. Era un concepto que les resultaba imposible asimilar. ¿Quién podría ser justificado en un instante? ¿Qué pasaba con las obras? ¿Y con los méritos de la persona? ¡No podía ser tan sencillo! Como le pasó a Nicodemo, que formuló la misma pregunta durante su conversación nocturna con Jesús: “¿Y qué pasa con todo lo que he hecho?”.

Para poner a los líderes en su sitio y demostrar tanto su deidad como su autoridad, Jesús sana instantáneamente a aquel hombre de su parálisis. Literalmente, el hombre se pone en pie (con su antigua prisión bajo el brazo) y sale caminando entre el mar de personas. Esta vez, el ruido de pasos en el tejado se desplaza hasta el borde de la pared. Allí, sobre el dintel de la puerta, se ven los rostros de sus amigos, que contemplan la escena con ojos como platos. Nada de meses de rehabilitación, ni estiramientos, ni entrenamiento de resistencia. El perdón se salta el protocolo. Allí, en esa casa donde se apretujaban moralistas sobrecargados (con brazos y piernas sanos), el paralítico es el único que sale por su propio pie. Lo cual quiere decir que no debemos perdernos el verdadero milagro: el *perdón*.

Imagino a la familia de aquel hombre cuando cruza la puerta delantera de su

hogar, quizá por primera vez en su vida. Bueno, sinceramente, no puedo imaginar cómo debe ser eso. “Atónito” no es un adjetivo que consiga definirlo. Lucas dice que las personas estaban “sobrecogidas de asombro y glorificaban a Dios”. Es un caos entusiasta. Cuando al final la gente se calma, el ex paralítico dice a su familia boquiabierta: “¡No se van a creer lo que me ha pasado hoy!”. Ellos se echan a reír, pensando que intenta hacerse el gracioso, pero él habla en serio. Luego añade: “Han perdonado mis pecados. Y ustedes también pueden ser perdonados”. Eso es dramatismo.

58. Renewing the Mind Ministries, “Ministry Purpose”, One Place, http://www.oneplace.com/Ministries/Renewing_Your_Mind (consultada en mayo de 2009).

59. Sproul, entrevista.

60. *Ibíd.*

61. *Ibíd.*

62. *Ibíd.*

63. *Ibíd.*

64. *Ibíd.*

65. Robert Smith Jr., *Doctrine That Dances*, p. 73.

66. Sproul, entrevista.

67. *Ibíd.*

68. *Ibíd.*

69. *Ibíd.*

70. *Ibíd.*

71. R. C. Sproul, *Chosen by God* (Wheaton: Tyndale, 1986), p. 31.

72. *Ibíd.*, p. 37.

73. Heath and Heath, *Made to Stick*, p. 75.

74. *Ibíd.*, p. 75.

75. *Ibíd.*, p. 76.

76. *Ibíd.*

77. Kevin J. Vanhoozer, *Is There Meaning In This Text?: The Bible, the Reader, and the Morality of Literary Knowledge* (Grand Rapids: Zondervan, 1998).



Capítulo 4

La pasión y el soso guiando al soso

Si usted no tiene la capacidad de explicar el concepto a un niño de seis años, entonces es que usted mismo no lo entiende. En otras palabras, simplificar sin distorsionar exige una comprensión muy profunda del contenido que expone. De manera que, si usted lo entiende, lo podrá comunicar. Si no lo entiende, solo podrá transferir a la siguiente generación la información contenida en su bloc de notas.

—R. C. SPROUL

Aburrir a la gente es pecado.⁷⁸

—R. C. SPROUL

Si me preguntaran qué rasgo de un ministro cristiano es el más esencial para garantizar el éxito a la hora de ganar almas para Cristo, yo respondería que la “sinceridad”. Si me lo preguntasen una segunda o una tercera vez, no cambiaría la respuesta, porque la observación personal me lleva a la conclusión de que, por regla general, el verdadero éxito es proporcional a la sinceridad del predicador. Tanto los grandes hombres como los pequeños tienen éxito si están realmente vivos para Dios, y fracasan si no lo están.⁷⁹

—CHARLES HADDON SPURGEON

La altura a la que debería llegar todo sermón

Aún recuerdo el momento en que mi profesor de historia (decano del departamento) deslizó su silla de madera hasta que tocó su mesa, parecida a un arcón. El sonido que hizo la madera al rozar el suelo de baldosas sobresaltó a toda la clase. Unos cuantos se despertaron. Todos levantamos la cabeza a la vez. Observamos, sorprendidos, cómo aquel erudito sureño, tan refinado, se subía a aquel escenario improvisado. ¿Cuál era el tema de la clase? Los mártires del reinado de María la Sanguinaria (María I de Inglaterra). Casi trescientos pastores, líderes y creyentes fieles perdieron sus vidas a manos de aquella reina cruel. Algunos padecieron una muerte espantosa. Sus vidas y sus muertes han constituido una fuente permanente de inspiración para la Iglesia. Pero es fácil admirar el valor de un mártir cuando estamos seguros de que su sangre nunca nos salpicará.

La intención de nuestro profesor fue ponernos a tiro.

Vistos de cerca, los evangélicos contemporáneos están menos inclinados al desmayo. La mayoría de nosotros se escandalizaría si conociéramos la verdad sobre sus muertes, así como por qué estaban dispuestos a ser quemados vivos. ¿La respuesta corta? *Palabras*. Objetaban a cualquier explicación o paráfrasis que afirmara la “presencia real” de Cristo en los elementos de la Cena del Señor. En la práctica, rehusaban admitir la eficacia de la misa católica, como exigía la reina María. Para decirlo claramente, fueron apresados y asesinados por un “detalle técnico”.

Muchos considerarían que eso es un desperdicio trágico. Una riña insignificante entre adversarios empecinados, incluso estúpidos. ¿Qué diferencia hay entre que una persona confiese una presencia real en la Mesa y que no lo haga? Después de todo, solo son palabras. ¿Es que no son prácticamente las mismas ideas expresadas de maneras distintas? ¿Por qué no limitarse a pronunciarlas? Pero afirmaciones como esta son ingenuas y peligrosas. Es la misma respuesta que podrían darnos aquellos que no tienen nada por lo que morir. Como lo expresaba J. C. Ryle:

*Ahora bien, ¿tenían razón los reformadores ingleses al ser tan rígidos e inflexibles en esta cuestión de la presencia real? ¿Era un punto de una importancia tan vital que estaban justificados al morir antes que aceptarlo? Sospecho que estas preguntas plantean una gran confusión a muchas mentes irreflexivas. Temo que lo único que pueden detectar esas mentes en esta controversia sobre la presencia real es... un conflicto lingüístico.*⁸⁰

Pero, ¿de verdad es un “conflicto lingüístico” si esas palabras constituyen el todo y la diferencia entre un evangelio condenatorio falso y basado en el mérito y el verdadero evangelio de la gracia de Dios? Haríamos bien en recordar que un “detalle técnico” es lo que hallamos en el meollo del evangelio. Pablo lo llamó la “verdad” dentro del evangelio, que lo distingue de cualquier otra religión:

Y esto a pesar de los falsos hermanos introducidos a escondidas, que entraban para espiar nuestra libertad que tenemos en Cristo Jesús, para reducirnos a esclavitud, a los cuales ni por un momento accedimos a someternos, para que la verdad del evangelio permaneciese con vosotros. (Gá. 2:4-5)

Como siguió explicando Ryle, capitular sobre este punto de cualquier manera equivale a negar el evangelio: "...si se lleva hasta sus consecuencias legítimas, oscurece toda doctrina principal del evangelio, y perjudica e interfiere con todo el sistema de la verdad cristiana...".⁸¹

Digamos simplemente que a mi profesor le importaban las palabras. Le preocupaban los *detalles* de la verdad, hasta el punto de que estaba dispuesto a renunciar a su dignidad para demostrar la importancia que tenía aquella. Pero lo que le impulsaba no era tanto el tema como nuestra indiferencia hacia él. Estaba claramente perturbado; desde lo alto de la mesa nos desafió. Con las manos atadas sobre la cabeza por una cuerda invisible, de puntillas, nos demostró el efecto de ser "colgado, estirado y descuartizado". Yo nunca había prestado mucha atención a esa expresión. Ahora, sí. Empezó diciendo: "Muchos de los mártires fueron colgados y atados a postes. Les obligaban a ingerir mucha cantidad de agua". Señalando el nudo de su corbata con una mano, siguió diciendo:

Cuando por fin se habían distendido sus vientres, mientras aún estaban entre las llamas, los abrían en canal. Sus entrañas se asaban en una sartén justo delante de ellos. En determinado momento, ataban sus intestinos a la brida de un caballo. Cuando el verdugo daba la orden, se azotaba al caballo para que corriese. El efecto era devastador. Justo antes de que muriera, el verdugo empalaba a la víctima, concluyendo por fin el tormento. Entonces sus restos eran cortados en pedazos (descuartizados) y quemados.

Cruzamos miradas de terror por toda la clase. Las manos sobre las bocas, lágrimas en los ojos. Las criaturas más aletargadas de este mundo (los estudiantes universitarios) se habían conmovido. Entonces gritó: "¡Traed madera, muchachos! ¿Quién está dispuesto a morir?".

Cuando acabó, su postura en lo alto de la mesa tenía mucho sentido. El tema era digno de la *altura*. Yo lo entendí, y todos los demás también. Las *palabras* importan. Algunas merecen morir por ellas; no las dé por hecho. El profesor se bajó, puso la silla en su lugar y dijo: "Se acabó la clase". Satisfecho de haber ejecutado nuestra ingenuidad, se marchó. Fue la clase más eficaz de toda mi carrera estudiantil, desde el parvulario a la universidad. Nunca había visto una pasión tan sincera empleada con semejante efecto, ni siquiera desde detrás del púlpito, ni la he vuelto a ver hasta hoy.

En todos mis años como estudiante, ningún otro profesor se había subido a una

mesa. Estoy seguro de que el mis calificaciones hubieran sido mucho más altas si alguno lo hubiera hecho. La pasión es poderosa. Esto es especialmente cierto en la predicación bíblica. Esta dice lo que no pueden expresar las palabras, y refuerza las que pronunciamos. La pasión ofrece al oyente la oportunidad de sentir el impacto de la verdad. La sinceridad apasionada lleva a la Iglesia hasta los fuegos del infierno, a las manchas de sangre en la cruz, al eco de la tumba vacía. Como dijo alguien: “convierte en ojos los oídos del hombre”.

Una crítica frecuente de la predicación bíblica es su falta de disposición para “subirse a una mesa”. Carece de altitud. Pero la ausencia de vida carece de sentido a la luz de la realidad del método expositivo: ponerse cara a cara con la mente de Dios en su Palabra. Nuestra vida está llena de momentos “sobre la mesa”, descubrimientos anonadantes y sorprendentes. Al menos, debería estarlo. La exposición y la pasión no son realidades mutuamente excluyentes. Una es consecuencia de la otra. Los expositores deberían ser los primeros en subirse a una mesa, no solo para conseguir un efecto, sino porque el tema es digno de cierta altura. Si fueran más quienes lo hicieran, un mayor número de nuestros hermanos captaría la idea. Puede que algunos hasta se despertarían y todo.

Cinturones y zapatos blancos

Soy consciente de que al hablar de este tema es lógico sentir un cierto escepticismo. No toda manifestación emocional tras el púlpito puede considerarse una pasión animada por el Espíritu. Existe un tipo de pasión manifestado en la predicación que es más propio del teatro. Su ritmo cantarín suena artificial. Es más una actuación que una predicación. En algún punto del margen de los apuntes está escrito: “Aquí, levantar la mano”. Cuando lo oigo, tiendo a poner los ojos en blanco.

Hay otra pasión en la predicación que encaja mejor en un tribunal. Alguien, en algún lugar, está sometido a interrogatorio. Es estridente, agresiva y penetrante. En algún punto de los apuntes está escrito: “Grita aquí... y aquí... y aquí”. Cuando lo oigo, tiendo a rechazarlo.

Hay todavía otro tipo de pasión en la predicación que es propio del programa de *Oprah*. Es un estilo suave, seductor y reforzado por la iluminación y el vestuario. Es más una conversación afable que una predicación. En algún punto de los apuntes está escrito: “Aquí tienes que parecer sincero. Aquí, sofisticado”. Por algún motivo, cuando lo oigo siento la necesidad de tomar café con leche.

Es más una conversación afable que una predicación. En algún punto de los

apuntes está escrito: “Aquí tienes que parecer sincero. Aquí, sofisticado”.

Por ahí fuera ronda otra especie, que son los impostores más fáciles de detectar. A pesar de su tono, ninguno de ellos representa necesariamente una pasión real. A menudo no son más que instrumentos estrictamente retóricos; lo que tienen en común es la *falta de sinceridad*. Da igual la forma: cuando la pasión de un predicador carece de sinceridad, usted se siente como si hubiera entrado en un concesionario de vehículos usados. Es insultante. El “discurso persuasivo” es tendencioso y peligroso cuando la cruz no está presente. Pablo advirtió sobre una pasión vestida con cinturones y zapatos blancos.

Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos. Antes bien renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino por la manifestación de la verdad recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios. (2 Co. 4:1-2)

Por otro lado, cuando se encuentran la pasión y la sinceridad (cuando la convicción genuina da como resultado un llamado apasionado), el estilo es lo de menos. Da lo mismo si el predicador es dramático, estridente o conversacional. Usted le cree. La pasión es algo más que volumen; la pasión es la sinceridad evidente de la convicción, amplificada mediante los dones, la disposición y las características del predicador. Spurgeon lo llamaba *sinceridad*, y lo consideraba el elemento más importante del estilo de cualquier predicador. Su evaluación es impactante: “...la observación personal me lleva a la conclusión de que, por regla general, el verdadero éxito es proporcional a la sinceridad del predicador. Tanto los grandes hombres como los pequeños tienen éxito si están realmente vivos para Dios, y fracasan si no lo están”.⁸²

La sinceridad es una característica evidente en la predicación. Cuando no subo al púlpito un domingo determinado, lo ocupa un miembro del personal o un invitado. Cuando vuelvo, su sermón no es lo primero que oigo. Tampoco es lo primero que procuro oír. Lo que busco (y oigo) es el impacto de su sermón en la reacción de la gente. Los sermones que son *sinceros* dejan los ecos más perdurables. Conozco un poco la calidad del sermón antes de haberlo escuchado.

Obviamente, nunca he escuchado predicar a George Whitefield, pero todavía oigo sus sermones. Percibo su eco cientos de años después. Es uno de los predicadores más sinceros de la historia. Tanto, que sus contemporáneos lo

criticaron tachándolo de “entusiasta”. Es una crítica que él aceptaba sin problemas, pero que muchos otros expositores no corren el riesgo de recibir. Uno de los biógrafos de Whitefield explicaba esta cualidad:

*Otra característica principal de la predicación de Whitefield era su tremenda sinceridad. Un hombre pobre y carente de estudios dijo de él que “predicaba como un león”. Consiguió demostrar a las personas que al menos él creía lo que decía, y que su corazón, su alma, su mente y sus fuerzas estaban dedicados a hacérselo creer también a ellos. Sus sermones no eran como los cañonazos matutinos y vespertinos en Portsmouth, una especie de salvas formales, que se disparan por rutina, que no molestan a nadie. Eran todo vida y fuego. No había manera de soslayarlos.*⁸³

En otras palabras, lo que *llega* hasta la gente de la última fila no es el volumen. Es la gravedad; la sinceridad atrae a la última fila hasta la primera. Es atrayente; capta su atención, suena como suena. Si el predicador hace una pausa dramática, usted contiene el aliento. Si grita con todas sus fuerzas, usted apenas se da cuenta. Si susurra, es como si hubiera vociferado. La pasión sincera tiene poder, tanto si está sentada como de pie en una mesa. Y el motivo es sólido: procede del corazón, no del margen de unos apuntes.

La emoción y la animación no constituyen necesariamente la pasión. Esta es una idea que debemos comprender, sobre todo aquellos predicadores que pudieran considerarse menos dinámicos, o aquellos miembros de la congregación que tienen expectativas poco realistas de su predicador. Lo que forma la pasión depende del hombre, el contenido del pasaje y el contexto en que se exponga el sermón.

La pasión no adopta una sola forma. Sus manifestaciones son tan dispares como los hombres llamados a predicar. Puede expresarse mediante un silencio incómodo, una explicación detallada, una risa o una lágrima. La pasión llena al predicador. Es orgánica, no artificial. La pasión sincera surge de un hombre alcanzado por el pasaje, quebrantado por la cruz, airado por su pecado, eufórico por la gracia, abandonado al evangelio, impulsado por su llamamiento y entregado con desespero a los suyos. Es un hombre que acepta al mismo tiempo una mano taladrada por un clavo y un púlpito.

La pasión es quebrantamiento. No es un hombre que desborda de confianza en un manuscrito bien construido o en una oratoria refinada. A veces se le enreda la

lengua o le cuesta encontrar las palabras. Es decir, que es humano. Mucho antes de predicar ese sermón, el predicador ha llorado, se ha regocijado, se ha lamentado y se ha arrepentido al reflexionar sobre la verdad. Por medio de su predicación, sus hermanos tienen libertad para hacer lo mismo. Su predicación es un ascenso a la cruz, versículo a versículo. Cuando le oímos, nos sentimos inducidos a seguirle.

El Dr. John Piper lleva treinta años conduciendo a la gente al Calvario, por medio de su predicación. Él, más que cualquier otro expositor de nuestra época, ha demostrado la posibilidad de combinar la erudición con la pasión. Ha ejemplificado el difícil equilibrio entre el corazón y la mente mediante el arte de la exposición.

En 1979, mientras disfrutaba de un tiempo sabático del Bethel College, tomó la decisión de abandonar el mundo académico y entrar en el pastorado. Cerca de la medianoche del 14 de octubre de 1979, escribió lo siguiente en su diario: “Hoy estoy más cerca que nunca de tomar la decisión de abandonar Bethel y dedicarme al pastorado. Es un impulso casi insoportable. Adopta esta forma: estoy encandilado por la realidad de Dios y por el poder de su Palabra para forjar personas auténticas”.⁸⁴ Según su diario, las exigencias del Señor sobre su ministerio fueron ineludibles:

*No quiero que solamente me analices, sino que me adores... No quiero que simplemente medites en Mí, sino que me proclames... Mi soberanía no es digna solo de escrutinio; debe ser proclamada... No es grano para el molino de la controversia; es el evangelio para los pecadores que saben que su única esperanza es el triunfo soberano de la gracia de Dios sobre sus voluntades rebeldes.*⁸⁵

Y por eso, John Piper entró en el ministerio y se subió a una mesa.

78. Sproul, entrevista.

79. Charles Haddon Spurgeon, *Lectures to My Students*, edición completa e íntegra (Grand Rapids: Zondervan, 1954), p. 145.

80. John Charles Ryle, *The Christian Leaders of the Last Century: Or England a Hundred Years Ago* (Moscow, Idaho: Charles Nolan, 2002), p. 58.

81. Ryle, *The Christian Leaders of the Last Century*, pp. 58-59.

82. Spurgeon, *Lectures to My Students*, p. 145.

83. Ryle, *The Christian Leaders of the Last Century*, p. 42.

84. John Piper, “30 Years Ago Today: How God Called John Piper to Become a Pastor”, The Gospel Coalition, <http://www.thegospelcoalition.org/blogs/justintaylor/2009/10/14/30/30-years-ago-today-how-god-called-john-piper-to-become-a-pastor> (consultada en febrero de 2010).

85. *Ibíd.*



John Piper

Un compromiso singular con “ambas cosas”

Alrededor de 1968, Pasadena, California. El Dr. Daniel Fuller da una clase de hermenéutica en un aula repleta del Seminario Fuller. Su enfoque analítico al método gramático histórico empezaba a rechinar para unos cuantos estudiantes. Tal y como dijo un testigo ocular, los ofendidos fueron alumnos de psicología.

Aquellos conductistas incipientes no soportaban la manera científica y académica con la que el Dr. Fuller abordaba un pasaje concreto. Fuller estaba observando la lógica de un pasaje (una conjunción determinada y su relación sintáctica con el resto del pasaje), cuando objetaron: “¡Así no es como vive la gente real! ¡Necesitamos más afecto, más emociones y experiencias!”. Cegados por el énfasis de su propia disciplina antropológica, no podían ver el vínculo entre los detalles de la exégesis y la vida real, entre la “ciencia” de la interpretación y la “experiencia” de la humanidad. Si traducimos su queja a términos modernos, sería: *¡Es aburrido e irrelevante!* ¿Dónde están las cosas buenas?

Amablemente, el Dr. Fuller dejó su libro sobre la mesa y dijo: “¿Por qué no podemos ser como Jonathan Edwards? Era un hombre que podía escribir un párrafo capaz de doblegar la mente del mayor erudito, y en el párrafo siguiente escribir de tal manera que emocionase el corazón de su abuela”.⁸⁶

Es evidente que aquella no era la primera vez que se había enfrentado a esta objeción y a su crítica implícita. Es una caracterización bastante predecible. Lo sorprendente desde nuestro punto de vista es el paralelo entre esta escena y las protestas que surgen de la iglesia contemporánea. (Cuanto más cambian las cosas, más se queda todo igual). Oímos los mismos comentarios caducados en todos los cuadrantes del evangelismo. “No satisfacemos las necesidades de personas reales”. “En la mayoría de nuestras iglesias, los sermones aburren a la gente”. “La Iglesia está perdiendo su relevancia.” Siempre es la misma crítica, de una generación a otra.

Lo cierto es que el análisis que hicieron unos estudiantes de primer año hace más de veinte años es tan ingenuo como el que nos encontramos hoy día. Está lleno de idealismo y carente de sustancia. Todos asumen la postura letal “una cosa u otra”. O bien la predicación es práctica o es bíblica. O es apasionada o es cerebral. Asumen que no puede ser ambas cosas. ¿En serio? Pues aquí, en la realidad, siempre es “ambas cosas”; es decir, siempre que sea verdaderamente

relevante. Como hemos dicho en otra parte, la relevancia más genuina es un subproducto del tipo más riguroso de estudio intelectual. Como contraste, la mayor parte de todas esas aplicaciones azucaradas que tanto gustan a la Iglesia en nuestros tiempos raras veces tiene contacto con la verdadera profundidad.

De vuelta a aquella aula, el Dr. Fuller respondió con un reflexivo “ambas cosas”. Respondía así a la pregunta mucho más amplia que los alumnos le planteaban subconscientemente. Son las mismas preguntas que adelanto en este capítulo: *La erudición y el celo, ¿son realidades mutuamente excluyentes? ¿Podemos pensar técnicamente en un pasaje y aún así predicar con pasión?*

La respuesta de Fuller a este dilema tan antiguo fue brillante: *Jonathan Edwards*. La vida y obra de Edwards demuestran la relación indestructible entre la erudición y la adoración, la exégesis y la pasión, la teoría y la aplicación. No son disciplinas excluyentes de ninguna manera. Forman parte de un todo; la una es el resultado natural de la otra.

Por la gracia y la providencia de Dios, un joven estudiante de primer año de universidad llamado John Stephen Piper estaba en aquella aula y fue testigo de aquella conversación. Como tantos antes y después de él, había intentado responder a aquella pregunta en su propia vida. Tal como lo describe ahora: “Me preguntaba si de verdad era posible argumentar con una lógica afilada como un cuchillo y, al mismo tiempo, dejarse anonadar por lo que uno ve; que aquello que comprende a fondo le impulse a orar, cantar y dar saltos”.⁸⁷

La respuesta del Dr. Fuller inició una fase de profunda claridad en la vida de John Piper. En aquel momento, escuchó por primera vez una descripción de lo que deseaba para su propia vida: “*ambas cosas*”. En su fuero interno declaró: “¡Eso es lo que quiero ser!”.⁸⁸ La historia ha demostrado que eso es lo que ha llegado a ser.

El joven John Piper se dirigió a la biblioteca y empezó a replantearse el objetivo de sus estudios y a deconstruir su opinión de Edwards, propia de un estudiante novel. Hasta aquel momento, había sentido la carga de una opinión estereotipada sobre aquel gran predicador, surgida de sus clases de literatura en la escuela secundaria. A Edwards lo consideran un profeta furioso. Su contribución monumental a la literatura norteamericana, *Pecadores en manos de un Dios airado*, se consideraba uno de los máximos exponentes de la técnica de insuflar miedo en el oyente. El Edwards que Piper llegó a conocer era muy distinto. Como el Dr. Piper escribió en otro momento: “Identificar a Edwards con «Pecadores en manos de un Dios airado» es como identificar a Jesús con los ayes contra Corazín y Betsaida. Es una fracción del todo, y no es su mayor éxito”.⁸⁹

Tal y como descubriría John Piper, el principal éxito de Edwards no fue provocar miedo, sino temor reverente. Fue el equilibrio perfecto entre erudición y afecto. Cuanto más comprometidas están las personas con el estudio de Dios por medio de su Palabra, más sinceras son cuando le adoran. Una cosa es consecuencia de la otra. ¿Es de extrañar que uno de los mayores teólogos en la historia de la Iglesia, que poseía un intelecto incomparable, sea conocido al mismo tiempo por la gran profundidad de su experiencia religiosa? Esta combinación única fue la marca distintiva de la vida de Edwards:

*Por un lado, Edwards quería defender el lugar genuino y necesario que tienen las emociones en la experiencia religiosa. Por otro, estaba totalmente entregado a la verdad objetiva, y quería que toda emoción estuviese enraizada en una verdadera asimilación de la realidad, y que fuese esta la que la conformase.*⁹⁰

Tal y como lo expresó el propio Edwards: “Debo pensar que mi deber es elevar los afectos de mis oyentes hasta el punto más alto que me sea dado, siempre que la verdad sea lo único que les afecte, y con unos afectos que no desentonen de la naturaleza de aquello que les afecta”.⁹¹

La prueba viviente de “ambas cosas”

Todo aquel que conozca a John Piper sabrá de su vínculo único con Edwards. Aparte de la Biblia, las obras de Edwards han sido una influencia dominante en la vida de Piper. Según él, su ministerio, su predicación y sus obras son un desarrollo de la visión de Edwards. Una de las obras más notables de Piper, *Sed de Dios*, es una traducción a un lenguaje coloquial de la propia obra maestra de Edwards, *The End for Which God Created the World* [¿Por qué creó Dios el mundo?]. Son incontables los creyentes que se han visto impactados por la destilación que hace Piper del postulado de Edwards: “*Cuando Dios más se glorifica en nosotros es cuando más satisfechos estamos en Él*”.

La mayor parte de la obra de Piper, independientemente de sus temas, es una extensión de esta convicción fundamental. No es un secreto que ha escrito el mismo libro una docena de veces mediante la superimposición de esta visión teocéntrica a cualquier tema, desde las misiones mundiales al sentido de la vida. Esto no es una crítica, ni mucho menos. He comprado y leído cada uno de esos libros. Su paradigma ha sido una bendición incalculable para la Iglesia, en cualquiera de las formas que haya adoptado.

En la vida de John ha habido otras influencias que le ayudaron a demostrar la

posibilidad y la legitimidad del equilibrio entre erudición y celo. Una de esas influencias fue su padre, un hombre cuyo amor por Dios dejó una huella indeleble en su hijo. “Mi padre no era un intelectual, pero amaba a Dios, y sembraba la semilla del entusiasmo por la gloria de Dios”.⁹² Otra influencia importante, citada a menudo en la formación de Piper, fue C. S. Lewis. Siendo alumno en Wheaton, oyó que describían a Lewis como “un racionalista romántico”. Esa descripción caló hondo en John. Explicó lo que eso llegó a significar en su propia vida:

*Me demostró y me convenció de que la lógica rigurosa, precisa, penetrante, no está opuesta a un sentimiento profundo, que conmueve el alma, y a una imaginación vívida, despierta, incluso juguetona. Era un “racionalista romántico”. Combinaba cosas que casi todo el mundo de hoy día asume que son mutuamente excluyentes: el racionalismo y la poesía, la lógica fría y la emoción cálida, la prosa disciplinada y la imaginación libre. Al destruir esos antiguos estereotipos, me liberó para reflexionar intensamente y escribir poesía, para defender la resurrección y componer himnos para Cristo, para derrumbar un argumento y abrazar a un amigo, para exigir una definición y usar una metáfora.*⁹³

Sin embargo, Edwards, más que cualquier otra persona, fue para él la confirmación de que el pensamiento analítico y la devoción apasionada no son realidades mutuamente excluyentes. Es importante entender esto cuando pensamos en el impacto que tuvieron la predicación y las obras de John Piper. John no estaba en aquella biblioteca buscando la erudición o la experiencia de Edwards. Lo que buscaba era la unión de ambas.

John Piper se enfrentó al mismo problema que encuentran muchos expositores comprometidos: cómo abordar el texto desde una erudición rigurosa y adornarlo con una sinceridad genuina al subir al púlpito. Para Piper, Edwards fue la prueba de que era posible tal unión. Para una nueva generación de predicadores (y congregantes), Piper es la prueba viviente de la misma realidad.

El gran atractivo de John se puede vincular con este rasgo propio de su ministerio. Atrae a carismáticos moderados, al joven movimiento reformado, a los emergentes del movimiento que persigue la justicia social, a fundamentalistas y a académicos. Quienes batallan contra la fría dureza del mundo académico encuentran en él un amigo perspicaz y cálido. Aquellos a quienes han decepcionado los vagabundeos de la espiritualidad popular y el misticismo

cristiano encuentran en él a un obrero cuidadoso y decidido. Para los primeros, demuestra el mérito de la precisión bíblica. Para los segundos, su conocimiento académico aviva las llamas de un amor oscilante.

Como les pasa a tantos otros predicadores jóvenes, John Piper jugó un papel en un momento de claridad parecido en mi propio ministerio. Para incontables predicadores, Piper ha verificado, casi en todas las facetas de su vida, un principio sencillo: la erudición y la adoración no solo pueden relacionarse, sino que están inevitablemente vinculadas. Su propia homilética queda definida por esta búsqueda:

*Sólo quiero ayudar a las personas a que Dios las sorprenda, las anonade, que las llene de asombro. Al mismo tiempo, mi visión tiene una dimensión muy teocéntrica y afectiva. No es una emoción centrada en mí, en el momento o en la música. Es una emoción centrada en un verdadero objetivo, la visión de Dios clara y bien cimentada en la Biblia.*⁹⁴

O, tal como explica en su libro imperecedero *La supremacía de Dios en la predicación*: “El gran propósito del predicador es restaurar el trono y el dominio de Dios en las almas de los hombres”.⁹⁵

¿Qué mejor ejemplo existe hoy del equilibrio de Edwards que el Dr. John Piper? Es capaz de escribir tanto una respuesta intensamente analítica y exegéticamente sólida a una controversia moderna⁹⁶ como una meditación sobre los beneficios de la muerte de Cristo.⁹⁷ Le admiramos tanto por su intelecto como por su devoción. Sus obras se publican a la vez en dos categorías, “vida cristiana” y “estudios académicos”. Él es *ambas cosas*.

“¡Emoción!” Bueno, ya lo he dicho. Ahora, lo explicaré.

“Emoción”. Es un término malsonante para muchos exegetas. Es muy sospechoso. Cuando lo oímos, pensamos en *superficial*. La emoción en el púlpito nos hace sentir incómodos. Yo me crié en una denominación donde el aumento de volumen significaba, normalmente, una merma del contenido. Aún me pone nervioso. Sinceramente, los arrebatos de afecto de John Piper me han puesto nervioso (en ocasiones). Tal como dijo él: “A veces me dejo llevar. De vez en cuando, debo disculparme por algo que digo”.⁹⁸ Son estos episodios aislados los que nos recuerdan nuestro propio letargo.

Irónicamente, incluso mientras conversaba con John sintió la necesidad de justificar su forma de entender las emociones: “Uso la palabra ‘emoción’ en el

mejor sentido, no en uno superficial”.⁹⁹ Esto plantea una pregunta importante. ¿Cómo es que los predicadores más doctrinales sienten la necesidad de explicar la emoción? Conocemos la respuesta. Debido a los excesos, nos preocupa que una manifestación emocional desvíe la atención del objetivo principal de la exposición: arrojar luz sobre la Biblia. Es una inquietud válida. En muchas iglesias en las que se enfatiza la emoción durante la alabanza, su presencia tiene poco o nada que ver con una respuesta significativa a la verdad.

¿Qué mejor ejemplo existe hoy del equilibrio de Edwards que el Dr. John Piper?... Sus obras se publican a la vez en dos categorías, “vida cristiana” y “estudios académicos”. Él es ambas cosas.

Es contraintuitivo asociar la “emoción” con una exégesis sólida. Lo consideramos como un compromiso potencial entre la precisión y la autoridad. A menudo el escepticismo está justificado. Pero la pregunta sigue ahí: ¿existe una manifestación de pasión y de emoción en la predicación que pueda reforzar la exégesis y producir una respuesta adecuada en el público?

Esta necesidad de matizar la manifestación emocional durante la predicación es *tanto* razonable *como* contradictoria, todo a la vez. Es *razonable* debido al potencial que tienen las emociones para manipular y cortocircuitar las convicciones basadas en la Biblia. Tal y como lo expresaba Edwards, nuestras emociones no deben “desentonar de la naturaleza de aquello que les afecta”. La emoción, tanto en nuestra predicación como en nuestra reacción a ella, debe basarse en el conocimiento de la verdad. No puede ser mero sensacionalismo.

Es *contradictoria* porque no deberíamos tener por qué justificar la emoción manifestada en la predicación. ¿Cómo es posible acercarse tanto a las verdades divinas sin que nos afecten personalmente, por no mencionar que afecten nuestra forma de predicar? Lo que debe explicar la mayoría de expositores es la falta de emoción en su predicación. Podríamos fácilmente dudar que una persona haya realizado una exégesis válida de un pasaje si no vemos cómo este influye en su vida y en su predicación. La idea central es que no se trata tanto de una cuestión de estilo, sino personal.

Cuando le pregunté su opinión sobre la desvinculación entre los expositores y la pasión, la respuesta de Piper fue directa:

No creo que tengan problemas con ella porque le tienen miedo, sino porque no la sienten. Dudo que muchos predicadores sientan emociones

*y las repriman por temor a que a sus oyentes no les guste. Sencillamente, es que lo que han visto no les ha asombrado.*¹⁰⁰

Hemos demostrado esta idea cada vez que hemos “falsificado” un sermón. Puede pasar de vez en cuando (¿o solo me sucede a mí?). Son esos momentos de predicación cuando, de todos aquellos que están en la sala, nosotros mismos somos los menos convencidos de lo que estamos diciendo. Lo único que *sentimos* es una agonía. Esos sermones son una ofensa a Dios, no debido a una mala hermenéutica o a una mecánica incorrecta, sino a la ausencia de sinceridad. Sencillamente, en un nivel muy personal no creemos ni sentimos lo que decimos. A pesar de todas las veces que hemos subrayado el tema de la precisión en la interpretación, raras veces exigimos lo mismo por lo que respecta a la precisión en la conducta. Debe existir una “naturaleza acorde con nuestros afectos”. Para llamarlo exposición, la verdad debe haber impactado en cierto grado en nuestras vidas, ¿no?

Lo que realmente transmiten nuestros sermones

El Dr. Piper llega al punto de decir que la monotonía a la hora de predicar (incluso la más bíblica) es una forma sutil de blasfemia. Nuestra predicación puede mentir sobre Dios incluso cuando nuestras palabras representen con precisión algo que Él haya dicho. La inercia tiene la capacidad de negar las verdades que proclamamos. Él dirigió esta advertencia a los predicadores:

*Oh, hermanos, no mientan, mediante su actitud apagada, sobre el valor que tiene el evangelio. La exposición de la realidad más gloriosa es una realidad gloriosa. Si no es exultación expositiva (auténtica, de corazón), entonces dicen algo falso sobre el valor del evangelio. No diga con su rostro, con su voz o con su vida que el evangelio no es el evangelio de la gloria de Cristo, la satisfacción absoluta. Sí lo es.*¹⁰¹

No me acusan a menudo de tergiversar la verdad. Esto no quiere decir que no me equivoque nunca. Nadie puede decir eso. Siempre hay sitio para la clarificación y los ajustes. Sin embargo, muy a menudo acierto en mi interpretación y mi explicación. Pero sin darme cuenta he “mentido sobre el valor del evangelio” debido a mi actitud tras el púlpito. La verdad se puede distorsionar por el modo de expresarla.

Hubo un tiempo en que me acusaron de que mis exposiciones carecían de vida, que eran formulistas. No siempre me expresaron esa crítica a la cara, pero a

pesar de todo ahí estaba. Hablamos del tema en esos legendarios debates que se celebran en torno a la mesa del almuerzo, los domingos después del culto. Aquellos que tuvieron el valor (y el cariño) de decírmelo a la cara se esforzaban por encontrar las palabras con las que airear su frustración. Era curioso ver cómo reunían el valor suficiente para decirme que era aburrido. Yo rechazaba frecuentemente esa caricatura con refutaciones y excusas que sonaban muy piadosas. “Es que ustedes no se toman en serio la Palabra”. “El sermón no es para entretenerse”. Pero yo sabía lo que querían decir. “¡Guíanos! ¡Muéstranos qué es amar a Cristo!”. No lo decían por decir, eran personas que amaban la Palabra de Dios. Yo sabía que el problema no estaba en el estilo, sino en la devoción. La corrección no debía centrarse en ajustar la exposición, sino el corazón (2 Co. 5:12).

Aquí podemos aplicar el reto de Spurgeon: “¿Es usted un siervo de Dios o no? Si lo es, ¿cómo puede tener frío el corazón? ¿Ha sido enviado por un Salvador moribundo a proclamar su amor y recoger la recompensa de sus heridas, o no? Si es así, ¿cómo puede languidecer?”.¹⁰² La consecuencia de las preguntas de Spurgeon es devastadora. Si no nos conmueve la visión de la cruz o de la gloria de Dios, es que tenemos un problema. No hay manera de que una persona regenerada pueda ser indiferente a las realidades bíblicas.

Si nuestra predicación no tiene vida, hemos de escudriñar nuestras almas. O bien no hemos sido llamados a predicar, o hemos de arrepentirnos. Puede que estemos llamados a dar conferencias o a enseñar. Ambos son servicios importantes en el Cuerpo de Cristo, pero no son lo mismo que predicar. Es decir, que quizás usted se encuentra tras el atril equivocado. La predicación debe ser heraldo de la verdad, no solo su expositor. Después de todo, se llama predicación expositiva, no conferencia expositiva. Piper explicaba así la distinción:

Poderoso en las Escrituras, iluminado por las grandes verdades de las doctrinas de la gracia, muerto a sí mismo, dispuesto a trabajar y a padecer, indiferente al aplauso de los hombres, quebrantado para el pecado y dominado por la sensación de la grandeza, la majestad y la santidad de Dios... La predicación no es una conversación. La predicación no es una charla informal sobre temas religiosos. La predicación no es una mera enseñanza. La predicación es la promulgación de un mensaje empapado de la grandeza de Dios, su majestad y su santidad. El tema puede ser cualquiera bajo el sol, pero siempre llevado bajo la luz resplandeciente de la grandeza de Dios y de

su palabra.¹⁰³

Respecto a este mismo tema, añadió: “Pero lo que diferencia al heraldo del filósofo, del escriba y del maestro es que es el heraldo de noticias y, en nuestro caso, de unas noticias infinitamente buenas, infinitamente valiosas, las mejores noticias del mundo”.¹⁰⁴

Digamos que es usted llamado a predicar, pero su predicación es fría. Resulta difícil encontrarle el pulso a su exposición. Esto suele ser un precursor de problemas mucho más profundos que la mecánica. Su alma se ha visto apisonada por el ajetreo del ministerio. Está cansado, empujado al cinismo por el granito de la indiferencia ajena. Las verdades que un día le impulsaron ya no penetran en su corazón, mucho menos en el de sus oyentes. Ahora la predicación es una tarea insatisfactoria, que lleva a cabo mediante la presentación predecible y descolorida de ciertos datos. Teniendo grandes oportunidades para encenderse, sigue haciendo siempre lo mismo. Caer en este círculo vicioso es un peligro, no solo por lo que revela sobre el estado de nuestra alma, sino básicamente por lo que transmite sobre nuestro Dios a su pueblo, o lo que no logra comunicar sobre Él.

Hombres siempre ardientes

Como hemos admitido antes, la pasión tiene un aspecto distinto en cada predicador. Esta es una realidad que Piper admite sin dudar. De hecho, nos exhorta de la siguiente manera:

*¡Por favor, no copien a John Piper! Si intenta ser alguien que no sea usted mismo, parecerá un estúpido. La intensidad, la seriedad y la pasión son multiformes. No tiene por qué agitar los brazos o gritar como hago yo. Tiene que encontrar su propio camino. Pero si por naturaleza es usted moderado, no crea que a la hora de predicar nunca podrá manifestar pasión.*¹⁰⁵

Soy consciente de que somos humanos. Es inverosímil pensar que, cada vez que prediquemos, lo haremos desde la cima. Eso es imposible. Las mesas a las que subirse son limitadas. No hablamos de manifestaciones de emoción superficiales o insinceras, sino de una sinceridad coherente que sobrevive a los altibajos de la vida.

Al observar a aquellos predicadores que son habitualmente serios en su exposición, descubrí un rasgo común a todos ellos. Aquellos hombres más

sinceros detrás del púlpito también se toman en serio las demás áreas de su vida. No solo predicán con pasión, sino que viven con ella. Sus conversaciones habituales sobre las cosas de Dios están sazonadas con el mismo entusiasmo que detectamos en el púlpito. Escriben, oran, conversan, planifican y existen con una intensidad comparable.

Este hecho quedó demostrado en una entrevista que le hice al escritor Steve Lawson, pastor de la Christ Fellowship Baptist Church en Mobile, Alabama. Steve es conocido por “encenderse”. Gracias a su convicción, consigue arrinconar contra la pared el alma de sus oyentes.

Nos conocimos en una conferencia en la que Steve era uno de los oradores invitados. La circunstancia permitió que le observase y le entrevistara el mismo día. Entre dos de sus conferencias, nos sentamos a charlar. Físicamente él estaba muy cansado, y presentaba síntomas de gripe. Por amor, me situé todo lo lejos de él que pude y aún así poder entrevistarle. Sentado al otro lado de una mesa de conferencias, era el mismo hombre que había sido tras el púlpito unos minutos antes. Su pasión, aunque adecuada para el contexto de una entrevista, era igual de palpable que antes.

A pesar de su estado, no mucho después de que empezáramos, yo ya estaba “arrinconado”. Este efecto es consecuencia de un fuego siempre presente, no uno que se encienda en determinadas ocasiones. Como dijo una vez Spurgeon a sus alumnos, si queremos “arder” en nuestros discursos debemos “estar siempre ardiendo” en nuestras vidas.

Los predicadores pasionales como Piper y Lawson son hombres que “arden constantemente”. Sus sermones son simplemente aquellos momentos en que el fuego se manifiesta en la superficie de sus vidas. Su pasión es producto de una desesperación perpetua. Esto es lo mismo que decir que el remedio para un púlpito sin vida no es un aumento del volumen, sino del amor.

Cuando pensamos en ello, nos damos cuenta de que lo que pretendemos imitar no es el estilo de esos hombres. Es un hecho que, cuanto más apasionado es un predicador, más difícil es imitar su estilo. Su exposición es hasta cierto punto impredecible, porque los diversos pasajes y temas requieren grados de intensidad diferentes. El elemento de su estilo que nos atrae es la “sinceridad sanguínea” de su pasión. Los vemos predicar y deseamos tener un tipo de transparencia parecido al suyo.

C. J. Mahaney es un ejemplo perfecto de esta reacción. Durante mis estudios vi un video en el que él daba un sermón sobre el sufrimiento de Cristo en el huerto de Getsemaní. Antes de empezar a desgranar el pasaje, ya estaba llorando.

No quiero decir que eran lágrimas de cocodrilo, sino que estaba realmente quebrantado. Tal y como lo explicó él: “No puedo por menos que sentirme así, porque soy responsable de esa situación”. En aquel momento, su quebrantamiento era un efecto perfectamente razonable y natural resultante de su comprensión profunda del relato evangélico. En su corazón se abría camino la doctrina de la sustitución. ¿Y qué pensé yo? “¿Por qué no alcanzo el mismo grado de quebrantamiento cuando abordo los mismos pasajes?”. Su expresión no reducía la comprensión del texto ni opacaba su significado, sino que lo potenciaba. De alguna manera, su exposición formaba parte de la precisión general del sermón.

Una ceguera envidiable

Quienes predicán con una pasión sincera se ven afectados por un tipo de ceguera envidiable. Son incapaces de ver las opiniones de los hombres. Les da lo mismo lo que piensen los demás de su manifestación emocional. Como explicaba el apóstol, “porque si estamos locos, es para Dios; y si somos cuerdos, es para vosotros” (2 Co. 5:13). Al mismo tiempo, su pasión sincera no es ostentosa ni una mera fachada efectista. Cuando la vemos, no vemos al predicador. Somos tan ciegos a él como él lo es a nosotros. Vemos a Cristo a través del predicador, que es transparente. Cuando le oímos, no nos ofendemos; nos inspiramos.

La verdadera pasión arriesga la dignidad propia para exaltar a Cristo. La pasión genuina es la libertad de la inseguridad y del temor a los hombres. Es un tipo de libertad que las personas detectan en un sermón dominical, y que quieren tener en sus vidas el lunes. Piper describió este fenómeno como un olvido liberador de uno mismo:

*Sólo sé que lo que quiero es el don de poder olvidarme de mí mismo, en lo que definiría como una participación plena, una pasión completa, un celo absoluto, con lo que dice el pasaje, y con la realidad de Dios en y a través del texto. Quiero verle, conocerle, que Él me incite y me emocione; quiero decirlo con toda la eficacia que me sea posible, y que las palabras caigan donde caigan...*¹⁰⁶

La verdadera pasión arriesga la dignidad propia para exaltar a Cristo. La pasión genuina es la libertad de la inseguridad y del temor a los hombres.

Ofreció este resumen de la misma idea: “Es la liberación de la timidez. La predicación ha alcanzado su punto ideal, cuando he visto, percibido y

experimentado la grandeza de lo que descubro sobre Dios en ese texto, y me encanta”.¹⁰⁷ Los expositores no solo deberían asegurarse de que la exégesis sea exhaustiva, sino también que esté liberada. Es necesario darle alas.

¿Dónde está mi mesa?

Irónicamente, una de las inquietudes que siente Piper respecto a la pasión y al celo entre los predicadores contemporáneos no es solo la ausencia de estos. También le preocupa su presencia. Básicamente, le inquieta que haya tantos predicadores que, a menudo, se emocionan por cosas equivocadas. La Biblia nos aburre, y la planificación estratégica del ministerio nos divierte. Es una observación justa, teniendo en cuenta el énfasis de la iglesia moderna. Sinceramente, ¿cuánto tiempo pasamos en nuestras reuniones de personal o en debates con los ancianos exponiendo y defendiendo enérgicamente la verdad bíblica? ¿Con qué frecuencia sentimos emoción por programas y planes para el ministerio? Tal y como él me explicó:

*Parece que los pastores que no se sienten motivados por la Biblia no encuentran fuego en ella. En otras palabras, cuando leen la Biblia a solas, no les emociona. Cuando leen a Barna, se entusiasman. Cuando leen el relato que hace alguien de cómo hizo crecer una iglesia hasta tener mil miembros, se encienden por dentro. Cuando leo este tipo de libros, me aburro solemnemente. Me desanimo. Cuando leo sobre el crecimiento de las iglesias, me siento muerto por dentro. Pero cuando leo la Biblia, o la exposición que hace Edwards de ella, ardo en deseos de contarle a alguien lo que acabo de descubrir. Lo anoto, lo cuento, lo inserto en un blog, lo marco y lo predico, porque eso es lo que me da vida por dentro. Cuando leo la Biblia, vivo.*¹⁰⁸

Esto me condujo a examinar mi propia vida. Poco después de realizar esa entrevista, estaba en el salón de mi casa con mi hijo, jugando a *Madden NFL 2010*[®]. Competíamos en una partida que iba empatada, y quedaban pocos minutos del último cuarto de juego. Ya sabe... la situación típica. Dábamos saltos por toda la habitación, riéndonos, y charlando de nimiedades. Fue genial. Una experiencia estupenda con mi hijo. (Derrotó a su padre por primera vez).

Más tarde, ese mismo día, se me ocurrió una pregunta: ¿alguna vez me ha visto mi hijo tan emocionado con el evangelio? ¿Alguna vez he conversado con él sobre las cosas de Dios de tal modo que la pasión de su padre alcanzara la misma intensidad que durante el juego? Mi objetivo no es condenar el entretenimiento;

¡no, no renuncio a mi consola de videojuegos! Lo que pretendo es reprender la falta de regocijo que me proporcionan realidades mucho más emocionantes, y que a mi vez quiero demostrar. Cuando predico, ¿disciernen los míos mi reverencia y amor por Dios? ¿Lo harán el próximo domingo? ¿Dónde está mi mesa?

86. John Piper, entrevistado por el autor, Nashville, TN, 26 de enero de 2010.

87. Piper, entrevista.

88. *Ibíd.*

89. John Piper, *God's Passion for His Glory: Living the Vision of Jonathan Edwards* (Wheaton: Crossway, 1998), p. 83.

90. *Ibíd.*, p. 93.

91. Jonathan Edwards, *Some Thoughts Concerning the Revival*, en *The Works of Jonathan Edwards*, vol. 4, ed. por C. Goen (New Haven: Yale University Press, 1972), p. 387.

92. Piper, entrevista.

93. John Piper, *Don't Waste Your Life* (Wheaton, IL: Crossway, 2003), p. 19.

94. Piper, entrevista.

95. John Piper, *The Supremacy of God in Preaching* (Grand Rapids: Baker, 1990), p. 24.

96. John Piper, *Counted Righteous in Christ: Should We Abandon the Imputation of Christ's Righteousness?* (Wheaton: Crossway, 2002).

97. John Piper, *The Passion of Jesus Christ* (Wheaton: Crossway, 2004).

98. Piper, entrevista.

99. *Ibíd.*

100. *Ibíd.*

101. Mark Dever et al., *Preaching the Cross* (Wheaton: Crossway, 2007), p. 115.

102. Spurgeon, *Lectures to My Students*, p. 161.

103. Dever, *Preaching the Cross*, pp. 104-105.

104. *Ibíd.*, p. 115.

105. Piper, entrevista.

106. John Piper, "John Piper on New World Alive and Spring Harvest", Adrian Warnock, <http://www.adrianwarnock.com/2008/05/video-john-piper-interview-on-new-world> (consultada en mayo de 2009).

107. Piper, entrevista.

108. *Ibíd.*



Conclusión

La mejora en las áreas de *claridad*, *sencillez* y *pasión* ha tenido un efecto sorprendente en mi predicación y ministerio. Me ha sorprendido ver lo que Dios ha hecho en la vida de su siervo y de otros. A medida que he sido transformado por la comprensión de la verdad, su pueblo ha visto sus vidas transformadas. Cuando he sido capaz de ofrecer explicaciones sencillas de realidades trascendentes, su pueblo las ha comprendido de nuevo. Cuando me he mostrado valiente con mi proclamación, su pueblo ha demostrado sin reparos su amor por Dios. En todo esto, es Él quien recibe la gloria.

Desde el principio, el objetivo de este proyecto no fue convertir a nadie en un predicador mejor, sino en que fuera un instrumento más útil. Nuestra meta no es llamar la atención sobre nosotros mismos, sino hacia Él, por medio de la proclamación fiel y sincera de la verdad. Solo quería que Dios fuera evidente de una forma más clara. Creo que esta es la meta de todo predicador fiel.

Para mí, el enfoque que he expuesto aquí fue el medio para conseguir esto. Puede que no sea el mismo para cada predicador. Sin embargo, lo que sí es cierto para todos es que (irónicamente) usted no mejorará su llamamiento leyendo un libro, sino postrándose sobre su rostro. El viaje de todo hombre hacia un púlpito liberado sigue rutas distintas. Aún así, todas empiezan y acaban en el mismo punto. Empiezan con el deseo sincero de engrandecer a Dios, y acaban con la valentía enérgica de cumplir ese deseo.

Solo quiero ayudar a las personas a que Dios las sorprenda, las anonade. Que las llene de asombro. Al mismo tiempo, mi visión tiene una dimensión muy teocéntrica y efectiva. No es una emoción centrada en mí, en el momento o en la música. Es una emoción centrada en un verdadero objetivo, la visión de Dios clara y bien cimentada en la Biblia.

—JOHN PIPER

Bibliografía

- oadus, John A. *Tratado sobre la predicación*. El Paso, Tex.: Casa Bautista de Publicaciones, 1998.
- apell, Bryan. *Cómo usar ilustraciones para predicar con poder*. Grand Rapids: Editorial Portavoz, 2007.
- ver, Mark. *Una iglesia saludable: Nueve características*. Graham, NC: Publicaciones Faro de Gracia, 2009.
- ath, Chip y Heath, Dan. *Ideas que pegan: Por qué algunas ideas sobreviven y otras mueren*. Greenwich, CT: LID Publishing, Inc., 2007.
- iser, Walter C., Jr. *Predicación y enseñanza desde el Antiguo Testamento*. El Paso, Tex.: Casa Bautista de Publicaciones, 2010.
- wis, C. S., citado en Piper, John. *Hermanos, no somos profesionales*. Barcelona: Editorial Clie, 2010.
- oyd-Jones, D. Martyn. *La predicación y los predicadores*. Ciudad Real: Editorial Peregrino, 2004.
- icArthur, John, Jr. et al. *El redescubrimiento de la predicación expositiva*. Nashville, Tenn.: Caribe, 1996.
- hler, R. Albert. *Proclame la verdad*. Grand Rapids: Editorial Portavoz, 2010.
- oer, John. *No desperdices tu vida*. Grand Rapids: Editorial Portavoz, 2011.
- oer, John. *La pasión de Dios por su gloria: Viva la visión de Jonathan Edwards*. Miami: Editorial Unilit, 2006.
- oer, John. *Dios es el Evangelio*. Grand Rapids: Editorial Portavoz, 2007.
- oer, John. *La supremacía de Dios en la predicación*. Graham, NC: Publicaciones Faro de Gracia, 2010.
- binson, Haddon W. *La predicación bíblica*. Miami: Unilit, 2000.
- mith, Robert Jr. *Doctrine that Dances: Bringing Doctrinal Preaching and Teaching to Life*. Broadman & Holman: Nashville, 2008.

roul, R. C. *Escogido por Dios*. Graham, NC: Publicaciones Faro de Gracia, 2002.

urgeon, Charles Haddon. *Discursos a mis estudiantes*. El Paso, Tex.: Casa Bautista de Publicaciones, 1982.

ott, John R. W. *La predicación: Puente entre dos mundos*. Grand Rapids: Libros Desafío 2000.

zer, A. W. *El conocimiento del Dios santo*. Miami: Editorial Vida, 1996.



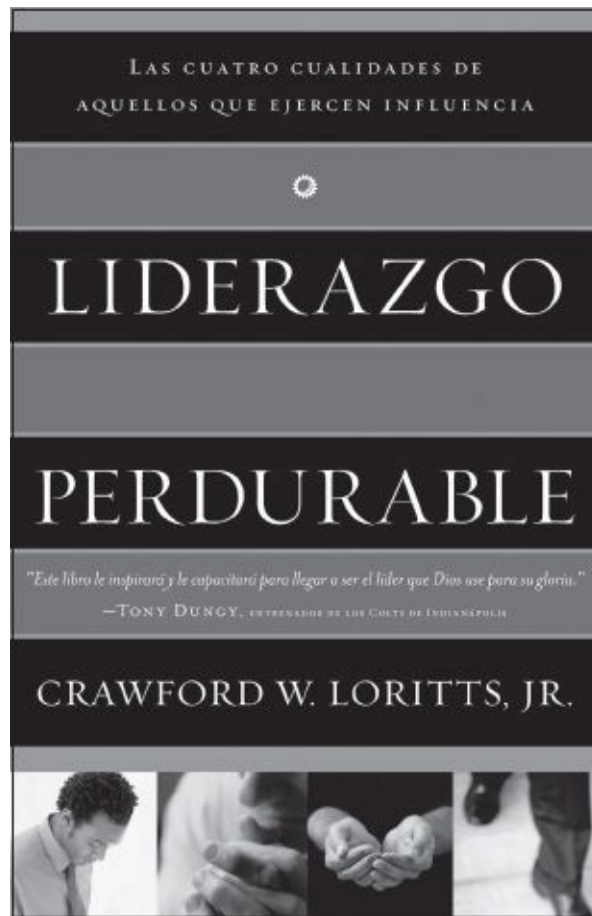
“El *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento* es la culminación de los comentarios bíblicos, así de sencillo. No se había visto desde los tiempos de Juan Calvino en Ginebra que un pastor permaneciera en el púlpito y produjera un conjunto teológico semejante a este. Hay aquí exégesis, exposición, doctrina, homilética, hermenéutica, revelación, pastoral y práctica; todo en esta serie. Si me encerrara en una habitación para preparar un sermón y solo tuviera una Biblia y una herramienta de referencia, esta sería la herramienta: El *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento*, un tesoro expositivo sin par. No volveremos a ver en esta generación una obra de esta magnitud producida por un solo hombre”.

—**Dr. Steven J. Lawson,**

Pastor principal, Christ Fellowship Baptist Church, Mobile, AL (USA)

ISBN: 978-0-8254-1804-4 Gálatas, Efesios, tapa dura

ISBN: 978-0-8254-1803-7 Apocalipsis, tapa dura



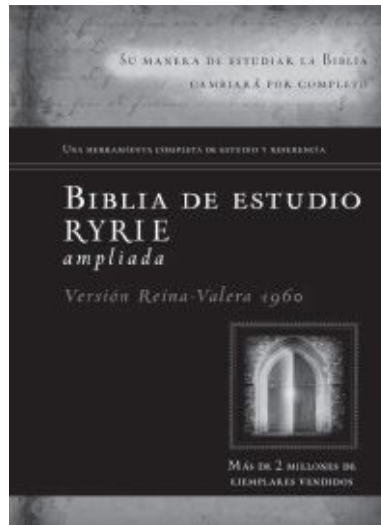
Quebrantamiento. Comunión. Actitud de siervo. Obediencia. Estos rasgos constituyen el marco de un *Liderazgo perdurable*. Al examinar cada rasgo, Loritts socava muchas ideas muy comunes sobre el liderazgo que no son bíblicas. Según Loritts, Dios no busca a líderes como el mundo lo hace. Él busca discípulos, e irónicamente, a la medida que estos discípulos le siguen, se convertirán en líderes.

ISBN: 978-0-8254-1378-0



En este libro impactante, el Dr. Mohler coloca el fundamento para la predicación, aviva la llama de la gloria de la predicación y hace un llamado urgente a predicar. Profundamente teológico, de interés y certero, éste es un libro escrito con un importante mensaje sobre un tema crucial para las iglesias y los predicadores de hoy.

ISBN: 978-0-8254-1811-2



La ***Biblia de estudio Ryrie ampliada*** es una herramienta única y amplia que satisface todas las necesidades del estudio de la Biblia. Incluye:

- 10.000 notas explicativas concisas
- Abundantes mapas, cuadros, cronologías y diagramas
- Extensas referencias cruzadas
- Bosquejos de los libros en un formato fácil de leer
- Introducción minuciosa a cada libro
- Introducción al Antiguo y Nuevo Testamento así como a los Evangelios
- Índice de temas ampliado
- Amplia concordancia
- Breve resumen de doctrinas bíblicas
- La inspiración de la Biblia
- Cómo comprender la Biblia
- Cómo nos llegó la Biblia
- Significado de la salvación y bendiciones que comporta
- La arqueología y la Biblia
- Panorama de la historia de la iglesia

“La Biblia es el libro más grandioso de todos; estudiarla es la más noble de todas las ocupaciones; entenderla, la más elevada de todas las metas”.

—Dr. Charles C. Ryrie

Tapa dura	978-0-8254-1816-7
Tapa dura con índice	978-0-8254-1819-8
Imitación piel, azul	978-0-8254-1817-4
Imitación piel, negro	978-0-8254-1818-1
Imitación piel, azul con índice	978-0-8254-1820-4
Imitación piel, negro con índice	978-0-8254-1821-1
Duotono, marrón	978-0-8254-1829-7
Duotono, marrón con índice	978-0-8254-1830-3

Disponible en su librería cristiana favorita o en www.portavoz.com

La editorial de su confianza